LA PAZ FUNDAMENTAL

Conferencias Pronunciadas en la India por

KRISHNAMURTI

en 1947 y 1949

BUENOS AIRES
FUNDACIÓN HISPANO-AMERICANA "SAPIENTIA"
Casilla Correo nº 5 — Sucursal 19
1 9 5 0
Año del Libertador General San Martín.

LA PAZ FUNDAMENTAL

Conferencias Pronunciadas en la India por

KRISHNAMURTI

en 1947 y 1949

Año del Libertador General San Martín.

FUNDACIÓN HISPANO-AMERICANA "SAPIENTIA"

Casilla Correo nº 5 — Sucursal 19

BUENOS AIRES

1950

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS EN ADYAR, INDIA

I

Tengo la impresión de que en la época actual el mundo se halla en tal estado de caos y desorden, en una tensión catastrófica tan extraordinaria, que se necesita un nuevo punto de vista, un modo revolucionario de pensar acerca de los problemas que a diario nos acosan. Paréceme, pues, muy importante que cada uno de nosotros entienda la catástrofe en la que nos hallamos. Verbalmente nos damos cuenta de que hay catástrofe. Leemos lo que al respecto se dice en diarios y revistas. Toda persona con la que hablamos nos hace dar cuenta de que la catástrofe se aproxima. Si observáis con atención, veréis que hay caos y confusión en el mundo político, y que hasta los dirigentes están perplejos. No sólo aquí sino en todas partes. Cuando hablo de la catástrofe, no me refiero tan sólo a la India. La India no es más que una parte del mundo. Por tal causa, a mi entender, el considerar el problema indio como problema único es acentuarlo falsamente, fuera de toda pro-

porción. Se trata de un problema mundial que debe ser encarado en conjunto y no en detalle; es preciso que veamos la totalidad del cuadro, no una parte del mismo. Nuestra dificultad será ésa: observar lo total en vez de lo particular.

Hay crisis en todos los aspectos de nuestra vida: física, religiosa, social, educativa. En lo político vemos que el nacionalismo, la división de los pueblos, los gobiernos separados, no brindan solución alguna. En el terreno religioso ocurre lo mismo. Las religiones organizadas —la cristiana, la hindú o la budista— nada de efectivo tienen para decir sobre esta enorme catástrofe. Y no se trata de una catástrofe temporaria, pasajera; no es una crisis económica como la de 1929 y otros trastornos sociales que se han producido. Una catástrofe como la actual no se produce sino rara vez. Es una catástrofe en el más alto grado; y, si intentáis discutir el tema con mucha gente, descubriréis que este cataclismo no puede compararse con ninguno de los que antes ocurrieron.

Tenemos que considerar al hombre como un todo: en lo psicológico, en lo social y en lo económico. Todo es incierto, y todos nosotros intentamos resolver este problema en nuestra propia y especial esfera. El economista procura resolver por su cuenta el problema económico, y a causa de ello jamás alcanza una solución. El político, a su vez, trata de resolverlo en su propio terreno; y nunca lo logrará porque la crisis económica, la crisis política y los diversos problemas que a diario nos acosan deben resolverse en un plano

diferente. Es ahí, a mi modo de ver, donde debe producirse la revolución.

Esta crisis es extraordinaria, y la mayoría de la gente procura resolverla por medio de fórmulas y de sistemas, ya sean de la extrema izquierda o de la extrema derecha. Pero observad que únicamente los problemas estáticos pueden resolverse mediante fórmulas; y ningún problema humano es jamás estático, ya que, por obra de muchísimas acciones e influencias, los problemas cambian constantemente. Ninguna clase de fórmulas puede resolver un problema dinámico. Y, sin embargo, eso es lo que intentamos hacer. La izquierda y la derecha tratan de resolverlo dentro del armazón de ciertas fórmulas, de ciertas ideas definidas. Las fórmulas, empero, nunca resuelven nada. Los sistemas jamás han resuelto nada ni provocado una revolución. Las revoluciones han sido provocadas por el pensamiento creador, no por simples secuaces. De modo, pues, que lo que actualmente se requiere no es una nueva fórmula ni un nuevo sistema, de izquierda o de derecha, sino un nuevo criterio. Eso es lo importante.

Lo importante, en todo esto, es que cada uno de nosotros resuelva el problema y que no lo abandone a los dirigentes. Este problema, esta catástrofe, no requiere pensamiento estático sino revolucionario, un pensamiento que no se base en ideología alguna, ya sea hindú, nacionalista o capitalista. Requiere un cambio en nuestro pensar.

La catástrofe la hemos producido cada uno de nosotros. En nuestro fuero íntimo estamos confusos, y

esta confusión se manifiesta en el mundo exterior. De modo, pues, que cada cual —el musulmán, el hindú, el budista y el cristiano— es responsable de esta miseria. Tampoco escapan a ella el capitalista ni el socialista, y cada uno de ellos comparte su responsabilidad. Ya que hemos causado esta catástrofe, cada uno de nosotros es responsable y tiene que hacerle frente. Eso es lo que se llama hacer surgir una nueva manera de pensar, un nuevo modo de encarar las cosas. Es importante, en consecuencia, percibir cuán extraordinariamente importante es el individuo en el momento actual. Os ruego establezcáis la diferencia entre "individuo" y acción "individualista". Esta última existe cuando el individuo obra como parte y no como todo. Es decir, cuando él piensa en términos de poder, de codicia y de posición, obra de un modo "individualista". Eso es lo que ha conducido a la crisis actual. Mas cuando el hombre actúa como un ser íntegro, es decir, "individualmente", su acción adquiere inmenso significado.

La guerra, después de todo, es sólo un resultado externo y espectacular de nuestra vida diaria. Si no transformamos, entonces, nuestra vida diaria y nos responsabilizamos por ella —no superficialmente sino fundamentalmente, real y profundamente— no podremos escapar al caos que se avecina. Para mí, por lo tanto, la importancia del individuo es suprema, pero no la del individuo en oposición con la sociedad, con el todo. Acerca de este punto no debemos dejar lugar a dudas. Cuando juzgamos al individuo y su función en la sociedad, tenemos que

considerar al individuo en su totalidad, no sólo la actividad del individuo, que puede ser antisocial.

Sólo el recto pensar puede crear una nueva serie de valores que substituya completamente a los valores falsos, pero no reemplazando los viejos valores por nuevas fórmulas sino por valores vuestros, no transmitidos por ningún "gurú", ni lider político, ni "swami", ni esta o aquella persona; por valores que vosotros mismos, con alerta conciencia propia, habréis descubierto. Es en el presente que surge el recto pensar. Y éste es el que va a resolver el caos mundial, lo cual significa que debéis apartaros de lo que es bajo y ruin, convirtiéndoos en centros de recto pensar. Esto, por cierto, es lo que siempre ha ocurrido en los momentos en que el mundo debió hacer frente a semejantes crisis. Hubo unos pocos hombres que, viendo la confusión y la imposibilidad de remediar la catástrofe, se retiraron y formaron grupos. ¿Quién, en nuestros días, se tomará la molestia de retirarse para pensar con toda seriedad en la totalidad del problema? Los que estudian, lo hacen con ayuda de fórmulas; y ellos se ven limitados por el "condicionamiento". Pero hay muy pocos que observan el caos sin sistema alguno, sin verse condicionados; y ellos son quienes traerán la salvación, porque ellos serán los creadores.

Espero que en las próximas semanas nos será posible ser realmente serios y descubrir ese pensar creativo que constituye el verdadero descubrimiento de la verdad. Pero tal creación no puede reducirse a fórmulas.

¿Qué es la creación? ¿La meditación y la abnegación del "yo", como lo es para la mayoría de nosotros? Nosotros creamos una imagen y vivimos de ella, pero eso no es Dios. Hacemos un llamado a la Realidad, pero a la Realidad no se la puede llamar. Tiene que venir de por sí. Y para dejarla llegar tiene que haber recto sentir, es decir, la mente debe despojarse de todas las cosas que sabe, lo cual es tarea enormemente difícil. Sin esa Realidad, cualquier acción que desarrollemos al borde del precipicio será inútil.

Interlocutor: Los comunistas creen que si se garantiza alimento, vestido y vivienda a todo individuo, y se suprime la propiedad privada se creará un estado de cosas en que podremos ser felices. ¿Qué dice Vd. al respecto?

KRISHNAMURTI: Yo me pregunto qué decís vosotros, y también si habéis pensado en este problema. Será sumamente interesante averiguar cuál es vuestra idea al respecto. Es también vuestro problema, porque no hay duda de que necesitamos ropa, alimento y techo. Necesitamos organizar eso en escala mundial, no sólo en escala comunal. Ello significa que hace falta gente que no piense en términos de nacionalismo sino de humanidad; no en términos de tal o cual fórmula sino de felicidad humana; y no como gente que posee y gente que no posee. Hay millones y millones sin alimento, sin vestido y sin vivienda no sólo en este país sino también en Alemania, en América

y a través del mundo; y los comunistas afirman que existen los medios para resolver este problema. Ahí está vuestra responsabilidad. Aquellos de vosotros que creen en Dios, en la religión, ¿qué respuesta pueden dar? Debéis tener una respuesta.

Debemos, evidentemente, crear una organización mundial del alimento, del vestido y de la vivienda para que todo ser humano tenga lo necesario, y os aseguro que ello puede hacerse si los hombres de ciencia dedican su tiempo al problema. Actualmente les interesa tan sólo la mutua destrucción, el descubrimiento de la bomba atómica. Si existen, pues, los medios para producir suficientes alimentos, ropas y viviendas para todos los seres humanos, ¿por qué no resulta posible? Porque cada cual quiere estar al frente de la distribución. Cada nación quiere ocupar el primer puesto. Sería muy sencillo, por cierto, organizar en beneficio de todos los hombres —ya sean americanos, hindúes o de cualquier origen— suficiente alimento, vestido y vivienda, pero la codicia lo impide. Cuando logremos eliminar la codicia podremos crear esa organización.

La vida es mucho más compleja que el hecho de distribuir para unos pocos u organizar para muchos. Al organizar para muchos, surgen los factores psicológicos ocultos. Es por ello que la vida no depende "tan sólo de pan" sino de un factor mucho más poderoso que controla el pan. "No vivimos tan sólo de pan". Vivimos de factores psicológicos mucho más profundos, que deben tenerse en cuenta antes de que podamos organizar y efectuar un cambio que no se

base en fórmula alguna. Lo que se requiere es entender esos nuevos factores psicológicos que surgen a la existencia y transforman nuestras vidas. Ellos son más importantes que el pan. ¿Después de todo, qué es el Estado? ¿Qué es el gobierno? Ellos representan una interrelación de individuos. Si nuestra interrelación se basa en la codicia, en la rivalidad, tendremos un gobierno a nuestra imagen y semejanza. Éste es un hecho simple y obvio. No necesitáis leer historia para descubrirlo. Hacer hincapié en algo que es de importancia secundaria, en vez de hacerlo en lo fundamental, es producir confusión; y tal es, probablemente, el interés de los que quieren conquistar el poder.

Dado, pues, que no sólo de pan vive el hombre, para crearle un estado dichoso —es decir, a vosotros y a mí— debemos entender los factores psicológicos, las complejidades que existen en cada uno de nosotros; y tenemos que librarnos de ese "condicionamiento" que es la ambición de poder. Si el individuo no se transforma, no habrá felicidad para el ser humano; y si no estáis dispuestos a cambiar, es que tenéis intereses creados en el terreno de la religión, de la propiedad o de los ideales.

Interlocutor: El "mahatma" Gandhi y otras personas creen que ha llegado el momento de que los hombres de buena voluntad, los justos, los sabios, se unan para organizar la lucha contra la crisis actual. ¿No está Vd. rehuyendo este deber, como la mayoría de nuestros dirigentes espirituales?

KRISHNAMURTI: Es evidentemente necesario que los hombres de buena voluntad que hay en el mundo se unan. Eso por sabido se calla. ¿Pero cómo podrán unirse? Queremos hacer algo a fondo y asimismo pacíficamente; nuestra función consiste en hacer algo porque somos buenos de corazón. Pero, individualmente, los buenos de corazón tienen también sus fórmulas; empiezan, y luego descubren que no pueden continuar. Los hombres de buena voluntad no debieran tener fórmulas; deberían estar por encima de ellas y no pertenecer a sistema alguno. Ahí es donde surge la dificultad. Yo, en primer término, no creo en los caudillos. Creo que la idea misma de dirigir a alguien es antisocial y antiespiritual.

Toda acción que se emprenda al borde del precipicio creará mayor confusión. Y la acción que surge de la confusión no puede producir buenos resultados, y sí, tan sólo, mayor confusión. Lo que podemos hacer es zafarnos de la confusión, es decir, de la que hay en nosotros mismos. Y eso es lo que yo estoy haciendo: me alejo de la confusión —política, espiritual, psicológica— y ayudo a los que desean zafarse de dicha confusión. Cuando un hombre se da cuenta de que es ciego y se halla confuso, lo primero que debe hacer es librarse de la confusión y de las ataduras que lo sujetan y enceguecen. Obrar sin esa clarificación es crear mayor miseria.

La idea de que hay que tener un líder debe ser realmente entendida. En lo social, en lo económico y en lo religioso hemos sido conducidos por nuestros dirigentes. Podréis preguntar, negativamente: ¿a no ser

por ellos, cuál habría sido nuestra situación? La pregunta es importante. ¿El hecho de que se nos conduce no revela nuestra incapacidad para pensar por cuenta propia, para vivir rectamente por propio impulso? Nuestro sistema educativo se basa en *lo que hay que* pensar, no en *cómo* pensar, y por ello necesitamos dirigentes. Pero yo os aseguro que el caos actual no exige que haya nuevos dirigentes. Exige, eso sí, algo totalmente distinto: que cada individuo se convierta en una luz para sí mismo y no dependa de nadie más. Y ello requiere un gran esfuerzo y mucha comprensión de parte de cada uno. Hay en el mundo muchos hombres de buena voluntad. Si os atenéis realmente a los hechos, veréis que vosotros y yo somos por momentos hombres de buena voluntad. Queremos vivir pacíficamente en el mundo. Pero muchísimas influencias y condiciones pesan sobre nosotros, y es de eso que tenemos que vernos libres. Esa liberación, por supuesto, depende de cada uno de nosotros exclusivamente. Ello significa que los hombres de buena voluntad deben estar libres de "condicionamiento", de ideales nacionales y corporativos. Deben dejar de ser nacionalistas. Deben dejar de pensar como brahmanes, musulmanes, cristianos, etc. No deben tener fórmulas definidas. Todo eso, en efecto, es lo que impide que nos unamos.

Es indispensable que los hombres de buena voluntad marchen juntos. Mas por desgracia no lo hacen, pues todos tienen el "condicionamiento" que la sociedad les ha impuesto. De ahí mi afirmación de que debemos libertarnos de tales "condicionamientos" y pen-

sar en términos nuevos. Por habernos entregado al "gurú", al líder político, a una teoría, hemos creado en nosotros un estado de confusión. Como una teoría puede ser substituída por otra y un líder puede reemplazar a otro, nosotros nos embrollamos. Los intelectuales han fracasado. Sus teorías también han fracasado; y, si confiamos en dirigentes, lo único que haremos es hundirnos más en la miseria y arrastrar con nosotros a la humanidad. Resistir todos los absurdos que hay en el caudillismo es extraordinariamente difícil; somos perezosos y esperamos que alguien nos resuelva el problema. Es importante, pues, que percibamos el hecho de que no es el prójimo sino nosotros mismos los responsables de nuestra miseria, y que ningún líder puede alterar ese hecho. Comprenderlo requiere extraordinario esfuerzo; pero nosotros malgastamos nuestras energías de tantas maneras absurdas, que no podemos atacar el problema con la plenitud necesaria.

Octubre 22 de 1947

II

Yo no estoy aquí para daros ideas. Por el contrario, estoy para discutir con vosotros seria y formalmente, si nos es posible, el problema del vivir. Estamos demasiado acostumbrados a escuchar a los líderes y a participar en debates, por lo cual, desgraciadamente, nos resulta difícil discutir sin formular conclusiones precipitadas o intentar descubrir cuáles son los móviles íntimos del orador. Yo no tengo tales móviles. Lo que quiero es afirmar algo que es vuestro, no mío; y quiero describir algo que es verdadero.

¿Cómo juzgáis el caos presente, esta espantosa confusión? ¿Cómo querríais iniciar la tarea de hacer surgir el orden de este caos? ¿Por dónde empezaríais? Por vosotros mismos, evidentemente, pues vuestra relación con el caos es directa. No echemos la culpa a unos cuantos dirigentes insanos. Dado que vosotros y yo hemos causado este caos, para poner orden debemos empezar por nuestra casa, por nosotros mismos. Sin nosotros, el mundo no existe. Somos, pues, el mundo

y somos el problema, lo cual no es una teoría intelectual sino un hecho. No os apresuréis a hacerlo de lado, cosa que suele ser una de nuestras escapatorias, uno de los medios con que hábilmente eludimos ese hecho.

Siendo un hecho irrefutable que nosotros somos el mundo y que nosotros hemos "armado el lío", es tan sólo por intermedio de nosotros que se hallará la salvación, no por obra de ningún otro factor; y ésa es la base de lo que tengo que decir acerca de todo este problema. Porque el problema no es extraño a vosotros; para entenderlo tenéis que entenderos a vosotros mismos. Aunque esto parezca muy sencillo, es extremadamente complejo. Si cada ser en el mundo procediese decente y bondadosamente, sin condenar ni explotar, habría paz en el mundo. El problema, por consiguiente, es vuestra responsabilidad, que habéis esquivado. No bien reconozcáis hallaros en medio del desastre, tendréis que obrar positiva y vigorosamente; pero no queremos obrar de un modo positivo, y por ello lo esperamos todo de un líder o de un sistema. De modo, pues, que en estas pláticas y debates, vosotros constituís el único punto de partida y el único tema esencial.

Por varias razones hemos echado en saco roto nuestra responsabilidad; ella ha sido repudiada, eludida, encubierta, disipada o sumergida. Este caos es un resultado de los sistemas, ya sea del capitalista, del socialista, del comunista o del brahmánico. Es decir, tenemos sistemas y fórmulas, y ellos nos resultan más importantes que el individuo. Observando mejor, ve-

mos que la sociedad organizada — en la cual incluímos la educación, la religión, etc.— ha ahogado nuestra responsabilidad individual. Creéis, y vuestra creencia es simplemente una condición que se os impone porque os satisface y os da seguridad en la sociedad; de hecho, psicológicamente y en abstracto. Cuando creéis, pues, os veis libres de vuestra responsabilidad individual y obráis exactamente como una máquina. Cuando la sociedad se convierte en lo más importante, la importancia de la burocracia se torna abrumadora. Tomad, por ejemplo, un partido político. Cuando ingresáis en él, os convertís en una máquina partidaria. Y el partido, la organización, el sistema, tórnanse mucho más importantes que vosotros; y ello sin que os deis cuenta.

Para transformar este caos y esta obscuridad, tenemos que empezar por nosotros mismos y no por la máquina, porque, psicológicamente, vosotros sois siempre los amos de la máquina o del sistema. Tomaremos esto por punto de partida: cada uno de vosotros es lo único que interesa, no la sociedad, puesto que vuestra mutua relación es la sociedad. Lo que pensáis, lo que sentís, lo que hacéis, es de la máxima importancia porque vosotros creáis la sociedad y el medio ambiente. Responderé ahora a algunas de las preguntas que me han sido enviadas.

Interlocutor: ¿Cuál es la clase de pensamiento que hoy se requiere para vivir en paz? ¿Podría Vd. al mis-

mo tiempo señalarnos un medio por el cual millones de desocupados pudieran dejar de sufrir hambre?

KRISHNAMURTI: Para que reine la paz hay que vivir pacíficamente. La propiedad es uno de los motivos de disputa. Poseer cosas, ya sea mediante el dominio de la propiedad por el cual ganáis más y más, o mediante vuestra relación con las ideas, siempre provoca litigios. De modo, pues, que si queréis paz debéis vivir sin codicia, porque la codicia conduce al nacionalismo y es un factor que divide a los hombres. La codicia nos lleva a la envidia y al deseo de poseer, y todo eso crea rivalidades entre hombre y hombre. La religión organizada es también uno de los factores que separan a los hombres, dado que nos decimos cristianos, hindúes, etc. Vosotros queréis convertirme, y yo creo que mi religión es mucho mejor que la vuestra, que está más cerca de lo Supremo. Para que haya paz en el mundo, debemos dejar de ser brahmanes, hindúes, musulmanes, ingleses, etc.

Todas las divisiones tienen que ser abandonadas, pues vosotros y yo somos biológicamente hombres y nada más. Cuando esto se haga, podremos alimentar a los millones de hambrientos. De lo contrario, reñiremos todo el tiempo para establecer cuál es el mejor sistema o el mejor conjunto de ideas; y al hambriento lo dejaremos de lado. Esto no quiere decir que no debamos organizarnos para alimentar a uno o a muchos. Lo indispensable es pensar en términos mundiales. Al hombre de ciencia se lo puede poner a la obra para que alimente, vista y provea a todos de vi-

vienda. Pero los sabios son también nacionalistas, como cualquiera de nosotros. Si difundís este veneno del separatismo, vosotros también contribuís al desastre. No sólo se trata del separatismo económico sino asimismo del psicológico, del separatismo organizado de religiones y sociedades, etc. Si realmente sintiérais que esa división es un mal, ¿no le pondríais fin y con ello crearíais mañana mismo un mundo diferente? A nadie le preocupa lo que vaya a ocurrir de aquí a quinientos años. Yo quiero que se me alimente mañana, ahora mismo, y vosotros podríais proveerme de alimento, ropa y techo si todos obrásemos de inmediato. Pero, desgraciadamente, la crisis está aún lejos de la mayoría de nosotros, o por lo menos *creemos* que está lejos y no nos afecta.

Nadie os dará la paz. Dios no os la dará, ciertamente, porque somos indignos de ella. Nosotros hemos engendrado este desorden, y de él tenemos que zafarnos nosotros mismos. Ningún sistema podrá sacarnos a flote.

Interlocutor: Vd. ridiculiza a los brahmanes. ¿Acaso ellos no han desempeñado importante papel en la cultura de la India?

KRISHNAMURTI: Quizá lo hayan desempeñado. ¿Y qué hay con eso? La pregunta indica, a no dudarlo, orgullo hereditario. Es como decir que yo era algo maravilloso en mi pasada encarnación, pero ahora soy un limpiabotas. Esta idea de que sois la raza

exclusiva de los brahmanes, de que tenéis un credo superior que no puede ser transmitido, es nociva para la sociedad. Lo que importa no es que seáis o no brahmanes por casta, sino lo que sois ahora. No interesa lo que fuísteis en el pasado. En su origen, toda sociedad humana ha tenido un grupo de hombres que se consagraron a algo real. Les llamáis brahmanes; otros les llaman hebreos, cristianos, etc. Pero lo que esencialmente les preocupaba era la búsqueda de lo Real, independientemente de lo que hacía la sociedad en torno de ellos. El nombre que se les dé no interesa. Fueron ellos quienes dieron cultura a la sociedad, no los hombres que se hallaban enredados en la faena mundana, ya fuesen políticos, abogados o traficantes de guerra. Éstos no hacen una sociedad, no construyen una civilización. Los que realmente predican la cultura son los hombres pacíficos, no los políticos. En el pasado hubo tales hombres a los que no les preocupaban la ambición, el poder, la propiedad, las posiciones, los sistemas. No sólo aquí sino a través del mundo. En China hubo grandes núcleos. Y aquí, hoy en día, ¿qué ha ocurrido con los brahmanes hereditarios, a los que se supone guías de la sociedad que ayudan al hombre a pensar rectamente? Se han hecho comerciantes, abogados, políticos. ¿Creéis que la cultura puede existir sobre semejante base, sobre una estructura que en realidad es la destrucción del hombre?

Lo que importa, pues, no es el pasado sino el resultado del pasado, que es el presente. Para entender el pasado tenéis que mirarlo a través del presente, psicológicamente y de hecho. El presente es la transición

del pasado hacia el futuro. Si no cambiáis en el presente, el futuro será tortuoso, es decir, caótico. Nos interesa, pues, el presente; no los brahmanes de antaño, que se ocupaban en algo mucho más admirable que la lucha por el dinero y las posiciones, o la codificación de sistemas. Y dado que el presente es de importancia suprema, ¿qué es lo que estamos haciendo? ¿De qué manera estamos modificándonos a nosotros mismos y guiando la cultura, no la cultura india o la cristiana sino la cultura humana?

Sólo estableciendo el pensar pacífico en la vida diaria podremos realizar la Verdad. Los que no se hallan apremiados por la falta de alimento, vestido y vivienda, tienen ante sí una responsabilidad. Vuestra responsabilidad es la de asegurar alimento y vestido a los que sufren hambre y desnudez. Lo que hacéis, en cambio, es dar intelectualmente rienda suelta a la verbosidad. Tenéis que desprenderos completamente de vuestras opiniones, y ello significará una revolución en vuestra mente.

Octubre 26 de 1947.

III

Es muy importante que percibamos —no sólo verbalmente, sino, en realidad, muy seria y profundamente— la relación entre individuo y sociedad, así como la que existe entre la regeneración del individuo y la transformación de la sociedad. La esperanza radica en el hombre; no en la sociedad ni en los sistemas, ni en las religiones organizadas, sino en vosotros y en mí. De vuestra relación con el prójimo surge la sociedad, la cual, a su vez, hace surgir el Estado. El Estado, por sí mismo, no es una entidad separada; es un resultado de vuestra relación con los demás hombres. Es del seno de la sociedad que el Estado surge a la existencia.

La convivencia basada en valores sensorios ha traído al mundo guerras, catástrofes y el caos que vemos por doquiera. Esa clase de relación entre vosotros y el prójimo ha engendrado la empresa individual, y en oposición a ella ha surgido la acción colectiva. Si examináis a ambas, veréis que la sociedad se basa en valo-

res sensorios. Sea de derecha o de izquierda la estructura social, los valores sensorios constituyen en última instancia su base; y ni la derecha ni la izquierda han hecho la felicidad del hombre.

¿La felicidad humana –la vuestra y la mía– reside en las cosas que hace la mano y la mente? Esto es lo que vamos a descubrir mediante el conocimiento de nosotros mismos. Sois vosotros, y nadie más, que habréis de decidir dónde está vuestra felicidad.

Ahora bien, ¿qué es el conocimiento propio? Por cierto que él no puede aprenderse en los libros. Tampoco está en lo que afirme persona alguna. Tenéis que conocer el proceso total de vuestro ser, es decir, daros cuenta de todo lo que sois: pensamientos, sentimientos y acción. *Ser* conscientes –no *tornaros* conscientes– de lo que sois: tal es el abecé del conocimiento propio. Sin conocimiento propio, yo no veo cómo pueda haber pensamiento propiamente dicho. Dado que vosotros sois el mundo, y que vuestra relación con el prójimo es la sociedad, sin un cambio revolucionario en vosotros no puede haber esperanza. Es, pues, de primordial importancia el entenderos a vosotros mismos. "Transformad la sociedad" es una de nuestras frases hechas, un modo fácil de insinuar que algo tenemos que hacer con respecto al mundo, como si entre el mundo y nosotros mismos hubiese tanta diferencia. *Nosotros,* los seres humanos, hemos engendrado todo este horror, estas guerras, el caos y la locura que reinan actualmente en el mundo; y no podemos transformar nada si no sabemos cómo pensar acerca del problema. Y no podremos pensar acerca del problema

a menos que seamos conscientes de él, lo cual no es posible fuera de nosotros mismos. La confusión, pues, debe disiparse dentro de nuestra mente. Pero ello no significa que debáis esperar ese esclarecimiento antes de obrar.

El problema de que todos tenemos conciencia es éste: ¿cómo transformar el mundo, cómo lograr la felicidad, el orden y la paz? Su solución debe empezar por nosotros mismos —es decir, por vosotros y yo— pero no contentándonos con decir "debo empezar", sino actuando, dándonos cuenta de lo que hacemos y de los absurdos a que a veces nos entregamos, de nuestras divisiones de clase y de comunidad, de raza y de nacionalidad. Todo eso tiene que ser alterado para que haya cambios fundamentales en el mundo. Y no creo que tengamos noción de lo extraordinaria que es esta crisis que a todos nos afecta y a la que hacemos frente con fórmulas y con sistemas, todo lo cual es pensamiento ciego, ya se trate de sistemas de derecha o de izquierda.

Lo que necesitamos es una completa revolución en el pensar, es decir, en los valores. Y no es posible crear valores sino despertando al individuo, pero no al individuo en oposición a la masa. Mas como el despertar individual se ve limitado por estrechas y perjudiciales actividades, el hombre no puede regenerarse a sí mismo, es decir, a la masa. Lo podréis tan sólo si os tornáis conscientes de vosotros mismos, de todo lo que hacéis, desde lo menos importante hasta lo más profundo. Si esa conciencia no la tenéis, deberéis averiguar por qué. Cuando andáis por las calles

os dais cuenta de la pobreza de la gente, de la mala alimentación de las familias, de la dureza de alma de todos. Pero eso lo hemos engendrado nosotros. Lo que nos rodea no se ha producido por obra de ningún misterioso sortilegio: lo hemos creado nosotros. Y si no nos damos cuenta de ello, ¿qué transformación podemos producir? Ahí está, evidentemente, el comienzo. Parece cosa sencilla, y sin embargo el más profundo comienzo consiste en empezar por nosotros mismos, lo cual es sumamente difícil. Siempre podemos reformar a los demás, pero es muy arduo transformarnos a nosotros mismos.

Interlocutor: En un artículo reciente de un famoso corresponsal se afirmaba que la sabiduría y el ejemplo personal no resuelven el problema del mundo. ¿Qué dice Vd.?

KRISHNAMURTI: Como hay muchas cosas implícitas en esta pregunta, debemos analizarla con cuidado. En primer término, los corresponsales famosos nos dicen o nos insinúan lo que debemos pensar, porque ellos persiguen fines interesados. Siendo, pues, muy diestro en el manejo de las palabras, el corresponsal escribe; y nosotros leemos porque somos instruídos, y lo que leemos se convierte en la verdad. Dejamos de pensar y nos contentamos con absorber; y de ese modo los corresponsales famosos —y lo que ellos piensan y hacen— llegan a adquirir gran importancia en nuestras diarias actividades. Démonos cuen-

ta de eso y estemos en extremo alertas para no absorber las ideas y exigencias ajenas. El corresponsal dice que la sabiduría y los ejemplos personales no bastan para resolver el problema del mundo. Tampoco yo lo creo. Pero el corresponsal invariablemente nos sugiere determinada actitud política, de izquierda o de derecha, basada en una serie de ideales religiosos, económicos o sociales.

Ahora bien, ¿qué significa el ejemplo personal? Invariablemente conduce a la imitación. Si tenéis un ideal, os adaptáis a él; y es claro que la adaptación, la imitación, la regulación del pensamiento, jamás podrá resolver los problemas del mundo. Es por ello que el ejemplo personal significa muy poco en una gran crisis. La sabiduría no puede alcanzarse mediante el ejemplo personal. La sabiduría es algo viviente, real y en constante movimiento. No se halla en un lugar fijo; no se aprende en los libros. Lo que se necesita en la época presente no es ningún ejemplo sino una revolución en el pensar, un pensamiento creador. Y esa revolución no puede producirse ni ser lograda siguiendo a unos cuantos dirigentes. Sólo puede lograrse a través de cada uno de nosotros, a través del individuo. Ni el ejemplo personal, ni la acción política basada en un sistema o en una autoridad, van a salvar al mundo. Eso se ha probado una y otra vez. El hombre pone su fe en un sistema, en el partido, en un líder, y todo ello ha fracasado invariablemente. Lo único que se ha hecho es volver a la explotación del hombre en una forma diferente, en grados diversos, en otro nivel. Que al hombre lo

explote el hombre o lo explote el Estado, lo mismo da. El problema no lo resuelve el Estado ni los ejemplos.

Tiene que haber revolución creativa en el pensar, y ello es extremadamente difícil. ¿Qué entiendo por "pensar creativo"? ¿Nosotros pensamos realmente, o sólo respondemos a una serie de condiciones? Por el hecho de ser hindúes estáis condicionados de determinada manera; y si sois musulmanes o budistas, o lo que sea, vuestra respuesta es la de un particular "condicionamiento". Eso, por cierto, no es pensar. Sólo puede haber revolución en el pensar cuando el hombre está libre de "condicionamiento"; y no sólo del "condicionamiento" consciente sino de las muchas capas de la conciencia en las que hay "condicionamiento". Verse libre de ese "condicionamiento" es la revolución en el pensar. Y ello significa que debéis dejar de ser brahmanes, o musulmanes, o hindúes, o cristianos. Tenéis que superar todas las falacias y todas las divisiones de clase. Tal es hoy el problema. Sé que coincidiréis fácilmente conmigo en todo esto. Menearéis la cabeza en señal de asentimiento. Volveréis el domingo próximo y todos los otros domingos, no obstante lo cual persistiréis en la rutina de siempre porque estáis condicionados. Si cambiáis, ¿qué dirán vuestros vecinos? Hasta podríais perder vuestro empleo. Y por lo tanto continuaréis meneando la cabeza, y el mundo seguirá siendo de más en más miserable.... y vosotros continuaréis charlando de "transformar el mundo".

El punto de partida no es, pues, el mundo, sino

vosotros mismos. El problema del mundo puede resolverse si os dais cuenta de la catástrofe, la miseria y la confusión que hay en vosotros y por lo mismo en el mundo.

La acción política es relativamente fácil. Organizar la distribución de alimentos para todo el género humano es comparativamente fácil. Se necesita vestir a los hombres, proveerles de vivienda y de alimento. Todos sabemos eso. Todo escolar lo sabe. ¿Pero cuál es el resultado? Un simple saber aprendido en libros, que no se traduce en acción. Es por eso que debemos abrirnos paso a través de nuestro "condicionamiento" y de todas las degradaciones y cualidades degenerativas que existen. Os aseguro que ésa es la única salida. Los ejemplos personales son de escasísima significación en una crisis mundial como la presente. De suprema importancia es lo que sois *vosotros:* vuestro pensar, vuestro sentir y vuestra acción en este momento.

Interlocutor: ¿Qué quiere Vd. significar cuando dice que empleamos el presente como un pasaje?

KRISHNAMURTI: El domingo pasado dije que utilizamos el presente como pasaje hacia el futuro. Empleamos el presente como medio de lograr algún resultado, ya sea psicológico o personal; y para cambiarnos y convertirnos en algo. Lo que pensáis y todo vuestro ser se basan en el pasado. El pensamiento —no habiendo comprensión del pasado— atraviesa el pre-

sente hacia el futuro. El futuro es, pues, el pasado que continúa a través del presente; es resultado del pasado y sólo puede ser entendido a través del presente. Los psicoanalistas observan el pasado para encontrar las dificultades, el "condicionamiento", los complejos, etc. El pasado no está desvinculado del presente. Para entender el pasado, la puerta es el presente, que también es la puerta del futuro. El presente no ha de sacrificarse en aras del futuro. Hay grupos políticos de izquierda (y también de derecha), que dicen: "Sacrifiquemos el presente por el futuro. No importa lo que le ocurra al hombre en el presente; nosotros lo conduciremos a un maravilloso futuro". ¡Cómo si supieran lo que va a ser el futuro! Esta idea de sacrificar el presente en aras del porvenir ha conducido al hombre al desastre, al caos y a la miseria. La gente de espíritu religioso utiliza también el presente como pasaje hacia el futuro. Vosotros decís: "En mi próxima encarnación haré algo, pero ahora nada. Dadme la oportunidad". Eso, sin duda, es sacrificar el presente.

El presente es la eternidad. Lo atemporal está en el "ahora", y no es posible alcanzarlo a través del tiempo. Sin embargo, os servís del tiempo, es decir, del pasado, como medio de realizar lo inconmensurable, lo atemporal. Es preciso, pues, que nos demos cuenta de lo que significa esta falacia política de sacrificar el presente por el futuro, como asimismo la idea de que el futuro es diferente del presente.

Si no cambiáis ahora, no cambiaréis nunca. El entendimiento, la sabiduría, está en el presente, no en

el futuro. La sabiduría es *ser,* el cual es el presente, el "ahora"; y el presente puede ser entendido cuando la mente entiende el pasado y se vuelve así psicológicamente consciente del contenido total de nuestro ser *ahora,* de lo que somos *ahora.* Para entender, por lo tanto, el "ahora", tenéis que basaros en el pasado, ya que en él se basa el pensamiento. No es posible pensar sin el pasado. Para entender el pasado, examinad lo que sois *ahora,* sed conscientes de lo que sois *ahora;* y, al serlo, veréis que os estáis sirviendo del presente como de un pasaje para llegar a algo. Mas si utilizáis el tiempo como medio de alcanzar lo atemporal, jamás lo alcanzaréis, porque el medio crea el fin. Si empleáis medios errados, el fin que alcanzaréis será errado. La guerra es un medio errado para lograr la paz, y mientras nosotros hablamos de paz, las naciones se preparan para la guerra. El medio es el fin; y éste no puede disociarse del medio empleado para alcanzarlo. Si queréis, pues, entender lo atemporal, debe quedar libre aquello que ahora está ligado al tiempo, es decir, al pasado, al presente y al futuro. Se trata de algo en extremo difícil, que requiere un constante darse cuenta de todo pensamiento y de todo sentimiento, y de cómo ellos se hallan sujetos, condicionados.

Interlocutor: Habrá Vd. oído hablar de la espantosa tragedia que se ha producido y aún continúa en el Punjab. ¿La acción individual basada en el recto pensar y el conocimiento propio por parte de los

pocos que son capaces de tal cosa, significará algo para la solución de ese problema del Punjab?

KRISHNAMURTI: Lo que ocurre en Punjab ha ocurrido también en Alemania, en Europa. No es un problema típicamente indio. Esta tragedia se ha producido a causa de nuestro fanatismo nacional y religioso. Somos hindúes o musulmanes, no seres humanos. Somos rótulos —alemanes o ingleses, chinos o japoneses— y es por eso que la tragedia se ha producido. Temo que esto vaya a ocurrir a través del mundo entero, puesto que el espíritu nacionalista continúa desenfrenado. Mientras no cese tal estado de cosas, habrá guerra: económica, religiosa, psicológica y de toda índole. El problema, pues, no sólo afecta al Punjab sino que es general. Sólo lo entendéis reduciéndolo a lo particular, a lo puramente local. Vosotros sois responsables de lo que ocurre, y tenéis que transformaros. Durante siglos habéis insistido en ser hindúes o musulmanes, como si importase gran cosa que os llaméis de uno u otro modo. Estamos clasificados, marcados, y somos incapaces de entender la sensibilidad de otros seres humanos; y somos esclavos del nacionalismo, de los bienes materiales, y estamos dispuestos a matar al prójimo... en nombre de la libertad y de Dios. Para que eso termine tenéis que cambiar, ¿no es así? Tenéis que abandonar completamente el nacionalismo; todo flamear de banderas debe cesar; debemos dejar de ser hindúes o musulmanes, alemanes o americanos, y de pensar en tales términos. Sé que estaréis de acuerdo conmigo; pero

volveréis a vuestras casas y seguiréis siendo hindúes o cristianos, y Dios sabe qué cosas más.

Lo que se necesita es que disolváis vuestro "condicionamiento". Pero no aquí. Tenéis que disolverlo en el hogar, en vuestras reuniones políticas. Entonces veréis cuán extraordinariamente difícil es hacer tal cosa. Vuestras madres y hermanas se pondrán a llorar, y para tenerlas contentas deberéis ser unos hipócritas.

No os imagináis cuán grave es la situación. Está en plena preparación la tercera catástrofe, que será peor que todo lo que antes hubo; y aquí estamos discutiendo si somos o no brahmanes. ¿No es cosa de niños? Cuando uno está en medio de una crisis, ¿le preocupa acaso saber de qué casta o nacionalidad es, o si pertenece a la izquierda o a la derecha? Si estamos con esa preocupación es porque no tenemos conciencia de la crisis. Estamos dominados por nuestros rótulos, y eso constituye la dificultad. Para que despertemos es preciso que nos tornemos sensibles a la totalidad del problema.

Noviembre 2 de 1947.

IV

Os pediré que, al escuchar estas disertaciones, lo hagáis más bien que con la idea de aprender, con la de dejar que lo que digo eche raíces. Si es verdadero, echará raíces inconscientemente; y si no lo es será eliminado sin que tengáis que preocuparos al respecto. Lo que es verdadero, en efecto, es instantáneamente absorbido por nuestro inconsciente; y lo que no es verdadero, aunque penetre en lo inconsciente, poco a poco se desprende. Si me permitís insinuároslo, estas pláticas deberían extenderse y discutirse diariamente. A todos nosotros nos acontece algo nuevo cada domingo, y estas disertaciones tienen realmente por objeto despertar y aguzar esa inteligencia.

El otro día estuvimos analizando con muchos amigos por qué cada uno de nosotros —y el mundo, en consecuencia— está tan imbuído del sentido de propiedad y de clase. ¿Por qué todos nosotros damos tanta importancia a la adquisición y a las divisiones nacionales, sociales y raciales? ¿Por qué todos nues-

tros problemas parecen girar en torno de la posesión y del nombre? Ignoro si vosotros habéis pensado al respecto desde este punto de vista. ¿Por qué es que la propiedad y todas sus derivaciones, el nombre y la nacionalidad, las divisiones raciales y de clase, llenan nuestra mente? Alguna razón tiene que haber.

¿Por qué la necesidad rudimentaria de alimento, vestido y vivienda ha hecho tan profunda mella en nuestra mente? ¿No será porque carecemos de valores más elevados? Si algo más grande os interesara, lo menos grande no tendría tan predominante valor para vosotros. En otros términos: los valores secundarios, cuando se les atribuye arrolladora importancia, acarrean miserias y desastres, como ocurre ahora en el mundo. ¿Por qué, pues, no hay ningún valor superior a pesar de que todos los libros sagrados dicen que lo hay? Debéis indagar por qué.

Cuando la mente busca la seguridad, la certeza, no puede haber valores superiores a los de los sentidos. Después de todo, la adquisición y las divisiones de clase son factores psicológicos. No son valores materialistas; son exigencias psicológicas. Psicológicamente, pues, el buscar seguridad sólo crea valores que hace la mano o la mente del hombre; y entonces no puede haber valores más altos. De ahí que los valores sensorios adquieran capital importancia. No hay duda de que tiene que haber legislación y alguna clase de freno. Pero ello no resuelve el problema, ya que, no obstante las sucesivas revoluciones, seguimos en el mismo estado. Estamos en la misma

miseria y en la misma confusión, y nada ha sido solucionado.

¿Cómo, pues, habrá de encontrarse el más elevado valor? Esto es importante. Si estoy realmente interesado en algo más grande, no atribuiré tanta significación a lo secundario, a lo menos grande. Como no he hallado un interés mayor, lo secundario se torna de máxima importancia. ¿Y cómo hallaré lo superior? Sólo puedo hallarlo entendiendo la exigencia psicológica de seguridad. Creo que es éste el problema al que tenemos que hacer frente, no el problema del alimento, el vestido y la vivienda, porque, aún teniendo todo eso, continuamos en demanda de seguridad para nuestras necesidades íntimas.

Ahora bien, cuando buscáis seguridad tendréis que haceros esta pregunta: ¿Hay seguridad, realmente? ¿Existe la seguridad psicológica? Nosotros la buscamos. Queremos tener alimento, vestido, vivienda, pero también queremos encontrar seguridad en los nombres, las divisiones de clase, la propiedad, las creencias y las ideas definidas. Es de ese modo que la mente procura en todo momento estar en seguridad, sentir certeza. Hemos dado por sentado que la seguridad es algo que existe; y sobre esa base construímos toda la estructura de nuestros pensamientos, tanto de índole religiosa como relativos a la existencia diaria. Nunca nos hemos preguntado: *¿Existe* la seguridad? *¿Existe* la certeza? Si no la hay, tendremos que alterar totalmente nuestra existencia. El problema no es, pues, el alimento, el vestido y la vivienda, ya que ese problema puede ser solucionado.

Sólo a través del conocimiento propio se puede descubrir si existe la seguridad, la certeza psicológica. Vuelvo, pues, a abordar ese tema desde un ángulo diferente. Mientras la mente busca seguridad, sólo crea valores sensorios —los valores conocidos— y se ve enredada en dichos valores. Pero si la mente investiga si existe o no la seguridad, los valores sensorios tórnanse menos significativos. El conocimiento propio es importante en el sentido de que, mientras exploráis vuestra propia mente, empezáis a descubrir a fondo si existe eso que se llama seguridad. El conocimiento propio tiene extraordinaria significación creativa si lo encaramos como experimento, sin pretender alcanzar un resultado. Si, experimentando con nosotros mismos, vivimos experimentalmente, toda convivencia se convierte en un proceso de autorrevelación. Si estoy relacionado y en diario contacto con vosotros, revélome a mí mismo; descubro mi modo de pensar, de sentir y de obrar. Si me mantengo vigilante, conciente de esa interrelación en la vida diaria, llegan a revelárseme el proceso de mi pensar, mis meditaciones, mis exigencias. Pero sólo puedo conocerme a mí mismo si soy consciente y alerta. Cuando lo soy, puedo ver que una de las mayores dificultades en la convivencia —ya sea con uno o con muchos— es nuestro deseo de estar en seguridad. ¿Podéis sentiros inseguros con vuestra esposa y vuestros hijos? No bien os sentís inseguros, en efecto, empezáis a indagar; y en cuanto alcanzáis la certeza os echáis a dormir.

No sé si habéis observado el proceso de vuestro

pensar. Si lo observáis, podréis ver que vuestro pensamiento se mueve siempre de lo conocido a lo conocido, o a algo desconocido que él mismo crea y a lo cual se dedica hasta que llega a ser la adoración de Dios. Habéis creado a Dios por ser la seguridad final, fundamental; y si observáis con detenimiento el curso de vuestro pensar, de vuestro sentir, veréis que el afán de seguridad los absorbe. Sin embargo, es realmente en la incertidumbre, en la libertad, que se puede descubrir lo que es la libertad; no en la certeza, ni en la posesión, ni en las divisiones de creencias o de nombres. La propiedad y la creencia han adquirido suprema importancia porque hemos perseguido la certeza a través de los valores sensorios —valores que la mente y la mano del hombre pueden crear— y porque en ellos parece existir la seguridad. Mas si profundizáis todo este problema de la seguridad, los valores sensorios serán de escasísima importancia.

Interlocutor: ¿Quiere Vd. explicar lo que entiende por meditación?

KRISHNAMURTI: La meditación es el descubrimiento de la realidad, de la belleza, del amor. El problema consiste en saber si es posible descubrir lo incognoscible. La memoria es un estorbo. ¿Cómo, entonces, encontraréis aquello que no es concebible, que no puede ser formulado, que es inconmensurable, lo real? Tal es el problema en la meditación.

Ésta no es plegaria ni es un problema de concentración mental. ¿Puede una meditación que es resultado de lo conocido, del pasado, descubrir lo desconocido, lo incognoscible? ¿Puede la mente —que proviene de lo conocido, del pasado— entender y vivir lo incognoscible, lo atemporal, lo eterno? ¿Qué podemos responder? Que la mente sólo puede conocer lo eterno, lo atemporal, cuando no se halla cautiva del tiempo.

El problema no consiste en cómo meditar. "Cómo" implica método. Método es lo conocido, y lo conocido puede tan sólo llevar a lo conocido, El medio crea el fin. Si el medio es lo conocido, el fin será lo conocido.

Vosotros procuráis hallar lo incognoscible, lo eterno, lo atemporal. La mente no puede ver lo real a menos que se libre de lo conocido. ¿Y qué es lo conocido? La memoria acumulada acopia ideas, posesiones o distinciones. ¿Puede la mente librarse de sus propias creaciones? ¿Puede la mente, que es resultado del tiempo, librarse del tiempo? Porque, cuando la mente se ve libre del tiempo, surge lo atemporal. La mente no busca lo atemporal, no sabe lo qué es lo atemporal. ¿Cómo puede ella, por consiguiente, librarse del tiempo: del pasado, del presente y del futuro? Sólo puede librarse del tiempo teniendo alerta conciencia de todo; de todo lo que ahora hacemos, pensamos y sentimos, *ahora* y no mañana. El presente, en efecto, es la puerta del tiempo, del entendimiento del tiempo; y el presente existe en lo que estáis pensando, no en el tiempo indicado por el reloj, por el horario o por vuestra rutina. Al daros

cuenta de lo que estáis pensando *ahora,* descubriréis por qué estáis pensando y qué estáis pensando. En esa alerta conciencia de lo que pensáis, sentís, hacéis, hallaréis el comienzo del conocimiento propio; y éste no es sólo conocimiento de vuestras actividades conscientes sino también de las que se hallan ocultas. Y el conocimiento propio es el comienzo de la meditación. No puede haber meditación sin conocimiento propio.

Es una pregunta errada la de "cómo hay que meditar", ya que ella se limita a pedir un método, una técnica —que es lo conocido— para hallar lo incognoscible. Tal cosa resulta ridícula. Los medios crean el fin, y si los medios son lo conocido, el fin será también lo conocido y por consiguiente no lo incognoscible, lo atemporal. Mas si comenzáis a estar conscientes y alertas —sin optar, es decir, sin condenar, justificar ni identificar, lo cual es sumamente difícil— el conocimiento propio llega a ser extremadamente creativo. Y, después de todo, lo que es creativo es creación, es lo Real.

Interlocutor: ¿No está Vd. convirtiéndose en nuestro líder?

KRISHNAMURTI: Hay varias ideas implícitas en esa pregunta: que yo debería intervenir en política, ayudar a la India a salir del caos actual, etc. Examinemos la pregunta y veamos lo que significa. Ante todo, ¿por qué queréis un líder? La cuestión no con-

siste en saber si yo soy un líder y vosotros mis secuaces. ¿Por qué una persona se convierte en líder, y por qué otra desea ser secuaz? Poco importa que el líder sea un hombre o un "gurú". Queremos un líder porque nos sentimos inseguros. No sabemos qué pensar; estamos confusos, y a causa de nuestra confusión no sabemos qué hacer y deseamos que alguien nos proteja. En lo político, ello conduce a la tiranía de un dictador. Eso es lo que está ocurriendo y va a ocurrir. Cuando hay confusión, y psicológicamente estamos confusos, queremos que alguien nos conduzca. En el mundo hay confusión, miseria, caos, explotación por los ricos, por los capitalistas, por los sagaces, por los inteligentes, por los que disponen de un sistema; y éstos se transforman en dirigentes, crean un partido. Y, como no queremos que haya anarquía, dejamos que ellos nos conduzcan. No queremos estar confusos; queremos que alguien nos diga lo que hay que hacer. De ese modo creamos dirigentes. ¿Pero por qué los creamos?

¿Por qué ansiamos tener caudillos? ¿Por qué los buscamos? ¿No es acaso porque queremos estar asegurados? No queremos sentirnos inciertos acerca de nada. ¿Y qué ocurre? No sólo creáis líderes sino que os convertís en secuaces. Es decir, os destruís a vosotros mismos al seguir a otro. Cuando seguís ciegamente una tradición, o seguís a un líder o a un partido, cuando os disciplináis, ¿no destruís con ello vuestro propio proceso de pensamiento?

La explotación no sólo existe entre el trabajador y el propietario sino también entre el secuaz y el líder,

porque si éste no conduce se siente perdido. Si el líder no se pone a hablar en la tribuna, ¿a qué queda reducido? No sólo creáis al líder sino que, por obra de su propia confusión y frustración, también vosotros lo explotáis a él. ¿No habéis observado eso? Como el líder depende de vosotros y vosotros dependéis del líder, ¿adónde se nos va a conducir?

Este deseo de crear un líder es una forma de realización personal. En el líder veis colmado vuestro "yo"; y él, al procurar salvaros y guiaros, ve cumplirse en vosotros el anhelo de su propio "yo". Pero él es el líder que vosotros habéis creado, y por consiguiente hay mutua explotación, mutua autorrealización, que a ninguna parte puede conducir. Es evidente que se trata de explotación, siendo, como es, mera realización personal por medio de una organización.

Pues bien, yo no quiero realizarme a mí mismo de esa manera. No creo en la realización personal, que lleva a la miseria, al caos. Y como no dependo de vosotros financieramente ni para mis exigencias psicológicas, no soy vuestro líder. A mí no me interesa que haya uno, o muchos, o nadie, para escucharme. No creo en la mutua explotación, que conduce a absurdas indignidades e intrigas, y por lo tanto no soy vuestro líder, y vosotros no haréis de mí vuestro líder. El asunto es muy sencillo: están, por una parte, los que desean conducir, y por la otra los que quieren ser conducidos. Como yo no quiero conducir ni seguir a nadie, estoy fuera de ambas categorías. La verdadera realidad no se encuentra siguiendo a nadie;

tampoco es autorrealización. Adviene tan sólo cuando el "yo" está ausente, cuando se está libre de exigencias psicológicas.

Interlocutor: ¿Cuál es la diferencia entre creencia y confianza? ¿Por qué condena usted la creencia?

KRISHNAMURTI: Empecemos por ver qué es la creencia y qué es la confianza. ¿Qué entendemos por creencia? ¿Por qué tenemos que creer? ¿No es acaso porque hay en nosotros deseo de certeza, de estar seguros? Psicológicamente —¿no es así?— resulta perturbador no tener creencias. Si no tenéis creencia alguna —en Dios, en un partido político, etc.— habrá en vosotros desasosiego. La creencia es una exigencia de seguridad que formula la mente. ¿Qué es lo que ocurre? La mente, en busca de seguridad, crea la creencia. O la crea para sí misma, o toma las creencias ajenas; y tanto en un caso como en el otro, la mente se adhiere a ella y dice: "Yo creo". O bien proyecta la creencia hacia el futuro y hace de ella una certeza, una seguridad, conforme a la cual se disciplina. Como diversos factores tienen por fuerza que conducir a diferentes creencias, vosotros creéis en Dios y otros creen que no hay Dios. Sois musulmanes y otros son hindúes o cristianos, ¿y entonces qué ocurre? Que la creencia divide, ¿no es así? El deseo de estar psicológicamente en seguridad tiene por fuerza que crear divisiones, puesto que creáis y dais importancia a diversas cosas que son secundarias.

Observad el efecto que las creencias producen en el mundo. En lo político y en lo religioso hay innumerables planes que, según creéis, resolverán nuestras dificultades. Hay creencias religiosas de extraordinaria variedad, y cada individuo profesa su propia creencia porque ella le brinda consuelo; y esas creencias se convierten en medio de propaganda y explotación. Las creencias inevitablemente separan a los hombres. Cuando tenéis una creencia, o cuando buscáis seguridad en vuestra creencia particular, os separáis de aquéllos que buscan seguridad en otras clases de creencia. Todas esas creencias organizadas, por consiguiente, se basan en el separatismo aunque prediquen la fraternidad. Eso es exactamente lo que ocurre en el mundo, porque la creencia es una exigencia psicológica oculta de realización personal. En otros términos: colmando vuestro "yo" mediante una creencia, pensáis que seréis felices. La creencia, por lo tanto, ha llegado a ser un factor extraordinariamente importante en religión, en política, etc.

Si os sintiéseis *seres humanos*, ¿creéis que combatiríais como lo hacéis ahora? Sois hindúes y lucháis contra los musulmanes, y os matáis unos a otros; los ingleses combatieron a los alemanes, etc. La creencia, pues, se forma porque hay deseo de autorrealización, de seguridad; y el hecho de que exijamos seguridad y luchemos por ella, hace que tengamos una finalidad, la cual es una proyección de nosotros mismos. Si la finalidad fuese desconocida, nada creeríamos. La creencia es una proyección del "yo", y por lo tanto engendra separatismo y se convierte en ba-

rrera entre vosotros y el prójimo. Eso, exactamente, es lo que sucede. Yo no he inventado una teoría; describo un hecho, que lo es tanto en el terreno de la psicología como en el de la organización. Todos, tanto el líder como el secuaz, creemos en un dechado porque nos parece que él brinda seguridad. Si analizáis la creencia con mucho detenimiento y penetración, encontraréis que ella es una forma de realización personal, de mutua explotación y que no conduce a ninguna solución. Eso es lo que la creencia ha logrado.

¿Y qué entendemos por confianza? La mayoría de nosotros confía en alguien o tiene confianza en algo. Si habéis practicado algo o leído determinados libros, ello os infunde confianza en vosotros mismos. Es una forma de agresividad: hacéis tal o cual cosa y os sentís encantados de vosotros mismos. "Yo puedo hacer algo que tú no puedes". Confianza y creencia son similares. Son anverso y reverso de la misma medalla.

Pero hay otra clase de confianza que proviene del conocimiento propio. No debería realmente llamársele "confianza", pero por falta de una palabra mejor le seguiremos aplicando ese nombre. Cuando hay conciencia despierta y alerta, cuando la mente se da cuenta de lo que piensa, siente y hace, no sólo en la capa superficial de la conciencia sino en las capas más profundas, surge en nosotros un sentido de libertad, de convicción, porque *sabemos*. Hay confianza, extraordinario júbilo, esperanza creativa, intensidad vital, cuando el "yo" ha sido explorado; y nada de eso se basa en creencia alguna. Cuando el "yo"

ha sido explorado y todas sus tretas y recovecos son conocidos de la mente, ésta deja de crear; y en ese paro está la verdadera creación.

Señores: os ruego que no estéis hipnotizados. Estad más bien en ese estado de receptividad en que la semilla echa raíces. Y espero sinceramente que la semilla haya sido plantada; porque no son las palabras, o el escucharme, lo que os libertará. Lo que va a libertaros, a librar a cada uno de nosotros del pecado y del sufrimiento, es esa alerta conciencia, el daros cuenta de lo que *es*. Saber con exactitud lo que *es*; no traducirlo ni hacerlo de lado con explicaciones, no condenar; saber exactamente lo que *es* y percibirlo sin obstrucción, nos trae libertad. La libertad es eso, y sólo mediante esa libertad puede conocerse la verdad.

Noviembre 9 de 1947.

V

Nuestro problema está en el hecho de que, queriendo y buscando la felicidad, nuestro constante compañero es el dolor. Buscamos la felicidad en las cosas, en la convivencia, en las ideas. Por ello las cosas, la convivencia y las ideas llegan a ser lo importante, no la felicidad. Es decir, cuando buscamos la felicidad en algo, ese algo se convierte en lo importante en vez de la felicidad. Cosas hechas por la mano o por la mente han asumido mayor significación que la felicidad misma; y dado que las cosas, la convivencia y las ideas son tan transitorias, siempre somos desdichados.

Si buscamos la felicidad en las cosas, hallamos que la felicidad no existe: la felicidad no está en las cosas. Si de ellas pasamos a la esfera de las relaciones entre nosotros y el prójimo –la familia, la sociedad o la nación– vemos la enorme dificultad de la armonía entre nosotros y los demás. Si observáis con detenimiento, veréis que en la interrelación no hay nada

permanente, aunque procuremos hacer de la interrelación nuestra seguridad y nuestro refugio. Lo mismo ocurre con las ideas: un sistema de ideas puede ser destruído por otro. Y, sin embargo, no parecemos darnos cuenta de la inestabilidad de todo lo que nos rodea. Las cosas son transitorias; se gastan y se desvanecen. En lo que atañe a la convivencia, hay constantes rozamientos. Lo mismo debe decirse de las ideas y las creencias, que carecen de estabilidad. No obstante, en todo eso buscamos nuestra felicidad porque no percibimos el carácter transitorio de las cosas, las ideas y la convivencia. De una serie de cosas y de relaciones pasamos a otra serie, esperando hallar la dicha; pero jamás la hallamos. El dolor se convierte en nuestro constante compañero, y el triunfo sobre el dolor en nuestro principal problema.

¿Puede lograrse la felicidad mediante algún objeto, ya sea físico o ideal? El dolor será inevitable mientras busquemos la felicidad en algo. ¿No es un hecho que, al no hallar la felicidad en las cosas de este mundo, la buscamos en el otro? ¿Y que al no hallarla en la familia, en la virtud, en las ideas, tratamos de encontrarla en una entidad permanente llamada Dios? Es, pues, mediante algo, mediante un objeto.

El problema es éste: ¿la felicidad, que no es dable hallar en cosa alguna, puede realmente alcanzarse? Si no puedo hallarla en nada, ¿es posible que ella exista? ¿Seré feliz tan sólo si no busco la felicidad, si no pretendo hallarla en cosa alguna? ¿La felicidad puede existir por sí misma? Para descubrirlo, tene-

mos que explorar el río del conocimiento propio; y la dificultad estriba en que debemos seguir no sólo nuestros móviles, exigencias y propósitos conscientes, sino también los inconscientes. Al darnos cuenta de nuestros pensamientos, sentimientos e ideas conscientes, libramos la mente de todos los conflictos, tribulaciones y confusiones, y empezamos a recibir los pensamientos e insinuaciones de lo inconsciente. Al llegar a percibir las actividades mentales conscientes —lo cual, os lo aseguro, es muy difícil— los pensamientos inconscientes, así como las intenciones y móviles ocultos, pueden ser comprendidos. Y como lo consciente es lo presente, el "ahora", a través del presente los pensamientos inconscientes y ocultos pueden ser entendidos; y no pueden serlo por otro medio que el de adquirir intensa percepción del presente y librarnos de esas complicaciones —acciones y pensamientos incompletos— que en todo instante penetran en la mente consciente.

Los que quieran emprender el viaje a la otra orilla, ver y descubrir adónde conduce el conocimiento propio, deben darse conscientemente cuenta de lo que piensan y sienten, de sus hábitos, tradiciones y expresiones verbales, de cómo se dirigen de palabra a sus esposas, a sus servidores y a sus superiores inmediatos. Eso revelará cómo funciona la mente. De ahí podréis proseguir; y a medida que lo hagáis, descubriréis; y el descubrimiento de lo real es la felicidad, que no está en cosa alguna sino que en sí misma es eterna, como el amor. El amor, no el hecho de amar a alguien, es eterno en sí mismo.

Interlocutor: Se me ha dicho que Vd. no lee obra alguna de carácter filosófico o religioso. Me cuesta creerlo, pues cuando le escucho compruebo que Vd. tiene que haber leído, o que posee alguna fuente secreta de conocimiento. Le ruego sea franco.

KRISHNAMURTI: No he leído ninguna literatura sagrada, ni el Bhagavad Gita ni los Upanishads. No he leído ningún tratado filosófico, antiguo o moderno. Tampoco hay fuente secreta alguna de conocimiento, puesto que vosotros y yo somos la fuente del conocimiento. Somos el receptáculo de todas las cosas y de todo conocimiento, porque somos resultado del pasado; y al entendernos a nosotros mismos, descubriremos la totalidad del conocimiento y por consiguiente toda la sabiduría. De ahí que el conocimiento propio sea el comienzo de la sabiduría, y que a ésta podamos hallarla nosotros mismos sin leer libro alguno, ni recurrir a ningún líder ni seguir a ningún "yogui". Ello requiere enorme perseverancia, mente alerta; y os aseguro que, cuando empecéis a explorar, conoceréis un deleite, un éxtasis incomparable. Mas como la mente de casi todos nosotros, narcotizada por ideas y libros ajenos, constantemente repite lo que alguien ha dicho, no somos pensadores sino repetidores. Cuando citáis el Bhagavad Gita, o la Biblia, o ciertos libros sagrados de la China, es evidente que no hacéis más que repetir. Y lo que vosotros repetís no es la verdad. Es una mentira,

pues la verdad no puede repetirse. Una mentira puede ser presentada, extendida y repetida, pero no la verdad; y cuando repetís la verdad, ella deja de ser verdad, por lo cual los libros sagrados carecen de importancia. Es en vosotros mismos, mediante el conocimiento propio, que podréis descubrir lo eterno.

No habiendo, pues, ninguna fuente secreta, y no estando la sabiduría en libro alguno, veréis que lo real se halla muy cerca, ya que está en vosotros mismos. El conocimiento propio requiere extraordinaria actividad, constante vigilancia; no nos viene por el hecho de encerrarnos a estudiar. Si vuestra mente está alerta aunque pasiva, podréis observaros en todos los instantes del día; y hasta en el sueño habrá funcionamiento mental. Si durante el día estáis alerta, extraordinariamente despiertos, veréis que vuestra mente ha recibido insinuaciones que pueden seguirse durante la noche. Así, pues, el hombre que quiere descubrir la verdad, lo real, lo eterno, tiene que abandonar todos los libros, todos los sistemas, todos los "gurús", porque aquello que ha de encontrarse no se encontrará sino cuando uno se entienda a sí mismo.

Interlocutor: En este país, actualmente, el gobierno intenta modificar el sistema de educación. ¿Podríamos conocer las ideas de Vd. sobre educación y cómo ella puede ser impartida?

KRISHNAMURTI: ¿Qué ha ocurrido en el mundo después de siglos de educación? Hemos tenido

dos guerras catastróficas que casi han destruído al hombre, es decir, al hombre como medio de conocimiento. Vemos que la educación es un fracaso porque ella nos ha llevado a la más espantosa destrucción que el mundo haya conocido. Los gobiernos quieren dirigir la educación; quieren imponeros lo que habéis de pensar. A ellos no les preocupa la felicidad de las masas sino el producir un mecanismo eficaz; y como estamos en la era de la técnica, quieren técnicos para crear ese maravilloso mecanismo moderno llamado sociedad. Dichos técnicos funcionarán eficientemente y por lo tanto automáticamente. Eso es lo que acontece en el mundo, ya se trate de gobiernos de izquierda o de derecha. No quieren que penséis; pero si a pesar de todo pensáis, tendréis que hacerlo siguiendo determinada línea o conforme a lo que digan las organizaciones religiosas. Hemos pasado por ese proceso de dominación a cargo de sacerdotes y gobernantes. Y el resultado ha sido el desastre y la explotación del hombre. Que el hombre sea explotado en nombre de Dios o del gobierno, lo mismo da. Mas como el hombre es humano, llega un momento en que destroza el sistema.

Mientras la educación esté al servicio de los gobiernos, no habrá esperanza. Y ésa es la tendencia que observamos en el mundo entero actualmente, inspirada en unos casos por la derecha y en otros por la izquierda. Es que si se os deja libres para pensar por vosotros mismos podréis rebelaros, y entonces será preciso liquidaros. Hay diversos métodos de liquidación que no necesitamos analizar.

Señores: al hablar de educación debemos averiguar cuál es su objeto, cuál es el propósito de la vida. Si no sabéis por qué vivís, que fin persigue la educación, no tenéis por qué inquietaros acerca de cómo se os educa. Tal como ahora son las cosas, lo que se hace de vosotros es carne de cañón. Si eso es lo que queremos, debemos ciertamente adquirir extraordinaria eficiencia en matarnos unos a otros. Tal es lo que ocurre, ¿verdad? Hay más ejércitos, más armamentos, y se invierte más dinero en preparar la guerra bacteriológica y la destrucción atómica, que en ningún otro período de la historia; y para llevar a cabo todo eso tenéis que ser técnicos de alta escuela y convertiros en instrumentos de destrucción. ¿No se debe todo eso a la educación? Os estáis volviendo carne de cañón, mentes regimentadas. U os convertís en negociantes sedientos de dinero, o, si ello no os interesa, os dedicáis al conocimiento, a los libros, o aspiráis a ser hombres de ciencia prisioneros de sus laboratorios. Y si nuestra vida tiene algún fin superior y no lo descubrimos, la existencia significa muy poco; es casi un suicidio. Es un suicidio el que cometemos cuando nos transformamos en máquinas, religiosas o políticas. Si no descubrimos, pues, cuál es el objeto de la vida, la educación tiene escaso significado.

¿Cuál es entonces el propósito de la vida? No esperéis que os lo diga; el viaje para descubrirlo lo hemos emprendido juntos.

Para encontrar la realidad es preciso que haya libertad. Hay que estar libre de pensamiento condicionado para descubrir si hay algo más allá de los

valores sensorios. No se trata de libertad política sino de estar libre de "condicionamiento", de las exigencias psicológicas que condicionan nuestro pensar. Si el educador se halla condicionado, confuso; si su mente es estrecha, limitada, esclava de ideas supersticiosas —antiguas o modernas— el niño sufrirá las consecuencias. Y es mucho más difícil educar al educador que al niño, porque el educador ya se ha vuelto estúpido. Confuso, pasa de un sistema a otro y no encuentra lo que busca, por la sencilla razón de que no ha localizado el origen de la confusión, que es él mismo. ¿Cómo puede ese hombre despertar la inteligencia en otro ser? Si tengo que educar a un niño y no me entiendo a mí mismo, ¿cómo podré enseñarle, cómo podré despertar en él la inteligencia?

A la mayoría de nosotros, además, nos falta amor por nuestros niños, por mucho que hablemos de ello. La educación, señores, es algo tremendo, y no habiendo amor yo no acierto a ver cómo pueda haber educación. En cuanto amáis a alguien, entendéis a esa persona porque vuestro corazón está en ello. ¿Amamos a nuestros hijos? ¿Amamos a nuestras esposas o esposos? ¿Amamos al prójimo? No, por cierto. Si amásemos, el mundo sería diferente. La verdadera educación no se logra mediante sistema alguno. Cuando amamos, hay instantánea comunión. Mas como somos secos y vacíos, los gobiernos y los sistemas se han impuesto. El educador adquiere importancia y el medio ambiente se torna significativo porque no sabemos amar.

Vais a sostener, lo temo, que no os he dicho nada

positivo sobre educación. ¿No es el pensamiento negativo la más elevada forma del pensar? ¿La sabiduría no surge mediante la negación? No pongáis lo que os digo en vuestros viejos frascos, perdiendo con ello el perfume. Señores: para que el mundo se transforme, tiene que haber regeneración dentro de vosotros. Hay planes para la educación de la niñez; pero en los planes, naturalmente, no hay amor. Lo que ellos producen, por consiguiente, son máquinas. Estamos convirtiéndonos en carne de cañón. No somos creadores. No somos pensadores, no sabemos amar. Pasamos la vida penando con nuestra mente rutinaria, y, por supuesto, perdemos toda eficiencia. Los gobiernos, que quieren eficiencia para la destrucción, nos tornarán eficientes a la fuerza. Pero hay una eficiencia inspirada en el amor, muy superior a la eficiencia de las máquinas.

Interlocutor: Se dice que el método tradicional de llegar a los Adeptos o Maestros mediante la enseñanza que ellos imparten, o a través de sus discípulos, continúa abierto para la humanidad. ¿Las enseñanzas de Vd. están dirigidas a los que se hallan en ese sendero?

KRISHNAMURTI: Creer que existe un sendero hacia los Maestros, o un sendero al que se llega por intermedio de sus discípulos, es mera fantasía. La sabiduría, en efecto, no se encuentra por intermedio de ningún discípulo o Maestro. La felicidad no se halla

por otro medio que abandonando la idea de que somos la selecta minoría que recorre un sendero especial. Tal idea nos da simplemente un sentido de seguridad, de dignificación. La idea de que el vuestro es el sendero directo y que el nuestro llevará más tiempo, es consecuencia de un pensamiento sin madurez. ¿No divide acaso a la humanidad en senderos sistematizados? Los que están maduros son los que hallarán la verdad. El que está maduro, jamás sigue sendero alguno: ni el de los Adeptos, ni el del conocimiento, ni el de la ciencia, ni el de la devoción, ni el de la acción. El hombre comprometido en un determinado sendero carece de madurez; jamás hallará lo eterno, lo atemporal, porque la parte, lo particular en que se halla comprometido, pertenece al tiempo. A través del tiempo no podréis nunca hallar lo atemporal. A través de la desdicha no podréis nunca hallar la dicha. La miseria tiene que ser descartada para que haya felicidad. Si amáis, en ese amor no puede haber contienda ni conflicto. En medio de la obscuridad no hay luz, y cuando os libráis de la obscuridad se hace la luz. De igual modo, el amor existe cuando no hay sentido de posesión, cuando no hay condenación, cuando no hay autorrealización. Aquellos de nosotros que se hallan comprometidos en tales o cuales senderos, tienen intereses creados —mentales, emocionales y físicos— y es por eso que hallamos tan extraordinariamente difícil el volvernos maduros. ¿Cómo abandonar aquello a que hemos estado adheridos durante los últimos cincuenta o sesenta años? Actualmente tenéis compromisos con una or-

ganización de la que sois jefe, secretario o miembro. Para el hombre que busca, la búsqueda misma es amor; ella misma es devoción; ella misma es conocimiento. El que se ha comprometido en determinado sendero o acción, está enredado en sistemas y no hallará la verdad. Por intermedio de la parte jamás se encuentra el todo. Por una pequeña grieta de la ventana no vemos el cielo, el maravilloso cielo azul. Quien puede ver claramente el cielo es el que se halla al aire libre, lejos de todos los senderos y de todas las tradiciones. En él está la esperanza, y él será el salvador de la humanidad.

Noviembre 16 de 1947.

VI

Creo que deberíamos dedicar un poco de tiempo al análisis de la recta manera de escuchar. Existe, a mi entender, un arte de escuchar. La mayoría de nosotros acostumbra a traducir a nuestros propios términos lo que se dice, a interpretarlo conforme a nuestro propio entendimiento, a nuestro "trasfondo", a nuestra tradición. ¿No será posible escuchar como si no tuviésemos "trasfondo" alguno, es decir, simplemente, como escucharíamos música o una canción? Cuando escucháis música no la interpretáis; le consagráis toda vuestra atención sin ningún esfuerzo porque os sentís enormemente interesados. Del mismo modo, cuando hay verdadera comunión —y ella sólo existe habiendo afecto, amor— la respuesta es inmediata. No hay traducción ni interpretación: hay comprensión al mismo tiempo, en el mismo nivel. Pero es muy raro hallar gente unida por un afecto tan intenso que el mutuo entendimiento sea total. Entre la mayoría de la gente hay coincidencia, pero en diferentes niveles y momentos. Lo que nosotros intentamos hacer, en cam-

bio, es no sólo escuchar sino ser al mismo tiempo creativos; y ello no consiste en seguir simplemente la exposición o en aceptar o negar verbalmente, sino en vivir dentro de nosotros mismos lo que oímos, tal como si siguiéramos nuestros propios pensamientos en estado de suficiente aunque silenciosa alerta. Mas la dificultad estriba en que no sabemos escuchar, ni ver, ni oír, ya que, cuando algo que se dice es nuevo, lo ponemos en viejos envases, lo adaptamos a la vieja terminología y por lo tanto lo echamos a perder, como a "vino nuevo en odres viejos". ¿Qué ocurre cuando ponéis vino nuevo en botellas viejas? La fermentación se produce y las botellas se rompen. Mucho temo, sin embargo, que sea eso lo que hace la mayoría de nosotros. No encaramos la experiencia como cosa nueva. Sólo la encaramos como algo nuevo cuando hay tremendo interés, cuando hay gran amor. Es algo nuevo segundo tras segundo, no una continuación de lo viejo ni una interpretación de acuerdo a una norma o sistema de pensamiento.

Valdría pues la pena, si puedo sugerirlo, que escuchásemos con esa peculiar cualidad de la atención creativa, como si nos encontrásemos ante algo nuevo. Como ya lo he dicho más de una vez, una verdad repetida deja de ser verdad. Pero si la escucháis con ese intenso entendimiento creativo, con serenidad creativa —que no es interpretación— es entonces vuestra propia verdad; y eso es lo que os da libertad y dicha. Sólo puede haber felicidad cuando la mente es capaz de recibir lo nuevo. Como nuestra mente, empero, es resultado de lo viejo, tórnase en extremo

difícil escuchar como si nunca hubiésemos oído lo que se nos dice. No sé si habéis escuchado el canto de los pájaros al amanecer. Debéis haberlo escuchado. Jamás lo comparáis al canto de ayer. Es nuevo, es algo sumamente delicioso porque vuestra mente está fresca, no perturbada por las actividades del día, y por lo mismo es capaz de escuchar como si fuese por vez primera un canto que es tan viejo como las montañas. Os ruego que escuchéis del mismo modo lo que os digo: como si lo oyéseis por vez primera. Veréis que algo extraordinario se produce en vosotros, pues la felicidad no es cosa vieja sino constantemente renovada. Como dije la semana pasada, lo que se busca mediante un objeto —material o psicológico— jamás puede brindar felicidad. Lo que parece felicidad, en tal caso, es simple satisfacción, la cual es transitoria. Para comprender la felicidad o para ser felices, debemos entender el proceso de *tornarnos* felices, que es lo que intentamos hacer. Tratamos de llegar a ser felices, de llegar a ser virtuosos, de tornarnos más inteligentes. Si podemos entender el devenir y el ser, tal vez entenderemos lo que es la felicidad.

No hay duda que el devenir y el ser son dos estados totalmente diferentes. El devenir es continuo, y habréis notado que aquello que es continuo es siempre una atadura. La convivencia es atadura si es meramente continua, si es mero hábito. Si no es más que satisfacción, es mero hábito. En cuanto deja de ser continua, surge una nueva cualidad en la convivencia; y si penetráis más en la cuestión, veréis que

donde hay continuidad, hábito, un proceso de pensamiento que se mueve de una a otra continuidad, hay siempre una ligazón que produce rozamiento, dolor. Sin embargo, si no entendemos esa continuidad, que es el devenir, no hay ser. Jamás os decís a vosotros mismos: "Me volveré feliz". De modo, pues, que el ser no puede ser entendido sino cuando cesa el devenir.

Para expresarlo de un modo diferente: la virtud, después de todo, da libertad. Habréis notado que el hombre inmoral es estúpido porque es esclavo y es miserable; mientras los realmente virtuosos son libres y felices y no se "vuelven" nada sino que "son". Es decir, sólo puede haber felicidad en la virtud porque ella es ordenada, clara y libre; y el hombre que no es virtuoso es desordenado, de mente confusa, falto de claridad. La virtud, pues, no es un fin en sí misma pero engendra esa libertad sin la cual la realidad no puede existir. Mas si traducimos la virtud como medio de devenir, hay rozamiento. Tornarse y ser virtuoso son, pues, dos estados completamente diferentes. La virtud es entendimiento, ¿no es así? Aquello que entendéis os trae libertad, y lo que no entendéis crea confusión, obscuridad, etc. No bien entendéis algo, surge la virtud. ¿El entendimiento nos llega mediante un esfuerzo, o cuando no hay esfuerzo alguno? ¿Habéis puesto eso a prueba? Si quiero entender lo que decís, ¿debo hacer un esfuerzo por escuchar? Cuando hago un esfuerzo hay distracciones. Las distracciones, entonces, se tornan más importantes que el escuchar. No estando interesado en lo que decís,

tengo que hacer un esfuerzo para no estar distraído y poder escuchar. Por el contrario, si hay interés, comunión, no hay esfuerzo alguno. Ahora me estáis escuchando sin esfuerzo. En cuanto hagáis un esfuerzo, habréis dejado de comprender.

Si miráis un cuadro, por ejemplo, ¿hacéis un esfuerzo? Si lo que queréis es criticar, comparar o descubrir quién fué el pintor, entonces sí tenéis que hacer un esfuerzo. Si en verdad queréis entender, y si el cuadro os atrae, os sentáis tranquilamente frente al mismo. En esa quietud en la que no hay distracción, entendéis la belleza del cuadro.

La virtud, por cierto, nos viene sin esfuerzo alguno. Dado, empero, que toda nuestra existencia se basa en el esfuerzo, debemos averiguar por qué nos esforzamos, por qué libramos una incesante batalla para ser tal o cual cosa. Consciente o inconscientemente luchamos el día entero por llegar a ser esto o aquello. Ignoro si os habéis preguntado alguna vez por qué nos esforzamos. ¿Es el esfuerzo, la lucha, inevitable? ¿Forma parte de la existencia? ¿Qué entendemos por "esforzarnos"? Viendo lo que sois, no os agrada y queréis ser otra cosa. El motivo esencial de todo esfuerzo es el deseo de transformar lo que es en algo que ha de ser. Soy estúpido y me esfuerzo por volverme listo. ¿La estupidez puede llegar a ser viveza, o la estupidez debe simplemente cesar? Si eso lo podemos comprender, entenderemos totalmente lo que significa hacer un esfuerzo. En otros términos: tememos enfrentar lo que *es*. Tememos entender lo que *es*, y por ello luchamos siempre por transformar,

por avanzar, por cambiar. Una rosa, evidentemente, no se esfuerza. Es lo que es. En el hecho mismo de ser hay una especie de creación. Ella no desea ser otra cosa que lo que es. No conoce otro esfuerzo que la lucha natural por la vida. En nuestro caso no está tan sólo la lucha natural por sobrevivir —por el alimento, el vestido y la vivienda— sino la lucha por transformar lo que *es*. Y, sin embargo, no entendemos lo que es.

La dificultad estriba, pues, en entender lo que es; y la mente no puede entender lo que es si está distraída, si busca algo diferente de lo que es, si trata de transformar lo que es en alguna otra cosa. ¿Nuestra educación no se basa enteramente en eso? ¿Nuestras fórmulas y conceptos religiosos no tienen eso por raíz? Sois esto y tenéis que llegar a ser aquello.

Sois codiciosos y debéis volveros no codiciosos, y por consiguiente os esforzáis y lucháis por llegar a eso. Mas si entendiérais lo que es, no habría tal lucha. Si sois codiciosos y realmente entendiéseis lo que es la codicia, no habría devenir alguno en el sentido de la no codicia. Para entender, empero, lo que es la codicia, tenéis que daros extensivamente cuenta de todo lo que la codicia significa. No entenderemos mientras nos esforcemos por transformar lo que *es* en algo más deseable.

Tomemos un ejemplo muy sencillo. Si alguien es estúpido e intenta volverse inteligente, ¿podrá lograrlo? Diréis tal vez que sí. Sin embargo, ¿es posible que alguien se vuelva inteligente pasando exámenes, estudiando y adquiriendo conocimientos, aguzando su

mente? Por cierto que no. Esa persona sigue siendo estúpida. La codicia no puede nunca convertirse en "no codicia". Sólo cuando la codicia o la estupidez cesan, surge la virtud, la inteligencia, es decir, un estado en que no hay codicia ni estupidez. Sólo cuando sepa que soy estúpido, comenzaré a tener inteligencia. Pero el mero hecho de luchar por volverse listo no es inteligencia. ¿Necesitáis hacer un esfuerzo para entender lo que *es*? Sólo hacéis un esfuerzo cuando sois distraídos. Nuestra tendencia en lo educacional, en lo espiritual y en lo social se basa totalmente en transformar lo que *es* sin entender lo que *es*. ¿No resulta extraordinario, si lo miramos de ese modo? ¿Cómo podemos transformar algo sin entender lo que es? Para entender lo que *es* no hay que reprimirlo ni dominarlo, sino tan sólo observarlo sin condenarlo o justificarlo. La represión o la disciplina no engendran entendimiento, por cierto. En cambio, si toda la energía que ahora malgastamos en el esfuerzo por cambiar lo que *es*, la empleáramos en entender lo que *es*, comprobaríamos una transformación extraordinaria que no es el resultado del esfuerzo sino de la comprensión. El entendimiento sólo llega cuando no hay esfuerzo, cuando hay serenidad, y cuando no hay lucha por ser otra cosa que aquello que es.

Interlocutor: ¿Cree Vd. en la inmortalidad?

KRISHNAMURTI: ¿Qué entiende usted por creencia? ¿Por qué cree Vd. y qué hay que creer? ¿Cree Vd.

que está vivo? ¿Cree Vd. que oye? ¿No surge la creencia cuando estáis confusos, perturbados y anciosos y porque necesitáis tener algo que os dé una sensación de tranquilidad? No es la creencia, entonces, lo que *es;* y el hombre que es consciente de lo que *es,* jamás creerá. ¿Qué es lo que hay que creer? Cuando alguien cree, su creencia se basa sin duda en alguna autoridad que le da seguridades, certeza, tal como la sociedad que le provee de empleo o la organización que le facilita una casa. Por esa misma razón hay quien cree en el Maestro o en su propio hermano; colócase así en posición segura. La creencia, pues, da seguridad; y quien esté seguro no podrá nunca encontrar la realidad, aquello que es eterno. Sólo el hombre que inquiere, que está inseguro, que busca ansiosamente sin aceptar ni negar, encontrará la realidad. Aquél que reposa en su certeza no podrá jamás hallar la realidad; y, dado que la creencia torna al hombre seguro, no sólo lo ata sino que destruye su pensar creativo.

¿Qué entendemos por inmortalidad? Quizá lo comprenderemos si logramos entender lo que es la continuidad. Si podemos entender la muerte, tal vez nos sea posible entender la inmortalidad. Si podemos entender el terminar de las cosas, seremos capaces de entender aquello que es imperecedero, inmortal. Para entender lo inmortal, lo imperecedero, por consiguiente, tenemos que entender esa cesación que llamamos muerte. Decimos que entendemos la muerte porque vemos un cuerpo sin vida. Eso, por cierto, no es la muerte. La muerte es lo desconocido. Así como la realidad, lo imperecedero, es lo desconocido, la

muerte es lo desconocido, algo que no conocéis. Sin embargo, durante años y siglos habéis indagado, habéis dedicado todos vuestros pensamientos a la verdad —que también es lo desconocido— pero habéis evitado pensar en la muerte. ¿Por qué tal cosa? Creo que ahí está el problema, si es que podemos entenderlo. A la muerte —lo desconocido— la habéis esquivado y descartado, mientras perseguíais la realidad y escribíais volúmenes acerca de Dios; todos los templos tienen una imagen de Él o inscripciones relativas a Él. Mediante vuestros pensamientos habéis dado vida a las cosas. ¿Por qué hemos perseguido la realidad, Dios, la Verdad, lo desconocido? No lo sabéis. Si lo supiéseis, el mundo sería diferente y nos amaríamos unos a otros. ¿Por qué esquiváis lo uno y aceptáis lo otro? Esquiváis la muerte porque teméis la cesación de la continuidad, y perseguís la inmortalidad porque queréis la continuidad. Invertís vuestro haber en Dios sin saber en qué lo colocáis. ¿No es eso muy extraño? Y luego de confiarlo todo a Dios, preguntáis si hay inmortalidad. Lo que queréis es un seguro, una garantía suplementaria; y la persona que os asegura que hay inmortalidad os satisface y os resulta grata.

El problema, sin duda, no consiste en saber si hay o no hay inmortalidad. Si os digo que la hay, ¿cambiarán por ello las cosas? Transformaréis mañana mismo vuestra vida? Por cierto que no. Si os digo que no la hay, os dirigiréis a otra persona que os asegure que la hay. Os halláis, pues, entre el creyente y el descreído, lo cual os hace sufrir. Y para entender esa ansiedad, ese miedo que produce la idea de la muerte, de-

béis averiguar por qué se ha establecido una división entre la realidad y la muerte; por qué perseguís sin cesar, generación tras generación y sin saber lo que es, eso que llamáis Dios, evitando siempre el pensamiento de la muerte. ¿Ha habido algún libro sagrado sobre la muerte? No. Siempre ha habido libros y más libros sobre Dios.

Si conocéis a Dios como idea o como fórmula, no puede ser real. Es evidente que lo desconocido no puede jamás traducirse a cosas. Lo real no puede ser explicado a quien no lo conoce. Hay inmediata comunión entre dos personas que se aman. Podéis escribir poemas sobre el amor, volúmenes y volúmenes acerca de él, pero no podéis comunicarlo a otra persona si ella no lo conoce. Análogamente, me parece vano inquirir si hay Dios, puesto que si buscáis como es debido descubriréis si lo hay o no lo hay. Asimismo, si realmente indagáis, descubriréis la significación de la muerte.

Buscamos la continuidad mediante los bienes materiales, la familia, determinadas creencias o ideas; y mientras se nos asegure la continuidad estamos exentos de temor. Así, pues, el hombre que busca continuidad psicológica adquiere bienes materiales, y cuando percibe su carácter efímero busca otras formas de continuidad: continuidad psicológica en la nación, en la raza, y, si ella le es rehusada, en la creencia de que la continuidad definitiva está en Dios, en lo desconocido; y cuando esa seguridad se ve amenazada, da a ello el nombre de muerte y se siente atemorizado. Lo que en verdad nos interesa, pues, no es la

realidad, o Dios, o la muerte, sino la continuidad, a la que damos el hermoso nombre de "inmortalidad". Sólo deseáis continuidad en una forma u otra, la cual os será dada por un nombre, por la familia, por el sacerdote, por el libro, por la tradición, por el templo.

¿Qué ocurre con las cosas que continúan? Decaen o se transforman en rutina, funcionando por dicha causa como una simple máquina. La continuidad es garantía de decadencia; pero no bien pensáis que habréis de cesar, sentís miedo. Mas si sois conscientes de ese temor, veréis que él desaparece. Sólo entonces podréis entender que no hay división entre la vida y la muerte, porque la muerte y la realidad son lo desconocido. Pero una mente que se mueve y tiene su existencia en lo conocido no podrá nunca hallar lo desconocido. Lo conocido es siempre lo continuo, y la mente se adhiere a lo conocido y da vida a lo conocido, y por lo tanto se mueve siempre en el recinto de lo conocido; y es eso conocido que quiere que continúe.

Lo que es conocido está ciertamente en la red del tiempo. Jamás podrá conocer lo incognocible; y sólo cuando la mente queda libre de la red del tiempo surge lo atemporal. Sólo entonces hay una vida que no se piensa en términos de tiempo o de continuidad. Para entender la muerte es preciso que no haya temor alguno. Es claro que el hombre deseoso de continuidad se siente amedrentado; y las escapatorias que la civilización ha creado para apaciguar su temor lo han narcotizado tanto. lo han vuelto tan torpe,

que no puede percibir el significado de la muerte. No hay duda de que la muerte es algo tan hermoso como lo es lo real, ya que ambos son lo desconocido. Pero una mente que sólo funciona dentro de lo conocido no podrá nunca entender lo desconocido.

Noviembre 23 de 1947.

VII

Ya he dicho algo acerca de la justa relación entre vosotros y yo, pero me agradaría ahondar más en esta cuestión. Encuentro que es errónea una actitud como la que el discípulo observa frente a su instructor. Podemos comprender muy bien que alguien apele a un técnico para aprender ingeniería, o el arte de la pintura, o música o baile. ¿Pero es ésa acaso la relación entre nosotros? ¿Estáis vosotros realmente aprendiendo algo de mí? ¿No estamos más bien tratando de atisbar juntos eso que es la vida, que constituye nuestra existencia diaria y en lo cual hay tanto dolor, tanta lucha y tanta desdicha? No tratándose de aprendizaje técnico, ¿aprendemos algo de alguien? ¿El entendimiento no nos viene libre y espontáneamente? ¿Es él un resultado de la acumulación? Podéis haber leído muchísimos libros, toda la literatura sagrada, obras filosóficas, psicológicas y de toda índole. ¿Pero el entendimiento se encuentra acaso en los libros? ¿No es el conocimiento diferente del en-

tendimiento? ¿La mera acumulación de saber produce acaso comprensión? Debemos, pues, establecer entre nosotros la justa relación.

El mero hecho de allegarnos a alguien en la actitud de quien espera obtener de esa persona algún provecho, financiero o espiritual, torna imposible toda comunión con ella. ¿El falso respeto de que hacemos gala revela acaso entendimiento? A veces os mostráis respetuosos conmigo; mas para vuestros servidores, esposas y vecinos sólo tenéis casi siempre desprecio, descortesía, indiferencia o dureza. ¿Qué es lo más importante? ¿Mostrar respeto a un hombre que, según creéis, tiene algo que daros, o dejar de ser despreciativos, rudos y brutales con los demás?

¿Constituye el saber la totalidad de la vida? Si así lo considerásemos, interpretaríamos falsamente la existencia. Pero entender de instante en instante y de un modo completo lo que significa la existencia, podrá darnos júbilo y felicidad. Creo que entenderemos ese significado si logramos comprender lo que es hacer un esfuerzo. ¿La felicidad llega con el esfuerzo? ¿Habéis intentado alguna vez ser felices? ¿No es ello imposible? Lucháis por ser felices, y la felicidad no llega. No la producen ni la represión, ni el dominio de sí, ni el entregarse al placer. Podréis hacer esto último, pero al final habrá siempre amargura. Podréis reprimiros o dominaros, pero en el fondo habrá siempre lucha. Sin embargo, toda nuestra vida es una serie de represiones, de autoimposiciones, de lamentables excesos. Hay asimismo sojuzgamiento constante, una lucha continua con nues-

tras pasiones, nuestra codicia y nuestra estupidez. Sin embargo, ¿el amor o entendimiento llega por ese esfuerzo?

Es preciso que entendamos claramente este problema de la lucha y del esfuerzo. ¿No significa el esfuerzo una lucha por cambiar "lo que es" en lo que no es o en aquello que debería ser o devenir? Es decir, luchamos constantemente por evitar hacer frente a "lo que es", o intentamos esquivarlo, o transformar o modificar "lo que es". El hombre realmente contento es el que entiende "lo que es" y atribuye el recto significado a "lo que es". Ese es el verdadero contento. No se relaciona con el hecho de tener pocas o muchas posesiones, sino con la comprensión del significado íntegro de "lo que es"; y sólo puede haber tal comprensión cuando sois conscientes de "lo que es", no cuando intentáis modificarlo o cambiarlo.

El esfuerzo, pues, es una lucha por transformar aquello que *es* en algo que *deseáis que sea.* Hablo tan sólo de la lucha psicológica, no de la que origina, por ejemplo, un problema material de ingeniería o determinado descubrimiento o transformación de índole meramente técnica. Sólo me refiero a esa lucha que es psicológica y que siempre se sobrepone a la técnica.

Tomemos como ejemplo la ira. ¿Es posible vencer la ira mediante un esfuerzo, o diversos métodos y técnicas, o meditaciones y diversos modos de transformar "lo que es" en lo que no es? Suponed que, en vez de hacer un esfuerzo por transformar la ira en

"no ira", aceptáseis o reconociéseis que estáis encolerizados. ¿Qué ocurriría en tal caso? Tendríais conciencia de vuestra ira. ¿Y entonces? ¿Os entregaríais a la ira? Seguid, os lo ruego, lo que estoy explicando, y veréis. Si os dais cuenta de que estáis encolerizados, es decir, de "lo que es", y sabéis asimismo que es estúpido transformar "lo que es" en lo que no es, ¿continuaréis encolerizados? Si en lugar de pretender vencer, modificar o cambiar la ira, la aceptáis y la observáis; si sois completamente conscientes de ella, sin condenarla ni justificarla, habrá en vosotros un cambio instantáneo. Pero eso es extremadamente difícil porque nuestra tendencia es en un todo la de transformar o negar.

La virtud, sin duda alguna, no es la negación del vicio; la virtud es tan sólo el reconocimiento del vicio. En el momento en que sé que estoy iracundo y no trato de transformar mi ira, dejo de estar iracundo. Haced la prueba con vosotros mismos y veréis cuán extraordinaria es la cualidad creativa que posee el reconocer "lo que es". Análogamente, no puede haber libertad si no hay virtud.

Como lo dije el domingo pasado, el hombre sin virtud es estúpido. Es desordenado, y si provoca estragos en la sociedad no es porque carezca de virtud sino porque es estúpido. Ser virtuoso requiere la más elevada forma de inteligencia; poner orden en uno mismo exige una extraordinaria capacidad de ver las cosas como son. Cuando reconocéis lo falso como lo falso, lográis libertad. En otros términos: la libertad sólo puede ser encarada negativamente, no positivamente.

Ver lo falso es ver lo verdadero; y sólo puede haber libertad en la virtud, en el entendimiento, no en el devenir, que es una mera transformación de "lo que es" en alguna otra cosa. Este es el proceso del devenir: "seré esto o aquello, hoy o dentro de diez vidas"; "en mi próxima existencia seré un discípulo"; "seré virtuoso pasado mañana", y así sucesivamente. No hay duda de que esa clase de pensamientos son indicio de verdadera estupidez, ya que implican transformar "lo que es" en algo que no es. No es posible, por cierto, convertir la ira en "no ira". Si entendéis la ira, es decir, si sois plenamente conscientes de ella sin condenación, justificación ni identificación; si sois nada más que conscientes de que estáis encolerizados o celosos, de que sois codiciosos, llenos de mala voluntad, veréis que algo extraordinario se produce: vuestra ira o vuestros celos desaparecen espontáneamente. Es sólo cuando no nos damos cuenta de "lo que es", que hacemos un esfuerzo por transformarlo.

El esfuerzo, pues, es el no darse cuenta. No bien os dais cuenta —que no es condenar ni justificar— y no bien aceptáis, miráis y observáis "lo que es", ya no hay esfuerzo; entonces la cosa que observáis, aquello que es y de lo cual sois conscientes, posee extraordinaria significación. Si seguís esa significación en toda la línea, completáis ese pensamiento y por lo mismo la mente se ve libre de él. De modo, pues, que el darse cuenta es el "no esfuerzo"; el darse cuenta es percibir la cosa tal cual es, sin deformación. La deformación se produce cuando hay esfuerzo. Cuando amáis completamente, todo pensamiento os llega con gran júbilo,

claridad y dicha. Esto puede ocurrir tan sólo cuando hay integración y cuando no hay esfuerzo alguno. La madurez, o integración, sólo puede producirse cuando hay plena conciencia de "lo que es".

Interlocutor: ¿Cuáles son sus puntos de vista acerca de lo que implica la creencia en la reencarnación?

KRISHNAMURTI: Es un tema muy amplio. Sólo como medio de autodescubrimiento examinaremos el problema; no para encontrar una respuesta afirmativa o negativa, sino como medio de comprendernos a nosotros mismos.

Dos cosas están implícitas en esta pregunta: continuación, y causa y efecto. Con respecto a la continuación, debemos examinar la idea de que en cada uno de nosotros hay una esencia espiritual que continúa. En los libros está escrito, y vosotros lo sentís, que hay una estructura espiritual que continúa después de la muerte. Aceptar una autoridad es detener todo el proceso del pensamiento. No vamos, pues, a aceptar lo que dicen las escrituras ni lo que vosotros sentís, ya que, después de todò, vuestro sentir se basa en el deseo de seguridad. Ahora bien: ¿hay una esencia espiritual en el hombre? Os ruego consideréis lo que esto implica. Todo lo que es espiritual es en esencia atemporal, eterno. Si eso es así, lo atemporal —lo eterno— está por cierto más allá del nacimiento y de la muerte, del tiempo y del espacio. No tenéis, pues, que

preocuparos por cosas que son independientes del tiempo. No os conciernen. Si aquello es atemporal, si es eterno, si no tiene nacimiento ni muerte, está libre del tiempo. Si es así, quiere decir que no hay continuidad; ¿y entonces por qué os aferráis a aquello? Si es atemporal no puede ser continuo. Para vosotros, empero, pertenece al tiempo, ya que le estáis adheridos. Por consiguiente, no es atemporal, no es espiritual en esencia. Le estáis adheridos porque lo habéis creado vosotros. Si fuera real, escaparía a vuestro control. Si es verdadero, no lo conocéis; y, como ya lo dije, si lo conocéis no es verdadero, a pesar de lo cual le estáis adheridos. Decís que hay una esencia espiritual que es el "yo", y que ella continúa; y al mismo tiempo decís que es atemporal. Tenéis, pues, que entender el problema de la continuidad –en el que está implícito el de la muerte– para saber si hay o no una entidad espiritual. Tenéis que entender la muerte, lo cual significa que debéis entender todo el problema de la continuidad. ¿Qué es lo que continúa en vuestra vida diaria? El recuerdo, a través de vuestra propia continuidad, de vuestra familia, de vuestra creencia; y como buscamos continuidad, psicológica y fisiológica, tenemos miedo a la muerte. Lo que queremos, pues, es continuidad. Siéndonos ésta negada en lo que concierne a la existencia física, buscamos continuidad en lo que llamamos "Dios". Cuando hablamos de reencarnación, lo que realmente buscamos es la continuidad.

Ahora bien: ¿qué es lo que continúa? Vosotros, es decir, vuestro pensar, vuestros recuerdos, vuestras experiencias de todos los días. Yo me identifico con mis

recuerdos, mi propiedad, mi familia, mis creencias, y continúo; y quiero estar seguro de que aquello que continúa proseguirá. Por consiguiente, no quiero morir; y sin embargo sé que he de morir. ¿Cómo, pues, puedo hallar continuidad? Mi problema, por lo tanto, no es el de descubrir la verdad sobre la reencarnación, sino el de asegurar mi continuidad. ¿Qué es lo que decimos que continúa? ¿Qué es aquello a lo cual nos aferramos tan desesperadamente, tan temerosamente, tan ansiosamente? ¿No son los recuerdos? Si suprimís, señores, vuestros recuerdos, ¿qué queda de vosotros? Y a esos recuerdos les dais vida mediante una acumulación constante y un constante rememorar. La memoria, en sí misma, no tiene substancia ni vitalidad alguna. No bien digo "yo recuerdo", me identifico con el pasado. En otros términos: mientras al hombre —que es un resultado del pasado— le afecten los resultados del pasado, tiene que haber continuidad. ¿Y qué le ocurre a aquello que continúa? Nada, puesto que es tan sólo un hábito. El hábito es lo único que puede continuar y a lo que infundís vida de vez en cuando. De modo, pues, que lo que continúa es el recuerdo, cosa muerta a la que dais vida, lo cual significa que a través de una serie de hábitos, acumulaciones e idiosincrasias, las experiencias se ven interpretadas para producir todo aquello que deseáis ver continuar. Además, lo que continúa decae. Lo que es continuo es "no creativo".

Eso, principalmente, es lo que lleva implícita la idea de reencarnación; y tal es la verdad al respecto, no lo que alguien enuncie como un hecho. Si la

profundizamos realmente, si nos damos cuenta de su significado, encontraremos que aquello que es espiritual es atemporal y está por consiguiente fuera de nuestro alcance y de toda continuidad, ya que la continuidad es tiempo —ayer, hoy y mañana—. Y cuanto más nos apegamos a esa esencia espiritual, más nos distraemos de ella por la acción falsa, dado que lo atemporal no puede ser conocido por lo conocido. Habláis de la esencia espiritual que es el "yo"; entonces debéis conocerla, y por lo tanto no es la verdad. No estoy describiendo algo que *no es*. El recuerdo, por sí mismo, es cosa muerta. Le infundimos vida porque nos satisface. Mas donde hay satisfacción tiene que haber continuidad; y la satisfacción cesa pronto, pero la hacemos revivir en otra forma, y así seguimos andando. Y lo que es continuo no es inmortal; lo que es continuo no se renueva. Prosigue simplemente como hábito. Sólo en la renovación hay creación, está la realidad; y sólo en el terminar hay renovación, no en la continuidad. Mirad los árboles: sus hojas se desprenden y crecen nuevas hojas. Las hojas no continúan. Como tenemos miedo, nos apegamos a nuestros recuerdos; y el hombre que vive como continuidad es un hombre muerto.

En esta cuestión está también el problema de la causa y el efecto. ¿La causa y el efecto son dos cosas separadas, o están relacionadas entre sí? El efecto se convierte en causa. Nunca, pues, hay un momento que sea tan sólo efecto o causa. La causa y el efecto están en completa interrelación. No son dos procesos separados; son uno solo porque el efecto se ha vuelto

causa y lo que era causa ha llegado a ser efecto. Mas cuando miramos la causa separadamente del efecto, hay un intervalo de tiempo ilusorio que nos lleva a la falsa conclusión, y en esa falsa conclusión se basan todas vuestras filosofías. La causa, pasando a través del tiempo, llega a verse modificada. En el momento en que hay un efecto, la causa no puede estar lejos. Causa y efecto están juntos, aunque os lleve tiempo el percibirlo. El efecto está donde está la causa; es decir, en el momento en que os dais cuenta de "lo que es" —lo cual es la causa— el efecto está también ahí. Hay, por consiguiente, transformación. Os ruego penséis en la real belleza de esto, en todo lo que implica. Significa que, si entendéis "lo que es", hay inmediata transformación y por lo tanto un cambio atemporal, no un cambio en el tiempo. Se nos ha enseñado a creer —y eso esperamos— que con el tiempo hemos de cambiar, que mañana llegaremos a ser tal o cual cosa. Mas si percibís la causa convirtiéndose constantemente en efecto y el efecto convirtiéndose constantemente en causa, hay entendimiento inmediato y por lo mismo inmediata cesación de la causa. La causa está en el efecto. El fin está en los medios, de modo que cuando consideramos la reencarnación, podemos hacerlo desde dos puntos de vista: el del creyente y el del descreído, pues ambos son prisioneros de sus creencias, de su estupidez, y por lo tanto incapaces de hallar lo que es verdadero. Debemos encarar el problema tal como él es para nosotros. Al darnos cuenta del mismo, vemos cuán maravilloso es el conocimiento propio, que es el comienzo de la sa-

biduría. El conocimiento propio, que consiste en ver lo que es falso en el "yo", es el comienzo de la inteligencia. El darse cuenta de cuáles son los modos estúpidos de pensar, es el comienzo del entendimiento.

Noviembre 30 de 1947.

VIII

El mundo sería realmente muy hermoso si no hubiera maestros ni discípulos. Me pregunto si vosotros habéis considerado alguna vez por qué llega a haber maestros y discípulos; por qué esperamos que otra persona nos instruya, nos aliente y nos guíe. ¿No sería éste un mundo pacífico y ordenado si nadie tratase de lograr nada? El buscar alguna cosa se origina en el deseo de ganancia, y de este deseo proviene el conflicto. Mientras alguien desee sacar provecho de algo, ya sea espiritual o materialmente, habrá conflicto entre hombre y hombre; y si podemos entender el significado de la idea de ganancia, hallaremos tal vez una paz verdadera y con ello aboliremos la división entre maestro y discípulo, así como el extraordinario temor que existe entre ambos a pesar de que el discípulo le llame "amor". Somos cautivos del proceso de adquirir; y como percibimos su índole penosa, deseamos zafarnos de dicho proceso, lo que da origen a la dualidad. En otros términos: quiero ganar

algo, y el deseo de ganar implica siempre temor; y el temor, naturalmente, crea la dualidad. Empieza entonces el conflicto de los opuestos.

Ahora bien: ¿un opuesto no contiene el germen de lo que le es contrario? Y si la virtud es lo opuesto del vicio, ¿es acaso virtud? No sé si habéis pensado en estas cosas, pero observando veréis que todo opuesto contiene siempre su propio opuesto. Si el vicio es lo opuesto de la virtud, la virtud contiene el vicio y por consiguiente la virtud no es lo opuesto del vicio. Si podemos entender este conflicto, el opuesto cesa. Creo que es muy importante entender este punto porque casi todos nosotros nos hallamos cautivos de este conflicto de los opuestos: codicia y no codicia, ignorancia y saber, etc. Siendo así, ¿qué tenemos que hacer? El problema consiste entonces en cómo sobreponernos al conflicto. ¿Pero existe en verdad un problema, o simplemente hemos entendido el conflicto de un modo del todo erróneo? Es decir, si podemos entender el hecho en sí —la ira, por ejemplo— el conflicto de los opuestos cesa; si podemos entender "lo que es", cesa el problema de la dualidad, que lleva implícita la existencia del mal. Creo que es de la mayor importancia entender este problema de los opuestos, tal como se presenta en nuestra vida diaria. ¿Hay algún modo de salir de los opuestos a no ser entendiendo el hecho mismo, sin intentar para nada vencerlo mediante su opuesto? En otros términos: "lo que es" puede tan sólo ser vencido percibiéndolo con alerta conciencia, no condenándolo ni justificándolo. Es importante comprender

el temor y no pretender escapar hacia lo contrario, creando con ello el conflicto de los opuestos.

Quiero señalar lo difícil que es la comprensión de nosotros mismos, el darnos cuenta, mediante el conocimiento propio, de lo que pensamos, sentimos y hacemos. Si no entendemos el proceso dualista de nuestras propias actividades, sentimientos y pensamientos, carecemos de bases para el recto pensar.

Ser conscientes de nosotros mismos es sumamente arduo. No se aprende en los libros. Conocernos a nosotros mismo es llegar a la fuente de la sabiduría. Esto no es una simple afirmación. Si comenzáis a inquirir, a daros cuenta imparcialmente de vosotros mismos en todo lo que hacéis, pronto descubriréis a qué extraordinarias profundidades puede penetrar el pensamiento y cuánta libertad hay en esa alerta conciencia.

Interlocutor: Ud. ha hablado a menudo de la convivencia. ¿Qué significación le atribuye?

KRISHNAMURTI: En primer término, no hay ser alguno que esté aislado. No hay existencia en el aislamiento. Ser, es estar en relación, y sin interrelación no hay existencia. La relación entre dos personas crea la sociedad; ésta no es independiente de vosotros y de mí. La masa no es por sí misma una entidad separada; somos nosotros que creamos el grupo, la masa, la sociedad, con nuestras relaciones mutuas. Estas se basan en la mutua satisfacción, ¿no es así? Si una persona no os

gusta, prescindís de ella; si os gusta, la aceptáis por esposa, o vecina, o amiga. Ese es el hecho real.

La interrelación se busca, pues, donde hay mutuo agrado; y, cuando él no existe, cambiáis de relaciones: os divorciáis o continuáis juntos aunque buscando satisfacción en otra parte. La interrelación se busca donde puede lograrse seguridad, donde vosotros como individuos podéis vivir en un estado de seguridad, de satisfacción, de ignorancia, todo lo cual suscita conflictos. Si no me satisfacéis y yo busco satisfacción, es natural que haya conflicto, ya que, buscando ambos seguridad en el otro, cuando esa seguridad se convierte en incertidumbre os volvéis celosos, violentos, posesivos, etc. La convivencia conduce invariablemente a la posesión, a la condenación, a las exigencias egoístas de seguridad, comodidad y satisfacción; y en nada de eso, por supuesto, hay amor.

Hablamos de amor, de responsabilidad, de deber; pero de hecho no hay tal amor, y la interrelación se basa en la satisfacción personal. El efecto de ello lo vemos en la actual civilización. Nuestra manera de tratar a nuestras esposas, hijos, vecinos, amigos, indica que en nuestra interrelación no hay ni vestigios de amor. En ella hay sólo afán de satisfacción. Y siendo así, ¿cuál es el significado esencial de la interrelación? Observáos a vosotros mismos en relación con los demás, y veréis que la convivencia es un proceso de autorrevelación. ¿Mi contacto con vosotros no revela el estado de mi propio ser si sé darme cuenta, si estoy bastante alerta para ser consciente de mis propias reacciones en la convivencia? Ese proceso de antorrevelación es un pro-

ceso de conocimiento propio; y en esa revelación hay muchas cosas desagradables e inquietantes, muchas actividades y pensamientos molestos. Como no me gusta lo que descubro, huyo de una relación que no me es agradable hacia una que lo sea. La convivencia, pues, tiene muy escasa significación cuando lo único que buscamos es la satisfacción mutua; mas la convivencia se torna extraordinariamente significativa cuando es un medio de autorrevelación y de conocimiento propio.

Es preciso que entendáis las actividades del "yo" en las diversas capas de la conciencia. Para comprender la interrelación, lo importante es entender antes que nada "lo que es", lo que realmente ocurre en nuestras vidas. La convivencia es autorrevelación, y es porque no queremos revelarnos a nosotros mismos que escondemos cómodamente nuestra faz; y entonces la convivencia pierde su extraordinaria profundidad, significación y belleza. Sólo puede haber verdadera convivencia cuando hay amor, pero el amor no es la búsqueda de satisfacción personal. El amor existe tan sólo cuando hay olvido del "yo", cuando la comunión es completa, no entre unos pocos, sino con lo supremo; y eso no puede acontecer sino cuando el "yo" ha sido olvidado.

Interlocutor: En dos o tres oportunidades, en el curso de las pláticas a que he asistido, llegué a tener conciencia —si es que puedo aventurarme a describir la experiencia acertadamente— de hallarme en pre-

sencia de un vasto vacío de absoluto silencio y soledad durante una fracción de segundo. Sentía como si estuviese a la entrada pero no me atreviera a penetrar en él ¿Se trata de una alucinación autosugestiva, propia de las condiciones tormentosas y turbulentas en que transcurre nuestra vida diaria?

KRISHNAMURTI: Cuando uno siente muy intensamente, existe siempre el peligro de caer cautivo de dicho sentimiento. Así obra la propaganda. Si se os dice y se os repite hasta el cansancio que debéis aniquilar al musulmán, o al cristiano, o al budista, o al alemán, caéis cautivos de esa ruidosa repetición y os veis arrastrados a cometer determinados actos. Durante estas pláticas y debates, empero, ha habido momentos en que hemos sentido muy intensamente, en que hemos experimentado por nosotros mismos ciertos estados de conciencia, y en que, habiendo alcanzado un grande y profundo entendimiento, ha habido un silencio absoluto. Pero ello se convierte en alucinación si es debido a la autohipnosis, es decir, si vosotros mismos, durante la disertación, no la habéis seguido y experimentado directamente. En tal caso esos silencios, esos extraordinarios estados del ser, conviértense en evasiones del diario conflicto de la existencia. Siempre existe el peligro de verse uno influenciado por otra persona, para el bien o para el mal. El hecho de que hayáis sido influenciados indica que podéis serlo; y si lo habéis sido para el bien, podéis serlo para el mal. Eso se ha visto una y otra vez: y el mal triunfa más a menudo que el bien, como lo revelan

las reiteradas catástrofes y guerras que se producen en el mundo casi constantemente.

El problema, pues, no consiste en penetrar en ese silencio, en ese estado creativo del ser, sino en que hayáis llegado a él por vía del entendimiento o de una influencia extraña, de la persuasión o de vuestra propia cautelosa experiencia y comprensión. A menos que lo hayáis alcanzado por medio de vuestro propio entendimiento —y no de un modo meramente intelectual o verbal— ese estado carece de sentido, ya que no hay entendimiento "intelectual"; el entendimiento es completo, total y no parcial. Mas si llegáis a esa quietud por el entendimiento, por la vigilancia, los conflictos cesan; y en esa comprensión hay quietud, y en esa quietud y soledad surge la realidad. No es que tengáis miedo de penetrar en ella; es que no lo podéis. Ella tiene que venir a vosotros, pues vosotros sólo podéis ir a lo conocido. Si viene a vosotros es lo desconocido y por consiguiente lo real. Pero si vais hacia ella, ya habéis formulado lo que es; y por lo tanto aquello hacia lo cual vais es lo conocido y no puede ser lo real. Todo lo que es grande, así como el amor, viene a vosotros. Si perseguís el amor, jamás os llegará; mas si os mantenéis abiertos, serenos, sin exigir nada, él os llegará.

La cuestión de la influencia es en verdad muy importante porque todos queremos ser influenciados, alentados, ya que en nuestro fuero íntimo nos sentimos inciertos y confusos. Y ahí está el peligro: en esperar de otra persona la claridad, el entendimiento. Nadie puede dárnoslo. Él nos llega cuando la mente

es pura y libre, cuando no está distraída por el esfuerzo. Cuando algo nos interesa con vehemencia, le consagráis todo vuestro ser. Nada os distrae; y en ese acto de daros íntegramente a la búsqueda de lo verdadero, llega a vosotros esa quietud, ese asombroso vacío creativo, ese silencio absoluto. Llega sin violencia, sin que lo llaméis. Y en ese silencio surge lo real.

Interlocutor: ¿La creencia en la reencarnación no explica la desigualdad en la sociedad?

KRISHNAMURTI: ¡Qué manera despiadada de dar por resuelto un problema! ¿La desigualdad puede ser cohonestada por una creencia, una teoría, ya sea de la izquierda o de la derecha, ya de índole económica o espiritual? ¿Cesa la desigualdad porque creáis en ciertas formas de socialismo? Como creéis en la reencarnación —es decir, en un desarrollo progresivo que os coloca algo más arriba que los demás por vuestra mejor posición económica y social— esa teoría os resulta satisfactoria. Creéis, en efecto, que por haber trabajado y sufrido en el pasado, habéis ganado ahora un derecho a algo: una especie de cuenta bancaria de índole espiritual. Por lo tanto, os sentís en cierto modo superiores, mientras los demás se hallan algo por debajo de vosotros, hasta que, a su vez, se eleven; pero siempre habrá alguien más abajo y alguien más arriba.

Ésta, por cierto, es la manera más extraordinaria de considerar la vida, la manera más brutal y despia-

dada de explicarla. Deseáis explicaciones, y éstas, ya sean políticas o religiosas, parecen satisfaceros. Pero la creencia en la reencarnación no es, evidentemente, solución alguna para nuestras dificultades. ¿Lo es, acaso? Es sólo una explicación, una postergación; pero los hechos son la desigualdad, los "intocables", el brahmán y el no brahmán ... o el comisario vicioso y el pobre diablo que trabaja para el comisario. El hecho es que la división continúa; y ninguna clase de explicación, por hermosa o por científica o por despiadada que sea, la va a eliminar.

¿Cómo terminar con esta desigualdad? ¿Puede la desigualdad ser borrada por un sistema, económico, social o religioso? ¿Puede un sistema —de izquierda o de derecha, religioso o de otra índole— eliminar el hecho real de que a los hombres les agrada dividirse en superiores e inferiores? Ha habido revoluciones, mas ellas no han producido la igualdad, aunque en un comienzo afirmasen que debía haberla. Una vez cumplida la faena revolucionaria y disipada la bambolla y la excitación, la desigualdad prosigue: ahí están el caudillo, el dictador, el tirano, y todo el resto del sucio negocio de la existencia. Ningún gobierno ni teoría alguna puede extirpar nada de eso; y esperar algo de una teoría, de una creencia, es ser la persona más estúpida e insensible. Apeláis a una creencia, a un sistema, cuando vuestros corazones están resecos y en ellos no hay amor; entonces los sistemas se tornan importantes. Cuando amáis, no hay por cierto igualdad ni desigualdad; ya no hay prostituta ni persona

virtuosa. La división existe para el hombre cautivo de la "rectitud".

La creencia, por consiguiente, no es la solución; ningún sistema es el camino hacia la igualdad. Podréis igualar en lo económico, pero aun en tal caso la igualación carece de importancia mientras exista la desigualdad psicológica; ésta no puede ser borrada por sistemas económicos. La única solución verdadera está en el amor, el afecto, la bondad y la misericordia. Mas el amor es muy difícil para el hombre cautivo de su afán de competir sin piedad ni misericordia. Cautivo de los medios que emplea para satisfacerse a sí mismo mediante la adquisición, busca una explicación y la encuentra en la reencarnación. Puede así continuar en su camino de monstruosidades e imaginar, no obstante, que obra bien.

La creencia no puede substituir al amor. Cuando amáis no existen para vosotros ni el intelectual ni el analfabeto, ni el pecador ni la persona recta. Es algo maravilloso tener esa libertad que sólo el amor puede conferir; y el amor sólo es posible cuando las creencias se nos van, cuando no confiamos en sistemas, cuando somos hombres y no máquinas. ¡Cuán poco amamos en nuestra vida diaria! No amáis a vuestros hijos, ni a vuestras hijas, ni a vuestros esposos y esposas; y porque no los conocéis a ellos no os conocéis a vosotros mismos. Cuando nos conocemos a nosotros mismos cada vez más, empezamos a entender el significado del amor, que es el factor más extraordinario en la vida porque resuelve todas nuestras dificultades. Abandonad vuestras agresiones, rivalidades y afa-

nes; sed sencillos y hallaréis el amor. El hombre que es sencillo no se preocupa por saber quién es superior ni quién es inferior, quién es maestro ni quién es discípulo, porque él está contento con lo que es. Y el entendimiento de "lo que es" trae amor y felicidad.

Diciembre 7 de 1947.

IX

Como he hablado de diversos temas en mis diferentes disertaciones, hoy quiero abordar el problema del sufrimiento. La felicidad no es la negación del dolor sino la comprensión del dolor. La mayoría de nosotros cree que el sufrimiento nos tornará inteligentes. Se nos ha dicho, al menos, que el sufrimiento despertará el entendimiento y la inteligencia, que por medio del sufrimiento se acumula saber y se adquiere comprensión. Mas si examináis esto más de cerca, hallaréis que el sufrimiento, así como el dolor y el conflicto, en realidad entorpecen la percepción de "lo que es"; y mirar el sufrimiento como medio de entendimiento o inteligencia es realmente falaz. Para descubrir lo que en verdad ocurre, debemos examinar lo que pasa cuando sufrimos. Se trata de una perturbación íntima, psicológica. Por ahora no me estoy refiriendo al sufrimiento físico, a las enfermedades y otros males, sino al sufrimiento psíquico como el que se experimenta cuando uno pierde a alguien, cuando uno se siente frustrado, cuando la existencia carece de sentido, cuan-

do el futuro adquiere suprema importancia, o cuando miramos con nostalgia el pasado como algo más hermoso y más feliz que el presente. Ello implica contrariedad, descontento del presente, pena y un sentido de vaciedad: ese vacío absoluto que representa la convivencia cuando está reducida a la mera relación física.

Para entender, pues, el sufrimiento, paréceme que no debemos dar nada por sentado sino examinar lo que realmente acontece en nosotros cuando sufrimos, es decir, cuál es nuestra respuesta instintiva. ¿No consiste por lo general en huir del dolor? Huir mediante explicaciones, creencias, teorías, sacerdotes, imágenes. Son conocidos los diversos métodos de evasión: la radio, el periódico, el cine, las drogas, los "gurús". Todo lo intentamos para alejarnos del constante dolor, pena y sufrimiento. Hasta el hecho mismo de inquirir acerca de la causa del dolor, ¿no es también una evasión? No necesitamos emplear horas, días, ni recurrir a un "gurú", para descubrir cuál es la causa del sufrimiento. ¿No es ello evidente? ¿Mas qué ocurre cuando ahondamos en la causa del dolor? Nos refugiamos intelectualmente en dicha causa o en la búsqueda de la misma. Sucede, pues, que nos volvemos muy hábiles, muy sagaces en nuestras escapatorias, pero el sufrimiento continúa, y a esa habilidad se le llama "modo inteligente de vivir". Es decir, progresáis —a ello se le llama "progreso"— cambiando unas por otras las vías de evasión, pero el sufrimiento continúa en una u otra forma.

¿Cómo, pues, ha de comprenderse el sufrimiento?

Inquirir, simplemente, acerca de la causa, es una necedad, ya que sin duda sabemos cuál es esa causa: nuestra estúpida existencia diaria, nuestros prejuicios, nuestras ambiciones, nuestra pequeñez, nuestro deseo de continuar. Lo que tenéis que hacer es no huir del sufrimiento. Cuanto más os familiarizáis con él, cuanto más lo conocéis, lo amáis, lo llamáis, charláis y dormís con él, más os transmite él su fragancia, su significación. Pero basta que huyáis de él, ya sea por medio del intelecto o de la superstición, de la ciencia o del romance, para que el sufrimiento continúe.

Al sufrimiento, en consecuencia, hay que entenderlo, no vencerlo, porque toda manera de vencerlo puede a su vez ser vencida. El sufrimiento puede tan sólo ser entendido mediante el conocimiento propio, que es el recto pensar. Y sólo el recto pensar —que nos llega si somos conscientes de lo que a diario sentimos y hacemos— puede disolver la causa del dolor.

Interlocutor: Gandhi ha dicho que tanto la religión como el nacionalismo son caros al hombre, y que el uno no puede permutarse por el otro. ¿Qué dice Vd.?

KRISHNAMURTI: Una de las cosas que debemos tener presentes es la necesidad de indagar, no de aceptar, para descubrir lo que es verdadero; y para hallar la verdad se requiere mente y corazón abiertos, sin que nos guíen instructores ni políticos. Pero ya lo veis: eso significa que debéis pensar por cuenta propia. Tenéis que lanzaros a la alta mar del pensamiento,

pero preferís que se os dicte lo que habéis de pensar.

Yo no critico a persona alguna ni hablo de tal o cual dirigente; me refiero tan sólo a la idea de autoridad. Es evidente, señores, que nada podéis crear si os ata la autoridad. Donde hay autoridad cesa toda creación. Podréis inventar cosas mecánicas; pero cesa la creación que es realidad, lo cual, a mi entender es una de las maldiciones de éste y otros países. Cuando os entregáis a alguien, sea él vuestro sacerdote o un dirigente político, o el hombre que se pretende Mesías o mensajero de Dios, dejáis de sentir y de pensar, y como seres humanos os tornáis inexistentes. Tal no es, por cierto, la solución para nuestros problemas, nuestras miserias, nuestras catástrofes.

Resulta ahora que, según se ha dicho, tanto la religión como el nacionalismo son caros al hombre, y que el uno no puede permutarse por el otro. Debemos averiguar qué verdad puede haber en esto; y no atacar o defender dicho punto de vista, sino descubrir realmente la verdad en este asunto, dado que es la verdad lo que va a libertarnos, a darnos felicidad, no las afirmaciones de nadie.

¿Qué entendemos por religión? No es, por cierto, el ir a la iglesia o al templo a adorar imágenes, el leer libros sagrados o el pertenecer a tal o cual secta o corporación religiosa. Eso, por cierto, no es religión. La religión tampoco es creencia. La religión implica la búsqueda de Dios, o de la Verdad, sea cual fuere el nombre que le déis. Si ello es así, las religiones organizadas representan una traba porque constriñen el pensamiento y el sentir con sus dogmas, con sus imá-

genes —hechas por la mano o la mente del hombre— y con sus ceremonias y tantas cosas más. La religión es la búsqueda de la Realidad y no la realización de ceremonias, la lectura de libros sagrados, etc. Ello significa que la religión, como forma organizada de una creencia, deja de ser religión. En la indagación de la verdad el criterio debe ser negativo, no positivo, ya que la acción positiva conduce siempre a un fin positivo que sólo puede ser lo que conocéis; y la Realidad es lo incognoscible, que no puede ser imaginado ni reducido a palabras. Es lo desconocido. Todo modo positivo de abordar lo desconocido hará de él lo cognoscible, que por supuesto no es la Verdad. La Verdad *es* cuando lo conocido deja de ser. Lo Eterno no se aborda a través del tiempo. Lo Eterno *es* cuando el tiempo cesa, es decir, cuando el pensamiento —que es resultado del tiempo— llega a su fin. La religión, pues, no es positiva; no es dogmática, asertiva ni "convertiva". No es el culto de imagen alguna.

¿Y el nacionalismo, qué es? ¿No es el sentimiento de que uno pertenece a un grupo de gente, a un país? Sentir que estáis unidos a algo que consideráis más grande que vosotros, os da una impresión de bienestar. Cuando digo que soy de la India, siento que pertenezco a una nación milenaria, y eso me envanece. ¿No es así? Pertenezco a mi familia, lo que me da un sentido de continuidad. A través del nacionalismo yo continúo, lo "mío" continúa. Me identifico, por consiguiente, con lo que es considerado más vasto, con el conjunto, con la nación llamada India. En mí mismo soy vacío, superficial, pobre; no soy nada. Mas si me

identifico con algo llamado India —un concepto— me coloco en buena posición y logro felicidad; y en virtud de ese concepto puedo ser explotado y puedo ir a matar impunemente a los hombres de otros países. Eso es lo que ha estado ocurriendo en el mundo: los alemanes en lucha con los franceses, los hindúes con los musulmanes, etc. Todo ello en nombre del nacionalismo, en nombre de la Patria, de Dios, de la Paz, y porque me agrada identificarme con algo que llamo India, que en realidad soy yo mismo agrandado. Y cuando lo atacáis, estoy pronto a mataros porque sin ese algo yo no soy nada. Invierto, por lo tanto, todos mis sentimientos en el nacionalismo, que toma así el lugar de la religión. Eso es lo que está ocurriendo: los dioses desaparecen y el Estado toma su lugar. Ambos son conceptos, por lo que nada perdéis con el cambio. Que permutéis lo uno por lo otro tiene escasísima importancia, pues lo que real y fundamentalmente buscáis es vuestra continuación a través de un concepto; y que se trate de la India, de Alemania, de Dios o de alguna otra cosa, no interesa mientras vosotros continuéis como entidades en una u otra forma.

El nacionalismo, al igual que la religión organizada, ha separado al hombre del hombre. A través del nacionalismo jamás se realizará la fraternidad. Si sois nacionalistas e intentáis volveros fraternales, vivís en el engaño, ya que es imposible identificarse con uno y negar todo el resto. En el momento en que os identificáis con una creencia religiosa o con un país, os convertís en factores de guerra. No veo mucha diferencia entre el nacionalismo y la religión organizada.

Ambos han traído desdicha al hombre, ambos han engendrado división, ambos han esparcido la destrucción y los conflictos porque las creencias y el patriotismo separan a los hombres. Tenéis que dejar atrás esas mezquinas imágenes creadas por la mente o por la mano, para encontrar la Verdad. Para hallar la Realidad tenéis que dejar de ser nacionalistas, por mucho estímulo y emoción que halléis en serlo, y tenéis que dejar de pertenecer a una religión determinada. La Verdad no la hallaréis en imagen alguna —creación de la mano o de la mente— sino cuando cese el pensamiento, ya que al terminar el pensamiento termina el tiempo.

Interlocutor: Vd. nos ha dicho que la explotación es un mal. ¿Y Vd. también no explota?

KRISHNAMURTI: Me alegra que aún tengáis capacidad para la crítica. Es por su intermedio que hallaremos la Verdad, no escondiéndonos tras la defensa verbal. Sin embargo, la mayoría de vosotros ha erigido muros de palabras que resultan muy difíciles de penetrar. Estoy perfectamente dispuesto a exponerme a la crítica, y vosotros podréis hallar en ella considerable diversión.

¿Qué entendéis por explotación? ¿Habéis pensado acerca de ello? Me pregunto si sólo habéis leído sobre el particular lo que dicen los libros, y podéis así repetirme —o repetiros— las afirmaciones de la derecha o de la izquierda. ¿Qué significa la explotación?

¿No significa servirse de alguien para provecho propio, ya sea socialmente o en un sentido psicológico? La sociedad, tal como se halla actualmente establecida, torna por desgracia inevitable que nos sirvamos del prójimo; hasta la camisa que llevo puesta es resultado de la explotación, ¿y cómo puede alguien dejar de explotar en una sociedad así estructurada? Comprendéis lo que yo entiendo por explotación: servirse de otra persona para el propio beneficio, la propia ganancia, el propio logro. Lo más que puedo hacer es decirme que tendré el mínimo. Tiene muy escasa importancia para mí el poseer mucho o poco. Tener mucho es cosa molesta, como os lo dirá la gente que tiene mucho. La limitación de las necesidades sólo puede producirse cuando no se usan las mismas para fines psicológicos, es decir, cuando no empleo las cosas esenciales de la vida como medio de satisfacción psicológica. Al uso de la propiedad como medio de autoengrandecimiento le llamo explotación. Pero la explotación no existe cuando uso lo esencial como esencial, y nada más. Espero que entendáis este punto.

La explotación empieza cuando las necesidades se convierten en codicia, cuando ellas se vuelven psicológicas. Esas necesidades que son el alimento, el vestido y la vivienda, significan muy poco en sí mismas; y no hay explotación cuando ellas no se ven transferidas al terreno psicológico. Al hombre feliz no le preocupan, ya que él tiene otras riquezas, otros tesoros. Pero el hombre que no tiene otros tesoros hace predominar los valores sensorios, lo cual provoca desastres en el mundo. Como yo —si es que puedo hablar de un

modo personal— no empleo las cosas esenciales de la vida para el engrandecimiento psicológico, en realidad no exploto a nadie. Podréis llamarme explotador, pero en el fondo de mi corazón yo sé que no lo soy.

El problema de la explotación psicológica es mucho más arduo. Psicológicamente dependemos de las cosas, de la convivencia y de las ideas. Todas ellas se tornan importantes cuando llenan nuestro vacío psíquico. Es decir, siendo interiormente pobres, insuficientes, inseguros y llenos de temor, buscamos la seguridad en las cosas, en la convivencia o en las ideas. Esa búsqueda es el comienzo de la verdadera explotación. Sabemos adónde conduce el buscar seguridad psicológica en las cosas. Conduce a la guerra, a la destrucción y a un caos y degradación social como los que se observan en la India y otros países en la época actual. ¿Y en la convivencia qué ocurre? Siendo psicológicamente vacíos, dependéis de vuestra esposa, de vuestro esposo, de vuestros amigos. Al adquirir creciente importancia esa dependencia, surgen los celos, el temor, el espíritu de posesión y todo el molesto esfuerzo por sobreponernos al afán de poseer. De igual modo, cuando sois pobres en vuestro ser íntimo, tórnanse extraordinariamente importantes las ideas y las creencias, así como el caudillo, el mensajero, el salvador.

En lo fundamental, la explotación se produce cuando a vosotros —el individuo, la sociedad— os aqueja esa penosa vaciedad psicológica de la que a veces nos damos cuenta pero que generalmente se oculta con sumo cuidado. Esa explotación psicológica es mucho

peor. Las cosas, los nombres y las ideas adquieren excepcional significación cuando por su intermedio os expandís. Y ese proceso expansivo es el comienzo de la verdadera explotación. Dejáis de explotar cuando estimáis los bienes materiales en lo que valen, que es muy poco; si los empleáis como medio de autoexpansión, ellos conducen al caos, a una existencia absolutamente sensual como la que caracteriza al mundo de nuestros días. Si en la convivencia buscáis autoexpansión mediante la satisfacción personal, ella se convierte en fuente de dolor. La convivencia es un proceso de autorrevelación, un medio de descubrir vuestra propia manera de pensar, de sentir. Emplear las ideas, el saber, para alcanzar satisfacción psicológica, es poner al hombre contra el hombre, lo que produce envidia, odio y miseria.

La explotación no será eliminada por legislación alguna. Podréis establecer un mundo sin explotación material, pero ello llevará a la explotación en otro terreno, a un estado de cosas en que el caudillo seguirá teniendo importancia suprema. La explotación sólo podrá ser entendida y realmente liquidada cuando comprendáis el proceso de vuestro pensar, sentir y obrar. En otros términos: mediante el conocimiento propio empezáis a percibir la absoluta vaciedad de vuestra existencia, vaciedad que es un hecho aunque la disimulen la ideación, las cosas materiales, la convivencia. Cuando os dais cuenta del vacío que hay en vosotros y no tratáis de eludirlo por ningún medio, entonces "lo que es" se transforma.

Diciembre 14 de 1947.

X

Hay tantos problemas, sobre todo en esta época en que reina tanta confusión, en que cada hombre, cada sociedad, cada grupo humano o nación busca seguridad a expensas de los demás, que es muy importante, a mi parecer, descubrir cómo pensar rectamente cuando surge un problema, cómo encararlo con acierto. Lo importante no es lo que deberíamos pensar acerca del problema, ni nuestra actitud frente al mismo, sino *cómo* pensar a su respecto. Estamos habituados a que se nos diga lo que hemos de pensar y de qué manera abordaremos el problema, pero no sabemos lo que es el hecho de pensar. Paréceme, pues, muy importante averiguar qué es el recto pensar, ya que él es necesario para hacer frente a los diversos problemas que constantemente nos afectan.

Hay una justa solución para cada problema, pero ella exige recto pensar y no mero deseo de resolver el problema. Lo que interesa no es *qué* pensar sino *cómo* pensar rectamente. Deseo tratar con vosotros este punto, pues sólo puede haber recta acción si hay recto

pensamiento. Si no sabemos cómo pensar, no sabremos cómo obrar.

Bueno, ¿qué es el pensar? Dudo que os hayáis jamás formulado esa pregunta. ¿Qué es pensar? Como a menudo lo he dicho, no debéis esperar de mí una respuesta. Lo que tenemos que hacer es pensar juntos acerca del problema, pues yo no considero que ésta sea una conferencia, una disertación o un discurso en que vosotros seáis meros oyentes; sois participantes en el debate. Pensemos juntos, por consiguiente, respecto de cada problema. ¿Qué es el pensamiento? ¿Cuál es el proceso de pensar? Que yo sepa, él es una respuesta al recuerdo. ¿No es así? Tenéis determinados recuerdos que dejan determinados rastros, y a ese residuo respondéis. La memoria es así la acumulación del residuo de la experiencia. Y el pensamiento, que es una respuesta al recuerdo, es siempre condicionado; bien sabemos que tal es el hecho en nuestra diaria existencia. Es decir, tenéis una experiencia y la interpretáis conforme a los recuerdos preexistentes; de ahí que la experiencia así traducida se acumule como memoria, y que a ese recuerdo respondáis. A eso se le llama pensar. Un pensamiento de esa índole, por cierto, no hace más que fortalecer el "condicionamiento", el cual sólo produce mayor conflicto y mayor dolor.

En otros términos: la memoria responde constantemente al residuo de la experiencia que denominamos recuerdo. Responde a una demanda, a un desafío, y a éste, y a la consiguiente respuesta al recuerdo, le llamamos pensar. La vida, en efecto, es una serie de

demandas y respuestas; y la respuesta está siempre condicionada por el recuerdo, y a esa respuesta al recuerdo le llamamos pensar. Mas la demanda es siempre nueva, no es nunca lo viejo; y nuestro pensar es siempre viejo porque es la respuesta del pasado. El creer, pues, no es pensar. El creer es sólo experiencia y pensar condicionados. Si creéis en algo, lo experimentáis; y vuestra experiencia es condicionada porque se basa en una creencia que también es condicionada. La creencia, entonces, no es en modo alguno pensamiento; es sólo una respuesta a un recuerdo. Eso, si nos examinamos a nosotros mismos, es lo que hacemos en nuestra vida diaria. Tenéis la experiencia que deja un residuo, el cual es memoria; y conforme a ese recuerdo pensáis; y esa respuesta que llamamos "pensar" es siempre condicionada porque la creencia es siempre recuerdo condicionado.

Nuestro pensar, que es la respuesta a una demanda que es siempre nueva, es siempre condicionado y por lo tanto engendra mayor conflicto, mayor sufrimiento y mayor dolor. Esto es un hecho, es nuestra existencia diaria. Cuando decimos que pensamos, eso es lo que queremos decir. ¿Pero es eso pensar? ¿Qué es, entonces, pensar? Cuando empleamos el término "pensar" en nuestra vida diaria, se trata de un pensamiento basado en el recuerdo, de un pensamiento que es una respuesta y reacción ante el recuerdo, y esa respuesta al recuerdo proviene de una demanda o desafío. Veis un cuadro y lo criticáis de acuerdo al "trasfondo" que tenéis. Escucháis música y la interpretáis conforme a las tradiciones y puntos de referencia que poseéis.

Si habéis tenido educación occidental en materia de música, no responderéis a la música india.

Eso es, pues, lo que llamamos pensar: una serie de respuestas al recuerdo. Es un hecho que el pensamiento es siempre condicionado. Ahora yo me pregunto —y espero que vosotros hagáis lo mismo— ¿eso es pensar? ¿Esas respuestas al recuerdo son pensamiento? ¿El pensamiento, tal como lo conocemos, es realmente pensar o simplemente responder al recuerdo y por lo tanto no pensar? ¿Qué es, entonces, pensar? No me digáis que es responder al recuerdo. ¿Qué es pensar? ¿Alguna vez os lo habéis preguntado? ¿Alguna vez os habéis sentado y os habéis dicho qué es el pensar, qué entendéis por pensar? Decís por lo general: es una respuesta al recuerdo. ¿Pero eso es pensar? Por cierto que no lo es. ¿Qué es, pues, pensar?

Como se trata de un problema nuevo, cuando se os pregunta qué es pensar, ¿qué hacéis? Es un interrogante nuevo, un nuevo problema que se os plantea; ¿y cómo respondéis al mismo? Cuando se os pregunta qué es pensar, ¿cuál es vuestra respuesta? Jamás habéis considerado esto. ¿Qué os sucede entonces? Os quedáis callados, ¿verdad? Os ruego me sigáis muy atentamente. Aquí tenemos un nuevo problema que se os presenta, el de saber qué es pensar; y, dado que jamás lo habéis considerado y que se trata de algo nuevo, hay vacilación de parte vuestra, una sensación de quietud y una observación serena. ¿No es así? Estáis vigilantes, en estado de gran alerta, sin interpretar nada, y si el asunto —como lo es— es vital e interesante, vuestra mente se halla en extremo concentra-

da. Si os observáis a vosotros mismos cuando se os hace esa pregunta, veréis que vuestra mente no está dormida sino muy alerta y muy consciente, aunque pasiva. Está esperando hallar una respuesta. Ahora bien: ese estado alerta aunque pasivo es ciertamente pensar, porque no es pensamiento condicionado. Hay vigilancia pasiva y alerta, ¿no es así? Dado que vuestra mente está sumamente serena, y que se halla frente a un problema nuevo, no está aletargada sino muy alerta y consciente, aunque pasiva. No está activa porque no conoce la respuesta; ni siquiera la busca porque nada sabe. Ese estado de conciencia despierta y alerta, de vigilancia pasiva, es verdadero pensar. Es la más elevada forma del pensar porque en ella no hay comprensión positiva ni respuesta condicionada: es un estado de negación. Si fuera posible hacer frente a todo problema de esa manera, como cosa nueva, ese problema dejaría ver su significación. En tal caso haréis frente al problema —el del dolor, por ejemplo— y él os mostrará su significación, con lo cual el problema habrá desaparecido. Cuando intentáis, empero, resolver el problema por medio de lo que llamáis pensamiento y que es sólo respuesta al recuerdo, complicáis más dicho problema porque la memoria está condicionada.

Podéis experimentar esto con vosotros mismos de un modo muy sencillo, y veréis cuán notable resulta. Os halláis, por ejemplo, frente a una pintura moderna. Vuestra respuesta instintiva es que no la comprendéis; apartáis de ella la mirada o preguntáis quién es el autor, y si se trata de un gran nombre decís

que es un excelente cuadro; o bien, conforme a vuestra educación artística, os ponéis a interpretar dicha pintura. Respondéis de acuerdo a vuestro "trasfondo" o "condicionamiento". Suponed, en cambio, que hacéis de lado —si lo podéis— la educación clásica que se os ha dado y que os quedáis bien quietos, bien pasivos pero alertas frente a aquel cuadro. ¿En ese caso no os cuenta él su historia, no os transmite su significación? El estado de conciencia despierta y pasiva es por cierto la más elevada forma del pensar, pues en él os halláis tan receptivos, tan alertas, que el cuadro os revela su significado. Análogamente, cada problema deberíamos encararlo con esa actitud mental de alerta pasividad en que ahora os halláis. Cuando os pregunto qué es el pensar, os quedáis azorados y perplejos; y si podéis superar esa perplejidad, respondéis "no sé". Ese "no saber" no es un estado soñoliento; por el contrario, es un estado mental pasivo y sumamente alerta en el que hay profundo silencio a la espera de la recta significación.

Lo que generalmente se entiende por eso que llamamos "pensar", es una respuesta de la memoria; y cuando hacéis frente a un problema con la respuesta de la memoria, no entendéis el problema y por lo tanto la confusión aumenta. Si podéis, empero, encarar cada problema dándoos cuenta del mismo con esa alerta pasividad que está libre de opción, el problema revela toda su significación y con ello queda superado.

Interlocutor: Percibimos toda la significación de lo que Vd. dice, pero hay muchos importantes problemas que requieren atención inmediata, como el de la lucha entre el capital y el trabajo.

KRISHNAMURTI: Un modo de encarar los problemas es hacerlo tan sólo desde el punto de vista de la reforma, en que lo único que interesa es el problema humano inmediato. Tal es la actitud del político, la cual sólo conduce a una mayor confusión, lucha y miseria, como lo evidencia la sociedad en la época presente. O los problemas como el del hambre, del nacionalismo, de las fronteras económicas, del capital y el trabajo, pueden considerarse desde el punto de vista del recto pensar, que es el del hombre que busca el sentido de la existencia y quiere ocuparse del problema humano en su totalidad. Esos dos puntos de vista son diametralmente opuestos.

¿Desde cuál punto de vista fué hecha la pregunta? Si lo ha sido desde el punto de vista reformista, no hay respuesta posible, ya que hay que transar con la izquierda y con la derecha, y también con la corrupción. Es como el caso del hombre que dice: "Si no tengo ejército, mi país será invadido por el enemigo; pero yo también creo en el pacifismo, en la fraternidad". Organiza, pues, un ejército, y participa en la guerra porque la existencia misma de un ejército significa preparación para la guerra. Y si encaráis la vida desde un punto de vista revolucionario, es por-

que tenéis una idea que queréis imponer. En ese caso no os preocupa la existencia humana ni la lucha humana, sino el sistema, el cual os interesa más que el hombre mismo.

¿Encaráis el problema global de la existencia humana para entender el verdadero significado del conflicto, del dolor y del sufrimiento? Si vuestro criterio es comprensivo, integrado, total, obtendréis una respuesta que ha de ser real. Mas si sólo encaráis el problema desde el punto de vista del revolucionario teórico, con un sistema y de acuerdo a una norma, no hallaréis solución al dolor humano. Tampoco la hallará el reformista, la persona socialmente activa que quiere alterar las cosas para adaptarlas a su propio concepto. Sus reformas tendrán que ser reformadas, porque él no ataca los problemas fundamentales de la mente humana.

Lo inmediato puede tan sólo ser entendido si entendemos lo atemporal. El hombre que se preocupa por lo inmediato jamás podrá comprender lo profundo, pues el hombre no es sólo lo inmediato. Si él busca solución a sus problemas en términos de tiempo —y la pregunta formulada implica que el problema debe ser resuelto pasado mañana— a él no le interesa la verdadera cuestión, o sean los problemas psicológicos del hombre. Pero hay un modo diferente de abordar este problema de las necesidades y factores psicológicos del hombre, y ese modo no se relaciona con ningún grupo o sistema. Tomar al hombre como totalidad es lo que muy pocas personas quieren hacer, porque a todos les preocupa lo inmediato: deseos in-

mediatos, realizaciones inmediatas. Así es la mayoría de nosotros. Somos casi todos políticos, no investigadores deseosos de descubrir la verdad sobre la existencia. Pero esas personas no serán los salvadores de la especie humana. El hombre que salvará a la humanidad es el que se entiende profundamente a sí mismo en relación con la sociedad, con su esposa, con su país, con el grupo a que pertenece, y que, transformándose a sí mismo en la convivencia, hará surgir un nuevo entendimiento con cuya ayuda se aclarará la significación de la sociedad y de sus luchas.

Diciembre 21 de 1947

XI

¿Qué relación existe entre vosotros, por una parte, y la miseria y confusión ambientes, por la otra? Es evidente que tanta desdicha no se ha originado de por sí. Somos vosotros y yo que la hemos engendrado, no la sociedad capitalista, o comunista, o fascista. Vosotros y yo la hemos engendrado en nuestra interrelación. Lo que sois por dentro lo proyectáis hacia afuera, en el mundo. Lo que sois, lo que pensáis y lo que sentís, lo que hacéis en vuestra existencia diaria, se proyecta hacia afuera; y eso es lo que constituye el mundo. Si en nuestro interior somos caóticos, miserables, eso, proyectado, llega a constituir el mundo exterior, la sociedad, puesto que la relación entre vosotros y yo, entre mí mismo y los demás, es la sociedad humana. Si nuestra mutua relación es confusa, egocéntrica, estrecha, limitada, nacionalista, eso lo proyectamos y causamos caos en el mundo.

De modo, pues, que el mundo es lo que somos nosotros. Vuestro problema es el problema del mundo. Ése, a no dudarlo, es un hecho básico y sencillo.

Pero en nuestras relaciones con uno o con muchos parecemos siempre, en cierto modo, no tomarlo en cuenta. Pretendemos producir alteraciones mediante sistemas o una revolución en las ideas o los valores, basada en tal o cual sistema, olvidando que somos vosotros y yo quienes constituimos la sociedad y producimos el orden o la confusión con nuestra manera de vivir. Debemos entonces empezar por lo que está más próximo; tenemos que preocuparnos por nuestra existencia diaria, por nuestros actos, pensamientos y sentimientos de todos los días, los cuales se revelan en el modo de ganarnos la vida y en nuestra relación con las ideas y las creencias.

Si examináis ahora vuestras ocupaciones, veréis que ellas se basan fundamentalmente en la envidia y no en la estricta necesidad de ganar el sustento. La sociedad está estructurada en tal forma que es un proceso de constante conflicto, de constante devenir. Todo se basa en la codicia, en la envidia que nos inspiran los que están mejor colocados. El empleado quiere llegar a ser gerente, lo que muestra que su preocupación no es sólo el sustento sino también adquirir posición y prestigio. Tal actitud, naturalmente, produce estragos en la sociedad, en la convivencia. Mas si vosotros y yo nos preocupásemos tan sólo por el sustento, hallaríamos medios de vida justos cuya base no sería la envidia. Ésta es uno de los factores más destructivos que obran en la sociedad, ya que la envidia revela deseo de poder, de posición, y al final conduce a la política. Envidia y política están estrechamente ligadas. Cuando el empleado busca llegar a

gerente, conviértese en uno de los factores que engendrán la política del poder, la cual conduce a la guerra. Él es, pues, directamente responsable de la guerra.

¿En qué se basa nuestra interrelación? La relación entre vosotros y yo, entre vosotros y los demás —la sociedad es eso— ¿en qué se basa? No, por cierto, en el amor, aunque hablemos de ello. Si se basara en el amor habría orden, paz y felicidad. En esa relación entre vosotros y yo hay una fuerte dosis de mala voluntad que asume la forma del respeto. Si unos y otros fuésemos iguales en pensamientos y en sentimientos, no habría respeto ni mala voluntad, puesto que no se trataría de maestro y discípulo, ni de esposo que domina a su mujer, ni de mujer que domina al marido. Cuando hay mala voluntad hay deseo de dominación, lo cual provoca celos, ira, bajas pasiones; y todo eso, en nuestras mutuas relaciones, engendra constante conflicto que hacemos lo posible por eludir, produciendo mayor caos y mayor desdicha.

En lo que atañe a las ideas, creencias y formulaciones, las cuales forman parte de nuestra vida cotidiana, ¿no deforman acaso nuestra mente? ¿Qué es, en efecto, la estupidez? Consiste en atribuir falso valor a las cosas que produce la mano o la mente del hombre. Casi todos nuestros pensamientos se originan en el instinto de autoprotección, ¿no es así? ¿No damos a muchas de nuestras ideas una importancia de que carecen en sí mismas? Cuando, por consiguiente, creemos en determinadas formas —ya sean religiosas, económicas o sociales— o cuando creemos en Dios, en ciertas ideas, en un régimen social que separa al hom-

bre del hombre, en el nacionalismo y otras cosas más, es evidente que damos falsa significación a la creencia. Ello indica estupidez, pues la creencia no une a los hombres sino que los divide.

Hacer nacer el orden de esta confusión, de este caos que hemos proyectado hacia afuera porque interiormente somos caóticos, envidiosos y estúpidos, es la virtud. Sólo podréis promover la paz, el orden y la felicidad mediante el conocimiento de vosotros mismos, no por vuestra adhesión a tal o cual sistema, económico o religioso. Pero el conocerse a sí mismo es sumamente difícil. Es muy fácil seguir un sistema, pues ello no obliga a pensar mucho; os entregáis a un partido, de izquierda o de derecha, y con ello clausuráis el proceso de vuestro pensar. El daros clara cuenta de vuestras actividades diarias requiere juiciosa atención, inteligencia, una vigilancia que muy poca gente está dispuesta a practicar. Se prefiere reformar la sociedad que entender la propia actividad, el propio pensamiento, el propio sentir; y así se provocan estragos y miserias. El conocimiento propio no es el conocimiento de algún "yo" supremo —algo que sigue estando en los dominios de la mente— sino el conocimiento de vosotros mismos en vuestra acción cotidiana: lo que hacéis todos los días, lo que sentís, lo que pensáis a cada instante. Esto exige un estado de extraordinaria alerta. Es preciso que haya constante alerta para seguir cada pensamiento, cada sentimiento, y conocer todo su contenido. Del conocimiento propio dimana el recto pensar, y, por lo mismo, la recta acción, que es extremadamente sencilla cuan-

do uno es consciente y alerta, pero sumamente difícil cuando lo único que se hace es teorizar al respecto. La mayoría de nosotros es tan insensible frente a todo, frente a la vida misma, que prefiere discutir lo que es el conocimiento propio a mantenerse consciente y alerta. Sin embargo, es sólo con el recto pensar —el cual nos llega mediante el conocimiento de todo lo que hacemos, pensamos y sentimos— que podemos promover el orden y la paz, y no de ninguna otra manera. Ningún sistema político o filosófico, de izquierda o de derecha, puede traer el orden, la paz y la felicidad a los hombres, puesto que somos vosotros y yo que hemos engendrado esta desdicha con nuestra diaria estupidez, mala voluntad y envidia. Estas cosas no pueden extirparse mientras no las entendamos. Sólo podemos entenderlas tal como obran dentro de nosotros —en vosotros y en mí— y no leyendo teorías al respecto en ningún libro. Y entendiéndolas haremos surgir la virtud; y la virtud da libertad, y esa libertad es la Verdad.

Interlocutor: ¿Puede un hombre ignorante, cargado de responsabilidades, entender y poner en práctica las enseñanzas de Vd. sin la ayuda de nadie, sin recurrir a los libros y a los instructores?

KRISHNAMURTI: ¿El entendimiento puede ser transmitido? ¿Se os puede enseñar a amar? ¿Podéis recurrir a un "gurú", a un instructor, o leer un libro para aprender a amar, a ser bondadosos y generosos,

a comprender? ¿Podéis seguir a otra persona y ser libres? ¿Podéis aceptar la autoridad y no obstante ser creativos? Es evidente que la facultad creadora surge tan sólo cuando hay libertad interior, cuando no hay temor ni imitación, cuando no nos sometemos a autoridad alguna, ya sea la de un libro sagrado o la de un instructor. Ahora bien: ¿quién es el hombre ignorante? Lo es, sin duda, el que no se conoce a sí mismo, no el hombre que carece de erudición. El hombre docto es realmente estúpido en su ignorancia porque confía en el saber, en los libros, en la autoridad externa, para lograr entendimiento; pero éste no viene sino con el conocimiento propio. El estudio de vosotros mismos, que es el conocimiento propio, es sumamente difícil porque exige constante vigilancia. Ésta no es introspección, ya que la introspección es sólo el mejoramiento del "yo". El mejoramiento implica condenación y depresión, mas la vigilancia es totalmente diferente: es conciencia despierta, que sólo puede existir cuando no condenáis, cuando estáis pasivamente alertas. El propio conocimiento es el comienzo de la sabiduría. Se trata, simplemente, de que os déis cuenta de lo que hacéis, de lo que pensáis, tanto cuando cumplís con algún rito como cuando dirigís la palabra a vuestros servidores; de que tengáis clara noción de cómo tratáis a vuestras esposas, hijos y vecinos. Sed conscientes en todo momento y observad lo que ocurre. Veréis que, al daros cuenta de todo, habrá mayor conflicto íntimo que antes. Cuando empecéis, en efecto, a percibir el significado de vuestros actos, de vuestros pensamientos y sentimientos,

os acarrearéis mayor desdicha; y como todos queremos evitar el sufrimiento, recurrimos a los "gurús", a los libros, escapatorias con las cuales tornamos más miserable nuestro estado, y por ello mismo el de la sociedad.

Estar "cargado de responsabilidades" implica convivencia, ¿no es así? Y la convivencia es un proceso de autorrevelación. Sólo en la convivencia podéis descubriros. Nada vive en el aislamiento. Hasta el hombre que procura evitar el mundo y huir de él está en relación con los demás, porque existir es estar en relación; y en la relación entre vosotros y yo, entre vosotros y los demás, las actividades del "yo" quedan reveladas.

Interlocutor: ¿Qué es la conciencia despierta y alerta ("awareness") de que Ud. habla? ¿Es participar en la suprema conciencia universal?

KRISHNAMURTI: Ser consciente y alerta, señores, significa simplemente darnos cuenta de nosotros mismos en relación con nuestros vecinos, con la flor, con el ave, con el árbol; tener conciencia de nuestros propios actos, sentimientos y pensamientos, porque hay que empezar muy cerca para llegar muy lejos. No podéis ser conscientes de algo que no conocéis; habláis de la conciencia universal, mas no sabéis lo que es. Si lo supiéseis, no sería ciertamente lo Real. Habéis aprendido algo al respecto en algún libro, o algo se os ha contado acerca de ella. Ella está aún

en los dominios de la mente, de la memoria; pero queréis empezar por lo más difícil y distante, no por lo que está cerca. Es más fácil, en efecto, tener conciencia de Dios, ya que podéis absorberos imaginativamente en una idea. Mas el ser conscientes de vuestros actos, pensamientos y sentimientos de todos los días, es un proceso penoso; y por ello os agradaría tener conciencia de algo muy distante más bien que de las cosas muy cercanas, tales como la relación con vuestra esposa o vuestros vecinos. Darnos cuenta de lo crueles, inconsiderados, insensibles y egoístas que somos, resulta muy penoso; y estando enterados del inmediato dolor que nos causa el darnos cuenta directamente de todo eso, preferimos pensar en una "conciencia universal", signifique ella lo que signifique. Y así —hay que repetirlo— hallamos un nuevo modo de eludir los hechos reales, "lo que es".

De modo, pues, que la percepción o alerta conciencia de que hablo es percepción de "lo que es", de lo que tenéis directamente ante vosotros en la realidad de los hechos. Entendiendo "lo que es", es decir, lo más próximo, podéis alcanzar lo más profundo y lo más alto; y en ello no hay ilusión ni engaño de uno mismo, porque en el entendimiento de "lo que es" hay transformación. Encontraréis que el "daros cuenta", esa conciencia despierta y alerta, no es condenación ni justificación sino un proceso de comprender "lo que es". Si condenáis, si justificáis, ponéis punto final al pensamiento. Si queréis entender a vuestros niños y empezáis por condenarlos, no los entenderéis. Del mismo modo, si tenéis determinado

sentimiento, el cual es "lo que es", no lo condenéis, no lo identifiquéis con vosotros mismos, no os apeguéis a él: sed simplemente conscientes de él. Y al llegar a serlo veréis que podéis penetrar en él de más en más, y por ello mismo descubrir el contenido íntegro de "lo que es".

La clara conciencia de "lo que es" tiene que ser imparcial, sin opción, lo cual, a su vez, es muy arduo. La conciencia despierta y alerta es ese estado de imparcialidad, ya que, si queréis entender algo, no debéis condenarlo ni aprobarlo; ese "algo" tiene que contaros su historia. Después de todo, si observáis a un niño y queréis entenderlo, si deseáis estudiarlo en sus hábitos, sus modales, su idiosincrasia, sus estados de ánimo, sólo podréis hacerlo a condición de que no lo condenéis ni os identifiquéis con él al decir: "este niño es mío". La condenación, la aprobación y la identificación impiden el entendimiento; y para darse uno cuenta de todo el proceso de "lo que es", tiene que haber observación imparcial. Eso, precisamente, es lo que hacéis cuando estáis interesados en algo, cuando os interesa vitalmente seguir algo, entender algo; no criticáis ni condenáis sino que dedicáis a ello toda vuestra mente y corazón. Desgraciadamente, la educación y la religión nos han acostumbrado a condenar y no a comprender. El condenar, después de todo, es cosa muy fácil; pero entender es muy arduo porque requiere inteligencia. La condenación no exige la menor inteligencia, pues ella es una forma de la autoprotección, como lo es la identificación. Cuando condenáis os protegéis; mas

si deseáis entender "lo que es", la condenación es un obstáculo. Si queréis entender el estado actual del mundo, su espantosa desdicha, de nada sirve, por cierto, condenarlo. Debéis investigarlo, observarlo desde diversos puntos de vista: psicológico, económico, etc. Es un proceso total, y para entender ese proceso total no debéis condenarlo en parte. Condenamos porque ello nos resulta fácil; mientras el darnos cuenta en toda la línea de lo que tal o cual cosa implica, exige una gran dosis de paciencia, capacidad de penetración y serenidad. Sólo entendéis cuando en vosotros hay quietud, callada observación, vigilancia pasiva. Entonces, el problema os transmite su significación.

En suma: la alerta conciencia de que hablo es percepción de "lo que es", no de algo que es mera invención de la mente. Ser conscientes y alertas implica tener exacta noción de nuestras actividades mentales, que no son sólo nuestras ideas y creencias, sino también las trampas que la mente se hace a sí misma. Sed, pues, consciente de "lo que es", sin condenación ni justificación ni identificación, y veréis surgir en vosotros un entendimiento más profundo que hay y el cual resolverá vuestros problemas.

Interlocutor: Me interesan mucho sus enseñanzas, y me agradaría difundirlas. ¿Cuál es la mejor forma de hacerlo?

KRISHNAMURTI: Pensamos en palabras, en términos; buscamos explicaciones que a su vez no son

más que palabras, y caemos cautivos de la monstruosa mentira que consiste en creer que la palabra es el hecho. La palabra Dios, evidentemente, no es Dios; mas vosotros creéis que ese vocablo es Dios y que por lo tanto podéis difundirlo. Observad esto, os lo ruego: para vosotros la palabra ha llegado a ser lo importante, no la Realidad. Ello significa que encerraréis lo que yo digo en la red de las palabras y así provocaréis una nueva división entre los hombres. Crearéis entonces un nuevo sistema basado en las palabras de Krishnamurti, las que vosotros, propagandistas, difundiréis entre otros propagandistas que también son cautivos de las palabras. ¿Qué habréis logrado con ello? ¿A quién habréis ayudado? No, señores, así no se difunde nada. No intentéis lo que es estúpido, lo que es el colmo del desatino: difundir la experiencia ajena.

Sólo viviéndolo podréis difundir así sea una ínfima parte de lo que yo digo. Es por vuestra propia vida que podréis comunicarlo profundamente, no por medio de palabras. Las palabras poseen muy escasa significación para el hombre serio, reflexivo. Muy poco valen los vocablos cuando uno busca la Verdad; pero ellos adquieren importancia cuando no se la busca.

Interlocutor: ¿El matrimonio es necesario para la mujer?

KRISHNAMURTI: No veo por qué haya de ser necesario para la mujer en diferente grado que para

el hombre. Tratemos de entender el problema del matrimonio, en el que está implícito el de las relaciones sexuales, el del amor, el del compañerismo y el de la comunión. Es evidente que el matrimonio sin amor es ignominioso. Y el amor sólo puede surgir y existir cuando el "yo" está ausente. Sin amor, la convivencia es penosa; conduce al hastío, con todo lo que ello implica. Es entonces que los problemas sexuales adquieren máxima importancia.

Al considerar el matrimonio, y si él es o no necesario, es preciso comprender primero el amor. El amor, ciertamente, es casto; y sin amor es imposible la castidad. Podéis, hombres y mujeres, ser célibes; pero eso no es ser castos ni ser puros si en vosotros no hay amor. Si tenéis un ideal de castidad, es decir si queréis volveros castos, en ello no hay amor sino un simple deseo de llegar a ser algo que creéis noble, que consideráis una ayuda para hallar la Realidad.

La facultad creadora no es tan sólo el poder de engendrar hijos. Al hombre que es íntimamente feliz le resulta indiferente ser casado o soltero; él no busca su propia realización ni halla escapatorias en la pasión o en la concupiscencia. Dejamos de ser creativos cuando imitamos, cuando sólo respondemos al recuerdo. A esa respuesta se le llama generalmente "pensar", pero tal pensamiento es mera respuesta de los puntos de referencia que constituyen nuestra memoria, y no es verdadero pensar. Sólo se piensa realmente cuando no se responde al recuerdo. Y en esa conciencia despierta, alerta y pasiva, está la facultad creadora. Cuando os halláis en ese estado, vuestra

vida de pasiones y deseos se desvanece, lo cual no significa que dejéis de amar. ¡Todo lo contrario!

Es porque carecemos de amor que surgen todos estos problemas: el de si tenemos o no que casarnos, y con quién, el problema sexual, el de la facultad creadora, etc. Por desgracia, empero, el amor es algo que no puede aprenderse, que no puede traducirse. Surge a la vida cuando uno no tiene problemas. ¿No habéis ido alguna vez por las calles mirando las estrellas, contemplando el cielo o una puesta de sol, y sintiéndoos grandemente dichosos sin saber por qué? Son momentos en que uno quisiera abrazar a todo ser, en que uno se halla realmente en comunión con sus semejantes. Pero infortunadamente estamos siempre tan absortos en nuestros propios pensamientos y problemas, tan cautivos de nuestros temores y nuestra envidia, que nos falta tiempo para estar en comunión con ningún ser. No conocéis a vuestra esposa; no conocéis a vuestro esposo ni a vuestros hijos. Podéis tener hijos pero el amor está ausente; estáis aislados de vuestra esposa. Os escondéis tras un muro que os habéis fabricado; y si no derribáis ese muro, no habrá nunca comunión. Para que haya comunión tiene que haber amor; y sin amor, la mera búsqueda de la castidad, el celibato, resulta incasto. Cuando hay amor hay castidad, pureza e incorruptibilidad.

Interlocutor: He escuchado lo que Vd. nos ha estado diciendo, y siento que para aplicar sus enseñanzas debo renunciar al mundo en que vivo.

KRISHNAMURTI: No podéis renunciar al mundo. ¿Qué es el mundo? Lo forman las cosas, las relaciones y las ideas. Aun abandonando vuestra casa, os queda vuestra ropa. Podéis renunciar a vuestra esposa, pero continuaréis en relación con alguien, el lechero, por ejemplo. Y no podéis renunciar a las creencias. ¡Ojalá lo pudiéseis! Empezad por ahí, si es que debéis renunciar a algo; renunciad a los falsos valores que habéis atribuído a todo. Las valuaciones falsas causan estragos; y es de ellas, por la desdicha que acarrean, que queréis escapar. Mas no queréis entender que estáis atribuyendo falsos valores. Queréis eludir los resultados de esos falsos valores; mas si entendiéseis el mundo —las ideas, las relaciones y las cosas— y su verdadera significación, no os hallaríais en conflicto con el mundo. No podéis retiraros del mundo. Tal retiro significaría aislamiento, y no podéis vivir en el aislamiento. Sólo podréis vivir de un modo realmente feliz en el mundo cuando no seáis del mundo; y ello sólo será posible cuando os entendáis a vosotros mismos, pues sois vosotros que atribuís esos falsos valores. Es como si un hombre estúpido intentase renunciar a la estupidez. Seguirá siendo estúpido; podrá tratar de volverse inteligente pero su estupidez no variará. Mas si él entendiere lo que es la estupi-

dez, es decir, lo que es él mismo, no hay duda de que alcanzaría grandes alturas. Tendría sabiduría. No es renunciando que podréis hallar la Realidad. Renunciando, escapáis hacia la ilusión; no descubrís lo que es verdadero. Lo que yo he sostenido es que uno debe dar su justo valor a las cosas, a la convivencia y a las ideas, y no debe intentar huir del mundo. Es relativamente fácil refugiarse en el aislamiento, pero es extremadamente arduo ser consciente y atribuir verdaderos valores. Las cosas, señores, carecen de valor por sí mismas. Una casa nada vale independientemente de la utilidad o valor que le atribuís. Si psicológicamente sois vacíos, insuficientes en vosotros mismos, la casa tórnase muy importante porque os identificáis con ella; surge entonces el problema del apego y del renunciamiento. Es algo realmente estúpido; y si entendiéseis vuestra naturaleza interior, cuán huecos sois por dentro, el problema tendría escaso significado. Todas las cosas se vuelven extraordinariamente significativas cuanto intentáis usarlas para encubrir vuestra íntima soledad. Lo mismo ocurre con la convivencia, con las ideas, con las creencias. La riqueza consiste tan sólo en entender la significación de "lo que es", no en huir hacia el aislamiento.

Diciembre 28 de 1947.

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS EN BENARÉS, ÍNDIA

I

Dado que en la próximas semanas habrá una serie de conferencias los domingos, seguidas de cambios de ideas los martes, jueves y sábados, paréceme importante que aprendamos en primer término el arte de escuchar. La mayor parte de nosotros escuchamos para confirmar nuestras creencias o fortalecer nuestras opiniones, o sólo para refutar, aguzar nuestro intelecto o aprender alguna nueva técnica. A mi entender, empero, es una falsa manera de escuchar la que consiste en hacerlo tan sólo para afirmarse en las propias creencias, o para aprender una nueva jerga o una nueva forma de examen. Hay, por cierto, un verdadero modo de escuchar, especialmente aquellas cosas que puedan resultarnos extrañas, o nuevas, o que tal vez oímos por vez primera. Cuando uno escucha algo nuevo, siéntese propenso a descar-

tarlo como cosa incomprensible o a formular juicios precipitados. El que sea capaz, por el contrario, de escuchar muy atentamente, tal vez podrá colegir mucho más que limitándose a escuchar a través del tamiz de sus propios prejuicios e impresiones.

En otros términos: si yo quiero entender algo que uno de vosotros dice, debo escuchar no sólo la expresión verbal sino también lo que él intenta comunicar. Las palabras no tienen tan grande, tan inmensa importancia; lo que importa es lo que os proponéis dar a entender. De modo, pues, que la comunicación es más importante que la expresión verbal; y sólo puede haber comunión entre dos personas cuando existe la intención de comprender. Si no queréis comprender, si estáis aquí únicamente para criticar, para reducirlo todo a palabras, a conceptos intelectuales, la comunión resulta imposible. Ella, empero, se producirá entre nosotros de un modo profundo, extenso, lleno de sabiduría, si hay intención de comprender. Y creo que esa intención es mucho más importante que la facilidad para filosofar, para criticar o para aprender un nuevo modo de expresar un pensamiento.

Durante las seis semanas en que se desarrollarán estas pláticas, vosotros y yo tendremos que estar en comunión para poder entendernos mutuamente, para comprender los problemas y dificultades de unos y otros, percibir cómo encaramos el conflicto de nuestras vidas, etc. La base de nuestras relaciones mutuas tiene, pues, que ser esa comunión.

Yo no estoy aquí tan sólo para dar una serie de conferencias, para exponer mis ideas, porque yo no creo en las "ideas". Las ideas no transforman; ellas no producen la verdadera revolución. Las ideas sólo dan pábulo a nuevas ideas. Pero las ideas jamás producirán la revolución duradera, radical, fundamental, que se necesita. Esto lo analizaremos en breve, durante todas estas pláticas.

Debemos pues, si así lo queremos, tratar de establecer relaciones de comunión; mas no como las que se establecen entre un conferenciante y su auditorio o un instructor y su discípulo, lo cual sería absurdo. Ya que tenemos que ocuparnos de nuestros propios problemas vitales y entender dichos problemas, habremos de examinarlos de cerca y muy atentamente; y eso es lo que vamos a hacer. Comprender es prestar plena atención. La dificultad, en el caso de la mayor parte de nosotros, está en el hecho de que buscamos una solución al problema.

Quizá esto requiera mayor explicación. Cuando tenemos un problema, ya sea psicológico, sociológico o de la índole que suele llamarse "espiritual", siempre procuramos hallar —¿no es así?— una respuesta, una salida que nos aleje del problema. Pensad en vuestro propio problema, y veréis que vuestra tendencia es la de encontrarle solución. Sabiendo, en cambio, cómo encarar el problema, la solución está en el problema mismo, no fuera de él. Es eso —séame permitido subrayarlo— lo que vamos a hacer durante todas estas pláticas. Yo no os ofrezco una solución

para que aceptéis o la adoptéis como nueva norma de acción. Mas si podemos, vosotros y yo, encarar juntos el problema, percibir su significación y todo lo que él implica, en esa percepción conjunta hallaremos quizá la verdadera respuesta; no una solución que esté lejos del problema sino en el problema mismo.

¿Cuál es nuestro problema, señores? ¿Cuál es el problema que tenemos ante nosotros en la época actual? ¿Es un problema individual o un problema de masas? ¿Es el problema de determinado país o de un pueblo dado, o bien es un problema que afecta al mundo entero, independientemente de las razas y nacionalidades? Es, sin ninguna duda, un problema que no sólo afecta al individuo —a vosotros y a mí— sino al mundo en su totalidad; es el problema de la desintegración, del derrumbe. Todos los experimentos, sociológicos y psicológicos, están perdiendo rápidamente su valor; las guerras amenazan constantemente, y hay luchas de clases y de comunidades. Por mucho que se hable de paz, continúa la preparación para la guerra, que adquiere diaria notoriedad; una ideología entra en conflicto con otra ideología, la izquierda contra la derecha, y así sucesivamente.

Ahora bien, ¿es este vasto problema del mundo *vuestro* problema y *mi problema*, o es independiente de nosotros? ¿La guerra es independiente de vosotros? ¿La lucha de naciones y de comunidades es independiente de vosotros? ¿La corrupción, la degradación, la

desintegración moral, son independientes de cada uno de nosotros? Esta desintegración se relaciona directamente con nosotros, y por consiguiente la responsabilidad incumbe a cada uno de nosotros. Éste, por cierto, es el principal problema, ¿verdad? Es decir, para expresarlo de un modo diferente: ¿el problema ha de abandonarse a unos pocos dirigentes de izquierda o de derecha, a un partido, a una disciplina, a una ideología, a las Naciones Unidas, al experto, al especialista? ¿O se trata de un problema que directamente nos atañe? Ello significa: ¿nos cabe o no en este problema una responsabilidad directa? Ahí está, sin duda, el nudo de la cuestión.

Tal vez muchos de vosotros no hayan pensado en esto, por lo cual podrá pareceros del todo extraño; pero la cuestión consiste en saber —¿no es así?— si el problema individual es el problema del mundo, si vosotros podéis hacer algo al respecto. Se trata del derrumbe religioso y moral, de la corrupción política, de la llamada "independencia", que no ha traído más que decadencia. ¿Es éste *vuestro* problema, o lo abandonaréis todo al azar, esperando que un milagro ocurra y produzca una revolución? ¿O lo dejaréis en manos de alguna autoridad o partido político, de la izquierda o de la derecha? ¿Cuál es vuestra respuesta? ¿No tenéis acaso que resolverlo, atacarlo, reaccionar vitalmente ante un desafío semejante? No me entrego a la retórica; sólo me atengo a los hechos. Éste no es lugar para retórica. Sería absurdo. Nos hallamos ante un desafío de todos los

momentos; la vida es un desafío. ¿Respondemos a él? ¿Conforme a qué "condicionamiento" respondemos? ¿Y, cuando respondemos, esa respuesta es capaz de hacer frente al desafío?

Así, pues, para hacer frente a esta catástrofe mundial, a este reto enorme y sin precedentes, ¿no tenemos que descubrir cómo nosotros, individualmente, respondemos? Porque, después de todo, una sociedad es la relación entre nosotros, yo y otros más. No hay sociedad que no esté fundada en la interrelación. Lo que somos vosotros, yo y los otros, es por cierto la sociedad. ¿No debemos acaso entender *esa* relación entre vosotros, yo y los demás, a fin de transformar la sociedad, de producir una revolución, una completa y radical transformación? Porque, evidentemente, eso es lo que hace falta: una revolución, no de tipo sangriento, no de meras ideas ni basada en ideas, sino una revolución de valor fundamental; y no de acuerdo a ningún modelo o ideología, sino una revolución nacida del entendimiento acerca de la relación entre vosotros, yo y los demás, relación que constituye la sociedad.

Para llevar a efecto, entonces, una radical y fundamental transformación de la sociedad, ¿no tenemos la responsabilidad, cada uno de nosotros, de descubrir cuál es nuestra respuesta directa a ese desafío? ¿Respondemos como hindúes, musulmanes, cristianos, comunistas o socialistas? ¿Y es esa respuesta una respuesta justa, que determinará un cambio fundamental? Espero haber planteado el problema en términos cla-

ros. Si respondéis a esta crisis mundial —que es un nuevo desafío— como hindúes, es seguro que no habéis comprendido el desafío. Os habéis limitado a responderle —y el desafío es siempre nuevo— ajustándoos a un viejo molde. A vuestra respuesta, por consiguiente, le falta la validez, la novedad y el frescor que correspondería. Si respondéis como católicos o como comunistas, lo hacéis también sobre la base de un pensamiento moldeado; y vuestra respuesta, por dicha causa, carece de significación. ¿Acaso el hindú, el musulmán, el budista, el cristiano, no han creado el problema? Así como la nueva religión es el culto del Estado, la vieja religión era el culto de una idea. Respondiendo, pues, a un desafío de acuerdo a un viejo "condicionamiento", vuestra respuesta no os permitirá entender el nuevo desafío. Lo indispensable, en consecuencia, para hacer frente al desafío, es despojarse de un modo completo, desnudarse enteramente del propio ropaje mental y responder de nuevo al reto. No hay duda de que un Estado, un país, una civilización, un pueblo, subsisten, perduran, sobreviven, sólo cuando hacen frente al desafío como a algo nuevo; en caso contrario sucumben, son destruídos. Ello es exactamente lo que está ocurriendo. Desde el punto de vista tecnológico nuestro adelanto es tremendo, pero moralmente, espiritualmente nos hallamos en un atraso enorme. Y con tal ausencia de fibra moral hacemos frente a este extraordinario progreso técnico, por lo cual hay siempre conflicto y contradicción.

Nuestro problema, evidentemente, está en este nue-

vo desafío. ¿No es así? Todos los dirigentes —espirituales, morales, políticos— han fracasado. Y los dirigentes siempre fracasarán porque nosotros los elegimos a causa de nuestra confusión; y todo dirigente así elegido nos llevará inevitablemente a la confusión. Percibid, señores, la importancia que esto tiene, y no lo hagáis de lado como afirmación meramente sagaz. Percibid el peligro del caudillo, no sólo en lo político sino en lo religioso. Porque el hombre a quien escogemos como líder resulta electo por nuestra confusión. Hallándome confundido, no sé qué hacer ni cómo obrar, y acudo a otra persona; y en medio de mi confusión la elijo por jefe. Si veo claro, no elijo a nadie; no quiero ningún líder porque soy mi propia luz y puedo considerar por mí mismo mis problemas. Es tan sólo cuando me hallo confundido que acudo a otro ser. Podré llamarle "gurú", "mahatma", dirigente político o lo que sea; pero acudo a él porque ando a tientas. Sólo puedo ver a través de las tinieblas de mi propia confusión.

El hombre que desee seriamente investigar todo el catastrófico problema del dolor, deberá empezar por sí mismo. Sólo mediante un creativo entendimiento de nosotros mismos puede surgir un mundo creador, un mundo feliz, un mundo en que no existan ideas.

Interlocutor: Vd. predica la idea de un mundo unido, de una sociedad sin clases, lo cual es la base del Comunismo. ¿Pero cuáles son sus sanciones, cuál es su técnica para la nueva revolución?

KRISHNAMURTI: ¿Qué entiende Vd. por "sanciones"? Pregunta Vd. qué autoridad yo poseo, ¿verdad? Quiere Vd. saber quién me ha autorizado a hablar, o cuál es mi rótulo. En otros términos, a Vd. le interesa la etiqueta, el nombre, descubrir quién me ha conferido autoridad y sanciona mis palabras. Lo cual significa que a Vd. le importa más conocer mi rótulo que averiguar la verdad que pueda haber en lo que digo.

La mayoría de nosotros aprecia una cosa o le presta adhesión porque ella ha recibido la sanción de la autoridad. Fulano de tal ha pintado un cuadro; *por consiguiente* tiene que ser un hermoso cuadro. Mengano ha escrito un poema, y es persona conocida; *por lo tanto* ese poema debe ser bueno. Sutano tiene gran cantidad de partidarios; *en consecuencia* lo que él dice ha de ser verdad. Dicho de otro modo: vuestra sanción depende de la popularidad, del éxito, de la riqueza de expresión, de la apariencia exterior. ¿No estoy en lo cierto? Así, pues, cuando me preguntáis cuál es mi autoridad, deseáis saber si soy el Instructor del Mundo. Y yo os digo: no seamos tan necios. Que yo lo sea o no lo sea, no viene al caso; carece en absoluto de importancia cuál pueda ser mi auto-

ridad. Lo esencialmente importante, en cambio, es examinar lo que yo digo, descubrir por vosotros mismos sin el apoyo de autoridad alguna. Es por eso, entre otros motivos, que estoy contra las organizaciones. Lo estoy porque las organizaciones, en lo espiritual, crean un fondo de autoridad; y el hombre que busca la verdad no se inclina ante autoridad alguna, sea la de un libro como el Bhagavad Gita o la Biblia, sea la de una persona. Él busca la verdad, no la autoridad de nadie.

De modo, pues, que mientras busquéis mi etiqueta para averiguar si ella es digna de culto o de atención, temo que tanto vosotros como yo estemos perdiendo el tiempo. Porque yo no tengo ninguna autoridad ni sanción. Lo que digo es para mí verdadero por experiencia directa, no porque lea determinados libros y siga a alguien. No he leído, en efecto, ninguno de los libros llamados psicológicos o religiosos. Se trata de mi experiencia directa. Si deseáis considerarla, está a vuestra entera disposición; mas si andáis en busca del rótulo no lo hallaréis. Y mucho temo que sea esto último lo que la mayoría de vosotros está haciendo. Por eso es que se formula la pregunta: "¿Cuáles son sus sanciones?". Dado que carezco de ellas, que no poseo autoridad, no actúo en calidad de "gurú" ni invoco autoridad alguna ante vosotros ni ante nadie. Si estáis, pues, interesados, escucharéis directamente lo que yo digo y descubriréis su verdad. Ello significa que debéis despojar vuestra mente de toda noción de autoridad y ser capaces de encarar las cosas directa y simplemente.

El interlocutor, además, quiere saber cuál es la nueva técnica que propongo. Veamos ahora qué se entiende por "técnica". ¿La revolución es cuestión de técnica? Una revolución política o social puede requerir cierta técnica, ya que ciertos resultados pueden alcanzarse mediante determinada ideología; y para producir esos resultados hay que conocer dicha ideología y saber aplicarla en la práctica. Ya se trate de ideología comunista, o fascista, o capitalista, hay que aprender una técnica para lograr un resultado. ¿Pero es ésa la revolución fundamental? ¿Una técnica traerá la verdadera revolución? Tiene que haber una revolución radical, fundamental, sociológicamente hablando. En todos los terrenos la transformación debe operarse. ¿Pero una técnica la llevará a efecto, siendo que una técnica es un método, un modo de hacer las cosas? ¿No será necesario que haya individuos —vosotros y yo— que entiendan el problema y que en sí mismos estén en estado de revolución? Habiéndolos, su acción sobre la sociedad es revolucionaria; ellos no se limitan a aprender una técnica de la revolución sino que por sí mismos son la revolución. ¿Me explico claramente?

De modo, pues, que cuando preguntáis cuál es mi método o técnica de la revolución, os digo que veamos primero lo que entendéis por "técnica". ¿No es más importante que vosotros *seáis* revolucionarios, y no simplemente que tratéis de hallar una técnica de la revolución? ¿Y por qué no sois revolucionarios? ¿Por qué en vosotros no está presente el nuevo proceso de la vida, es decir, un nuevo modo de encarar

la vida, una llama, un descontento tremendo? ¿Por qué? Porque una persona que está totalmente descontenta —no simplemente descontenta de ciertas cosas sino descontenta en el fondo mismo de su ser— no necesita técnica alguna para ser un revolucionario. Él *es* la revolución; él es un peligro para la sociedad. A un hombre de ésos se le llama revolucionario. Ahora bien, ¿por qué vosotros no sois tales personas? Para mí lo importante no es la técnica sino hacer que seáis revolucionarios, ayudaros a despertar y a percibir la necesidad de una transformación completa. Y cuando *vosotros* estéis transformados, seréis capaces de obrar; y entonces habrá un constante fluir de lo nuevo, lo cual, después de todo, es la revolución.

Para mí, en consecuencia, la revolución interior, la transformación psicológica, es mucho más importante que la revolución externa. Ésta es mero cambio, es decir, continuidad modificada; mientras que la revolución interior no descansa ni se detiene, y constantemente se renueva a sí misma. Y eso es lo que se necesita en la actualidad: gente que se halle enteramente descontenta, y que por lo mismo esté pronta para percibir la verdad de las cosas. El hombre complacido, satisfecho con su dinero, con su posición, con una idea, jamás podrá ver la verdad. Sólo el hombre que está descontento, que investiga, que examina, que todo lo pone en tela de juicio, descubre la verdad; y ese hombre es una revolución en sí mismo y por lo tanto en su vida de relación. Empieza por transformar aquello que constituye su mundo; él

afecta a todos los hombres con los cuales se halla en relación.

Limitarse, pues, a buscar una técnica, o averiguar cuál es mi técnica para la nueva revolución, es algo que me parece fuera de lugar; o que revela, más bien, que no os dais cuenta de la importancia de ser intrínsecamente revolucionarios. Y para que seáis una revolución en vosotros mismos, habréis de despertar a la percepción de lo que os rodea, del medio en que vivís.

Señores: toda nueva cultura, toda nueva sociedad, debe empezar por vosotros. ¿Cómo empezó el Cristianismo, el Budismo o cualquiera otra cosa vital? Por unos pocos que estaban realmente inflamados con la idea, con aquel sentimiento. Tenían el corazón abierto a una nueva vida. Eran un núcleo, pero no de creyentes en algo; en sí mismos tenían ellos la experiencia de la realidad, de una realidad que percibían. Y lo que vosotros y yo tenemos que hacer, si es que puedo insinuarlo, es ver las cosas directamente por nosotros mismos, no a través de una técnica. Podréis leer un poema de amor, podréis leer lo que es el amor; pero si no lo habéis experimentado no habrá lectura, ni aprendizaje de técnica, que os comunique la fragancia del amor. Nos sentimos abatidos y con hambre, y por eso, superficialmente, andamos en busca de una técnica. Pero el hombre realmente hambriento no busca técnica alguna. Va y come; no se queda en la puerta de un restaurant saboreando el olor a comida. Por eso, el hecho de que me pidáis una técnica indica que en realidad no tenéis ham-

bre. El "cómo" carece de importancia; lo importante es saber *por qué* preguntáis ese "cómo".

Sólo podrá haber una revolución —la continua renovación interior— cuando os entendáis a vosotros mismos. Y os entenderéis en la vida de relación, no en el aislamiento. Como no hay nada que pueda vivir en el aislamiento, el comprenderos a vosotros mismos y obtener ese conocimiento propio en cualquier nivel, puede tan sólo aprenderse en la convivencia. Y como ésta es penosa y está en constante movimiento, queremos huirle y encontrar una realidad fuera de ella. No hay realidad alguna fuera de la convivencia. Cuando entiendo la vida de relación, ese entendimiento es precisamente la realidad. Es necesario, por consiguiente, estar extraordinariamente alerta, despierto, observando sin cesar, abierto a todo desafío, a toda sugerencia e indicación. Pero ello exige cierta vigilancia de la mente y el corazón; y la mayoría de nosotros se halla en estado de frustración y de sopor, con un pie en la sepultura aunque seamos jóvenes. Por el hecho de pensar en términos de logro, de ganancia, jamás vivimos realmente; siempre nos preocupa el fin a alcanzar; somos gente en pos de un fin, no gente con vida. Por tal causa no somos revolucionarios.

Si estáis directamente interesados en la vida, en el vivir, y no en la idea *acerca* de la vida, seréis vosotros mismos, inevitablemente, una revolución; y lo seréis porque haréis frente a la vida de un modo directo, no a través de un tamiz de palabras, prejuicios, intenciones y fines. El hombre que se enfrenta directamente con la vida es un hombre que se halla en

estado de descontento; y es preciso que estéis en ese estado para encontrar la realidad. Es la realidad lo que emancipa; es la realidad lo que libra a la mente de sus ilusiones y creaciones. Pero hallar la realidad, estar abierto a la realidad, es estar descontento. No podéis buscar la realidad; ella tiene que venir a vosotros. Mas sólo puede venir cuando la mente está completamente descontenta y preparada. Es claro que casi todos nosotros tenemos miedo de estar descontentos, porque sólo Dios sabe adónde nos llevará ese descontento. Por ello nuestro descontento está circundado de seguridades, de protecciones, de acción cuidadosamente planeada. Y una mente en ese estado no puede entender la verdad. La verdad no es estática, pues ella no depende del tiempo; y la mente no puede seguir a la verdad porque la mente es producto del tiempo. Lo temporal, lo que pertenece al tiempo, no puede experimentar lo Atemporal, aquello que es independiente del tiempo. La verdad le llega al que se halla en ese estado de descontento y no persigue fin alguno, pues el que busca un fin busca gratificación; y la gratificación, la satisfacción propia, no es la Verdad.

Enero 16 de 1949.

II

Hay que distinguir entre las experiencias provocadas por creencias, y el experimentar directamente. La creencia, evidentemente, obra en detrimento de la vivencia; y es sólo viviéndolo directamente, no a través de una creencia, que uno puede hallar la realidad de algo. La creencia es innecesaria, mientras que la experiencia es esencial, sobre todo en un mundo en que hay tantas contradicciones y tantos especialistas, cada uno de los cuales ofrece su propia solución. Nosotros —el común de los mortales— tenemos que descubrir la verdad en toda esta confusión y en toda esta miseria. Debemos, pues, averiguar si la creencia es esencial; si ella ayuda a vivir la realidad.

Hoy, como puede observarse, el mundo está dividido entre los que creen que la vida material es de primordial importancia— la vida material de la sociedad, la alteración del medio, la readaptación del hombre al ambiente— y aquéllos que creen que la vida espiritual es lo primero. La extrema izquierda cree en la modificación y transformación del medio am-

biente; y están los que creen que sólo la vida espiritual del hombre es de capital importancia.

Ahora bien, vosotros y yo tenemos que descubrir dónde está en todo esto la verdad. Conforme a esa verdad se enderezará nuestra vida. Los especialistas dicen que lo primero es el medio ambiente, y los otros, que es el espíritu; y vosotros y yo debemos averiguar cuál es la verdad. No es asunto de creencia, ya que la creencia carece de valor frente a la experiencia. ¿En qué haremos hincapié: en el medio ambiente o en la vida espiritual? ¿Y cómo sabremos, vosotros y yo, dónde está la verdad? No por medio de interminables lecturas, ni siguiendo a los expertos de izquierda o de derecha; no adhiriéndonos a los que creen que la vida material de la sociedad es lo más importante, ni estudiando sus libros o absorbiendo su saber de especialistas; ni tampoco siguiendo a los que creen que la vida espiritual está ante todo, por mucha que sea su literatura. Creer, simplemente, a los unos o a los otros, no es por cierto encontrar la verdad.

Sin embargo, la mayor parte de nosotros está enredada en creencias; vivimos en la incertidumbre. A veces pensamos esto, y a veces aquello. No estamos seguros; nos hallamos tan perplejos como los expertos en su certeza. No podemos dar nada por sentado; no podemos seguir a unos o a otros porque todos nos llevan a la confusión y porque toda aceptación de autoridad, en estos asuntos, es evidentemente un daño para la sociedad. Los caudillos, los líderes, son un factor de deterioro social. Pero a pesar de todo,

enredados como estamos entre esas dos corrientes y sin saber qué hacer, vosotros y yo tenemos que descubrir cuál es la verdad en todo esto, no lo que piensan los especialistas.

Bueno, ¿cómo emprenderéis la búsqueda? Esta es, señores, una de las cuestiones básicas de la época actual. Están por una parte los que consagran toda su energía, todas sus capacidades, todo su poder y todo su pensamiento a la modificación del medio ambiente, lo cual, según esperan, terminará por transformar al individuo; y están los que desearían cada vez más recurrir a la fe, al dogma, a la religión organizada, etc. Estas dos corrientes están en pugna la una con la otra; y vosotros y yo debemos decidir. No decidir cuál partido tomar, pues no se trata de eso, sino saber a ciencia cierta lo que haya de verdadero en esas dos tendencias.

Tampoco, evidentemente, podemos dejarnos influenciar por nuestros prejuicios particulares, ya que ellos no nos revelarán la verdad. Si habéis sido condicionados por un ambiente religioso, diréis que lo espiritual es lo primordial. Otra persona, de educación diferente, dirá que la vida material de la sociedad es lo que importa ante todo.

Ahora bien, ¿qué haremos los hombres comunes como vosotros y yo —que no dependemos del saber acumulado, de las teorías, de las pruebas históricas— para descubrir la verdad en todo esto? ¿No es una cuestión vital? De ese descubrimiento, en efecto, depende nuestra futura responsabilidad en la acción. No es cuestión de creer o no creer. Toda creencia

es una forma de "condicionamiento", y no hay creencia que pueda ayudarnos a encontrar la verdad.

¿Para encontrarla, entonces, no debemos estar libres de nuestra mentalidad religiosa, así como de nuestra mentalidad materialista? Ello significa que no podemos contentarnos con aceptar lo uno o lo otro. Debemos librarnos del "condicionamiento" que nos induce a pensar que la vida material de la sociedad es lo primero, tanto como del que nos lleva a creer que lo es la vida espiritual. Tenemos que estar libres de uno y otro criterio para descubrir la verdad que hay en ambos. ¿No es ello evidente? Para hallar la verdad de algo, hay que encararlo con espíritu desprevenido, como cosa nueva, sin ningún prejuicio.

Nuevamente: para encontrar la verdad en este asunto debemos vernos libres de nuestro "trasfondo" —nuestro fondo mental y sentimental— de nuestro medio ambiente. ¿Es ello posible? El problema es éste: ¿sólo de pan vive el hombre? ¿O hay algún otro factor que obre sobre lo externo, sobre el medio, conforme a nuestra psicología íntima? Saber cuál es la verdad al respecto es de primordial importancia para toda persona responsable y seria, porque de ese conocimiento dependerá su modo de obrar; y para hallar esa verdad, uno debe estudiarse a sí mismo y ser consciente de las propias acciones. ¿El aspecto material de la sociedad, el medio ambiente, desempeña el principal papel en nuestra vida? En cuanto a la mayoría de nosotros, es claro que así ocurre. ¿El medio ambiente determina nuestros pensamientos y sentimientos? ¿Dónde empieza lo que llamamos "vida

espiritual", y dónde termina la influencia del medio? No hay duda de que, para descubrirlo, cada cual debe observar sus propios actos, pensamientos y sentimientos. En otros términos: es preciso que haya conocimiento propio. No se trata del conocimiento que pueda hallarse en un libro o recogerse en diversas fuentes, sino del conocimiento de nosotros mismos —en cualquier nivel de la conciencia— que nos brinda nuestra vida de todos los días y de todos los momentos.

De modo, pues, que la verdad reside en el conocimiento de vosotros mismos con relación al medio ambiente y con relación a una idea llamada "espíritu". Como ya lo hemos explicado, la vida es asunto de convivencia. El vivir, la existencia, implica relaciones entre seres humanos; y es sólo en la convivencia, entendiéndola, que empezaremos a descubrir la verdad en este problema, es decir, si la vida material es o no lo primordial. Dicha verdad debe experimentarse entendiendo la interrelación, no apegándose a una creencia. La vivencia nos revelará la realidad de ambos puntos de vista.

El conocimiento propio resulta así lo más importante para el descubrimiento de la verdad. Ello significa que debemos ser conscientes de todo pensamiento y sentimiento, y percibir de dónde provienen esas respuestas; y sólo es posible tener esa clara y amplia conciencia no mediando condenación ni justificación. Es decir, si somos conscientes de un pensamiento o sentimiento y lo seguimos hasta el final sin condenarlo, estaremos en condiciones de ver si él

es una respuesta al medio ambiente, una simple reacción ante una exigencia material, o si ese pensamiento tiene diferente origen.

Así, mediante una vigilante observación de nosotros mismos, sin condenar ni justificar nada, empezaremos a comprendernos a nosotros mismos; y cada uno de nosotros es un conjunto de reacciones ante diversos estímulos, de respuestas al medio ambiente, lo cual es la interrelación. De ahí que la interrelación, o, más bien, el entendimiento de la interrelación, sea de la mayor importancia: nuestra relación con el prójimo, con los bienes materiales, con las ideas. Y ese movimiento de la interrelación no puede ser entendido si hay el menor sentido de condenación o justificación. Si deseáis entender una cosa, es obvio que no debéis condenarla. Si deseáis entender a un niño, a vuestro hijo, debéis estudiarlo, observarlo, analizar su cambiante disposición de ánimo cuando juega y en otras circunstancias. De igual modo tenemos que estudiarnos a nosotros mismos en todo momento, no tan sólo en determinada oportunidad; y sólo podemos estudiarnos cuando no nos condenamos. Es sumamente difícil no condenar, porque la condenación o la comparación es un modo de eludir lo que *es*; y el estudio de lo que *es* requiere una extraordinaria vigilancia mental, la cual se ve entorpecida cuando uno cae en comparaciones o se pone a condenar. Condenar, evidentemente, no es comprender. ¡Es tanto más fácil condenar a una criatura, a una persona, que tomarse el trabajo de entenderla! Comprender a alguien requiere atención, interés.

Nuestro problema es, pues, la comprensión de nosotros mismos tales como somos, ya que cada uno de nosotros es al mismo tiempo el medio ambiente *y algo más*. Ese "algo más" no es resultado de creencia alguna. Debemos descubrirlo, experimentarlo; y toda creencia es un impedimento para la experiencia. Tenemos que tomarnos como somos y estudiarnos como somos; y este estudio puede ser efectuado tan sólo en la vida de relación, no en el aislamiento.

Se me han comunicado varias preguntas. Es muy fácil hacer preguntas; cualquiera puede hacerlas. Pero una pregunta acertada, cuando se la formula seriamente, encontrará la respuesta justa. Me habéis presentado varias preguntas, y, si me permitís insinuarlo, os diré que hay un modo de escuchar que ayuda a entender el problema. Tenéis un problema, me hacéis una pregunta y queréis una respuesta. Hay, ciertamente, un modo de escuchar que es receptivo. Es como sentarse frente a un cuadro para absorber simplemente su contenido, sin esforzarse por entender dicho cuadro. No sé si os ha acontecido que, al ver alguno de esos modernos cuadros surrealistas, abstractos, vuestro primer impulso haya sido condenarlos, decir que son desatinos incomprensibles, y ello porque se os ha educado en la apreciación del arte clásico. Pero hay otra manera de mirar esos cuadros, es decir, sin condenación, con receptividad, para que ellos puedan contaros su historia. Ése es, por cierto, el único modo de entender cualquier cosa: ser receptivo —no, por supuesto, para cualquier absurdo— sino en forma tal que vuestro interrogante particular reciba su res-

puesta, la cual será verdadera si la escucháis rectamente.

No hay duda de que nuestro subconsciente está mucho más ansioso por entender que nuestro ser consciente; éste se halla agitado, preocupado, desgarrado por innumerables problemas. Hay, en cambio, una parte de la mente que no está agitada, que está ansiosa por saber. Y si podemos darle la oportunidad a esa parte de la mente de ser receptiva, de escuchar, estoy seguro de que vuestros interrogantes recibirán su respuesta sin que luchéis por comprender. En otros términos: el entendimiento no es cuestión de esfuerzo. La comprensión de cualquier problema que se nos plantee no se produce por el hecho de que él sea nuestra constante preocupación. Análogamente, si puedo sugerirlo, escuchad para entender en vez de hacerlo para refutar o para confirmar vuestras propias vanidades y prejuicios.

Interlocutor: ¿El pasado puede disolverse de inmediato, o ello invariablemente requiere tiempo?

KRISHNAMURTI: Somos un resultado del pasado. Nuestro pensamiento se basa en el ayer, y en muchos miles de "ayeres". Somos un producto del tiempo, y nuestras reacciones, nuestras actitudes presentes, son efecto acumulativo de muchos miles de instantes, incidentes y experiencias. De modo que el pasado, para la mayor parte de nosotros, es el pre-

sente. Ése es un hecho innegable. Vosotros, vuestros actos, vuestras respuestas, son resultado del pasado.

Ahora bien, el interlocutor quiere saber si ese pasado puede borrarse de inmediato, es decir, no con el andar del tiempo sino inmediatamente; o si, por el contrario, ese pasado acumulativo requiere tiempo para que la mente se libre de él en el presente. Es importante comprender la pregunta. Siendo que cada uno de nosotros es resultado del pasado, con un fondo de innumerables influencias que varían y cambian constantemente, ¿es posible cancelar todo ello sin pasar por el proceso del tiempo? ¿Está claro? La pregunta es clara, por cierto.

¿Qué es el pasado? ¿Qué entendemos por "pasado"? No entendemos, ciertamente, el pasado cronológico, el segundo que transcurrió; no entendemos eso, pues eso ya pasó. Entendemos, sin duda, las experiencias acumuladas, la acumulación de reacciones, recuerdos, tradiciones, conocimientos, el depósito subconsciente de innumerables pensamientos, sentimientos, influencias y respuestas. Con ese fondo mental no es posible entender la realidad, porque la realidad no tiene que ser de tiempo alguno: ella es "atemporal". No se puede entender lo "atemporal" con una mente que es producto del tiempo. El interlocutor desea saber si la mente puede ser libertada, si esa mente —resultado del tiempo— puede dejar inmediatamente de ser; o si hay que pasar por una larga serie de exámenes y análisis y así librar la mente de su "trasfondo". El problema, como veis, presenta su dificultad.

La mente *es* lo que ella ha acumulado, su "tras-

fondo"; la mente *es* resultado del tiempo; la mente es el pasado, no el futuro. Ella puede proyectarse en el futuro, y utiliza el presente como pasaje hacia el futuro. De modo, pues, que haga lo que haga, sea cual sea su actividad —pasada, presente y futura— ella está siempre en la red del tiempo. Ahora bien, ¿es posible que la mente cese del todo, es decir, que el proceso del pensamiento llegue a su término? Hay, evidentemente, muchas capas en la mente. Lo que llamamos "conciencia" tiene muchos niveles, cada uno relacionado con otro, dependiente de otro, obrando unos sobre otros; y nuestra conciencia, en conjunto, no sólo experimenta sino que denomina, emplea términos, y acumula mediante la memoria. En eso consiste el proceso de la conciencia, ¿no es así? ¿O esto os resulta demasiado difícil?

Cuando nos referimos a la conciencia, ¿no queremos acaso expresar que ella experimenta algo a lo que da un nombre, depositando así esa experiencia en la memoria? No hay duda de que esto, en diferentes niveles, es la conciencia. ¿Y puede la mente, que es resultado del tiempo, atravesar paso a paso un proceso de análisis para librarse de su fondo acumulado? ¿O es posible estar enteramente libre del tiempo y mirar la realidad directamente?

Vamos a ver: ¿estáis interesados en esto? Porque —sabedlo— éste, en verdad, es asunto de capital importancia. Y lo es porque, como voy a explicaros, *sí* es posible librarse del "trasfondo", y, por lo tanto, renovar la vida de inmediato, sin depender del tiempo. Podemos "recrearnos" inmediatamente y no de-

pender del tiempo. Si esto os interesa, continuaré y lo veréis.

Muchos analistas dicen que, para estar libre del "trasfondo", hay que examinar toda reacción, todo complejo, todo impedimento, toda obstrucción, lo cual representa, evidentemente, un proceso temporal. Ello significa que el analizador debe entender lo que analiza y no interpretarlo erróneamente. Si interpreta mal lo que analiza, en efecto, llegará a conclusiones falsas, estableciendo con ello otro fondo mental. ¿Os dais cuenta? Por consiguiente, el analizador debe ser capaz de analizar sus pensamientos y sentimientos sin la más ligera desviación; y no debe equivocarse en ninguna etapa de su análisis, porque dar un paso en falso, llegar a una conclusión errada, significa establecer otro "trasfondo" siguiendo otra línea, en un nivel diferente. Y también surge este problema: ¿el analizador es diferente de lo que analiza? ¿No son el analizador y lo analizado un fenómeno conjunto? Aunque no estoy seguro de que esto os interese, voy a continuar.

El experimentador y la experiencia son ciertamente un fenómeno conjunto; no son dos procesos separados. Veamos pues, en primer término, en qué consiste la dificultad del análisis. Es casi imposible analizar el contenido íntegro de nuestra conciencia para ser libres mediante dicho proceso. Porque, después de todo, ¿quién es el analizador? El analizador no es diferente, aunque crea serlo, de aquello que analiza. Podrá separarse de lo que analiza, pero el analizador forma parte de lo que analiza. Yo tengo un pensa-

miento, un sentimiento; digamos, por ejemplo, que estoy enojado. La persona que analiza el enojo, la ira, no deja por ello de formar parte de la ira; el analizador y lo analizado son, pues, un fenómeno único, no dos fuerzas o procesos separados. De ahí que sea incalculablemente grande la dificultad de analizarnos a nosotros mismos, de desenvolvernos, de leernos página por página, observando toda respuesta, toda reacción. ¿No es cierto? Ése no es, por consiguiente, el modo de librarnos de nuestro "trasfondo". Tiene, entonces, que haber un camino más simple y directo; y eso es lo que vosotros y yo vamos a indagar. Para ello, empero, no debemos seguir adheridos a lo que es falso sino descartarlo.

El análisis, pues, no es el camino a seguir; debemos emanciparnos del proceso analítico. Vosotros no seguiríais un sendero sabiendo que no conduce a parte alguna. Análogamente, como el proceso analítico no lleva a ninguna parte, no lo seguiréis; está fuera de vuestro sistema.

¿Qué os queda, entonces? ¿Estáis habituados tan sólo al análisis, verdad? El hecho de que el observador observe —siendo el observador y lo observado un solo fenómeno— y de que el observador intente analizar lo que observa, no lo librará de su "trasfondo". Si ello es así —y lo es— vosotros abandonaréis ese proceso. No sé si entendéis todo esto. Si veis que se trata de un camino errado, si os dais cuenta que no sólo verbalmente sino realmente de que ése es un proceso falso, ¿qué ocurrirá con vuestro análisis? Dejaréis de analizar, ¿no es así? ¿Entonces qué os

queda? Observad, esto señores, tened la gentileza de seguirlo, y veréis cuán rápida y prontamente uno puede verse libre de su "trasfondo". Si aquél no es el camino, ¿qué otra cosa os queda? ¿Cuál es, entonces, el estado de la mente que está acostumbrada al análisis, a la penetración, a la observación, a la disección, etc.? Si ese proceso se detiene, ¿cuál es el estado de vuestra mente?

Diréis que la mente queda en blanco. Penetrad ahora un poco más en esa mente vacía. En otros términos: cuando descartáis lo que ya os es conocido como falso, ¿qué le ha ocurrido a vuestra mente? Después de todo, ¿qué habéis descartado? Habéis descartado el falso proceso que era una consecuencia de vuestro "trasfondo". ¿No es así? De un soplo, por así decirlo, habéis descartado todo eso. Vuestra mente, por lo tanto —cuando dejáis a un lado el proceso analítico con todo lo que él implica, cuando veis que es falso— queda libre del ayer y se capacita para percibir directamente, sin pasar por el proceso del tiempo. Y con ello descarta de inmediato su "trasfondo".

Expresemos todo esto diferentemente: el pensamiento es resultado del tiempo. El pensamiento es un producto del medio ambiente, de las influencias sociales y religiosas, lo cual forma parte del tiempo. Ahora bien, ¿el pensamiento puede estar libre del tiempo? Es decir, el pensamiento —que es resultado del tiempo— ¿puede detenerse y quedar libre del proceso del tiempo? El pensamiento puede ser controlado, regulado; pero esa regulación sigue estando en la esfera de lo temporal, de modo que nuestra dificultad

es ésta: ¿cómo puede una mente que es resultado del tiempo, de muchos miles de "ayeres", quedar instantáneamente libre de ese fondo complejo? Ello os es posible en el presente, no en el mañana; os es posible en el "ahora". Lo podréis si os dais cuenta de lo que es falso; y lo falso es evidentemente el proceso analítico, que es lo único que tenemos. Cuando el proceso analítico haya cesado completamente —no de un modo coactivo sino entendiendo la inevitable falsedad de ese proceso— hallaréis que vuestra mente está completamente disociada del pasado. Ello no significa que no reconozcáis el pasado, sino que entre vuestra mente y el pasado ya no hay comunicación directa. La mente puede, pues, librarse del pasado inmediatamente, *ahora;* y esta disociación del pasado, esta completa emancipación del ayer —no en un sentido cronológico sino psicológico— no sólo es posible sino que representa la única manera de entender la realidad.

Dicho de un modo más sencillo: ¿cuál es el estado de vuestra mente cuando queréis comprender algo? Cuando deseáis entender a uno de vuestros niños, a cualquier persona, o entender algo que alguien dice, ¿cuál es vuestro estado mental? No analizáis, ni criticáis, ni juzgáis lo que esa persona dice; escucháis, simplemente. ¿No es así? Vuestra mente se halla en un estado en que el proceso de pensar no es activo, pero sí muy alerta. Y en ese estado de alerta el tiempo no existe, ¿verdad? Sólo estáis atentos, pasivamente receptivos, y sin embargo plenamente conscientes; y es sólo en ese estado que se produce la comprensión. Es claro que cuando la mente está agitada, pre-

ocupada, con ánimo de inquirir, de disecar, de analizar, no hay entendimiento. Cuando con toda intensidad se *quiere* entender, la mente, sin duda alguna, está tranquila. Esto, por supuesto, habréis de comprobarlo; no lo creáis tan sólo porque yo lo digo. Pero desde ya podéis ver que, cuanto más analicéis, menos comprenderéis. Podréis entender determinados sucesos o experiencias; pero no podréis vaciar vuestra conciencia de todo su contenido mediante el proceso analítico. Sólo podrá ser vaciada cuando veáis cuán falso es abordar el problema a través del análisis. Cuando veáis lo falso como tal, empezaréis a percibir lo que es verdadero; y es la verdad que os librará de vuestro fondo mental. Y para recibir esa verdad, la mente debe dejar de ser analítica, no debe estar presa en el proceso del pensamiento, el cual, evidentemente, es análisis. Ello nos plantea una cuestión del todo diferente: ¿qué es la recta meditación? En otra oportunidad trataremos ese tema.

Interlocutor: El amor del maestro, cual la luz del sol, me es necesario para florecer. ¿Esa necesidad psicológica no es del mismo orden que la necesidad de alimento, de vestido y de techo? Vd. parece condenar todas las necesidades psicológicas. ¿Cuál es la verdad al respecto?

KRISHNAMURTI: Es de suponer que la mayoría de vosotros tiene alguna clase de maestro, alguna clase de "gurú", ya sea en el Himalaya o por aquí

no más, a la vuelta de la esquina. Ahora bien: ¿para qué lo necesitáis? No lo necesitáis, evidentemente, para fines materiales... salvo que os prometa un buen empleo para pasado mañana. Entonces, presumiblemente, lo necesitáis con fines psicológicos. ¿Para qué lo necesitáis? Debe ser, ante todo, porque os hacéis esta reflexión: "Estoy confuso, no sé cómo vivir en este mundo, y necesito de alguien que me aconseje qué debo hacer". ¿No es ésa la razón por la cual necesitáis un "gurú", por la cual lo buscáis? Esto decís: "Hallándome confuso, necesito un instructor que me ayude a aclarar mi confusión, o, más bien, que me ayude a resolverla". ¿No es así? Vuestra necesidad es, pues, psicológica. No tratáis a vuestro Primer Ministro como a vuestro "gurú" porque él se ocupa tan sólo de la vida material de la sociedad. Contáis con él para satisfacer vuestras necesidades físicas, mientras que aquí buscáis un instructor para vuestras necesidades psicológicas.

Veamos ahora qué entendéis por "necesidad". Necesito la luz del sol, necesito alimento, vestido y techo. ¿Necesito del mismo modo un maestro? Para responder a esta pregunta debo descubrir quién ha producido este espantoso desbarajuste en torno mío y dentro de mí. Si soy yo mismo el responsable de la confusión, soy yo quien debe aclararla, lo cual significa que tengo que entender dicha confusión. Vosotros, en cambio, recurrís por lo general a un maestro para que él os saque del caos, os muestre una salida, os dé instrucciones acerca de cómo obrar en medio de la confusión. O bien decís: "Está visto que este mun-

do es falso; debo descubrir la verdad". Y el "gurú" o instructor os dice: "Yo he encontrado la verdad", lo que os hace recurrir a él para compartir esa verdad.

¿Puede otra persona, por grande que ella sea, disipar nuestra confusión? Esta confusión existe sin duda en nuestra vida de relación. Debemos, pues, entender nuestra relación con el prójimo, con la sociedad, con la propiedad, con las ideas, y así sucesivamente; ¿y hay alguien que pueda darnos la comprensión de esas relaciones? Alguien podrá indicar, mostrar, pero soy yo que debo comprender mi vida de relación, dónde estoy. ¿Esto os interesa? Cuando hacéis una pregunta, no sentís que sea importante escuchar lo que se os contesta. Tratáis, pues, con excesiva ligereza a vuestro "gurú" y vuestra confusión. En realidad, no se os importa un ápice lo que diga el "gurú". Se trata de una simple costumbre: "vamos a ver al gurú". La vida, para vosotros, no es importante, fundamental, creativa, digna de ser entendida. Lo veo en vuestros rostros: esto no os interesa vitalmente. Escucháis para ver justificada vuestra búsqueda de "gurús", o para fortalecer vuestra convicción de que los "gurús" son indispensables. Pero de ese modo no hallaremos la verdad al respecto. Para hallarla, debéis indagar en vuestros corazones *por qué* necesitáis un "gurú".

Muchas cosas, señores, están involucradas en esta cuestión. Parecéis creer que la verdad es estática, y que, por lo mismo, un "gurú" puede encaminaros hacia ella. Se os ocurre que, así como un hombre cualquiera puede guiaros hacia la estación, un "gurú" puede llevaros a la verdad. ¿Pero acaso la verdad es estática?

Os agradaría que lo fuese, pues lo que es estático es muy satisfactorio. Sabéis lo que es, o, por lo menos, que es algo a que os podéis aferrar. Lo que realmente buscáis es satisfacción. Deseáis seguridad y queréis que un "gurú" os la dé. Deseáis que él os diga: "Está muy bien lo que haces; continúa". Deseáis que él os dé bienestar mental y una "palmadita emotiva". Por eso recurrís a un "gurú", que lo único que hace, invariablemente, es satisfaceros. De ahí que haya tantos "gurús" y tantos "discípulos". Esto significa que no es la verdad lo que buscáis, sino satisfacciones; y a la persona que os da la máxima satisfacción la llamáis vuestro "gurú". Esa satisfacción puede ser puramente nerviosa, es decir, física; o puede ser psicológica, basada en la idea de que la presencia del "gurú" os brinda una gran paz y quietud, la sensación de ser comprendidos. En otras palabras: queréis una madre o un padre glorificado que os ayude a vencer vuestras dificultades. Señores: ¿os habéis sentado alguna vez tranquilamente bajo un árbol? Allí también hallaréis profunda paz; también os sentiréis comprendidos. Dicho de otro modo: en presencia de una persona muy serena, os serenáis; y esa serenidad la atribuís al instructor, al que cubrís de flores... mientras a vuestro criado le prodigáis puntapiés. Así, pues, cuando decís que necesitáis un "gurú", todo lo anterior va implícito. ¿No es cierto? Y el "gurú" que os asegura una escapatoria se convierte para vosotros en una necesidad.

Ahora bien: la confusión existe en la vida de relación únicamente; ¿y por qué necesitáis de otra per-

sona para que os ayude a entender esa confusión? Es claro que podríais decirme: "¿Qué es lo que *usted* hace? ¿No está oficiando para nosotros de gurú?". Yo no hago tal cosa, ciertamente. En primer término, no os doy satisfacción alguna y no os digo lo que debéis hacer en todo instante y todos los días; os señalo apenas algo que podéis o no tomar en cuenta según vuestro parecer, no según el mío. Además, nada os pido: ni vuestra adoración, ni vuestros halagos, ni vuestros insultos, ni vuestros dioses. Os digo tan sólo: el hecho es éste; tomadlo en cuenta o desechadlo. La mayoría de vosotros lo desechará por la simple razón de que no hallará en él satisfacción alguna. Pero el hombre que obre de buena fe, cuya intención de hallar la verdad sea realmente seria, tendrá suficiente tema de estudio en lo que he dicho: que la confusión existe tan sólo en la vida de relación, y que, por consiguiente, hay que entender esa vida de relación. Entenderla es ser consciente de ella, no eludirla; percibir todo el contenido de la convivencia. La verdad no está lejos; la verdad está muy cerca. Ella se encuentra bajo cada hoja, en cada sonrisa, en las palabras, en los sentimientos y pensamientos de cada uno. Pero está tan cubierta que necesitamos destaparla para verla. Destaparla es descubrir lo que es falso; y en el momento en que sabéis qué es falso, y que eso se desprende, la verdad aparece.

La verdad es, pues, algo viviente que debe ser descubierto de instante en instante; no es algo en que haya que creer, que se deba citar o formular. Para percibir esa verdad, vuestra mente y corazón deberán

ser extremadamente flexibles, alertas. Pero la mayor parte de nosotros, por desgracia, no queremos tener una mente alerta, flexible, veloz; queremos que se nos adormezca con palabras mágicas y ceremonias religiosas. ¡Dios mío! ¡De cuántas maneras nos adormecemos! No hay duda de que nos hace falta cierto ambiente, cierta atmósfera solitaria; no el buscar ni evitar la soledad sino cierto recogimiento que nos permita una plena atención. Y esa soledad, esa atención completa, sólo se produce cuando os halláis acongojados, cuando vuestros problemas son realmente graves. Y si tenéis un amigo, alguien que pueda ayudaros, recurrís a él; pero tratarlo como a vuestro "gurú" es ciertamente una ligereza, una actitud infantil. Es como prenderse al delantal de la mamá.

Bien sé que, por instinto, cuando nos hallamos en dificultades recurrimos a alguien, al padre, a la madre, o a ese padre glorificado a quien llamáis vuestro Maestro o "gurú". Pero si el "gurú" sirve para algo, os dirá sin duda que os entendáis a vosotros mismos en la acción, o sea en la vida de relación. Vosotros, señores, sois mucho más importantes que el "gurú", mucho más importantes que yo; porque se trata de *vuestra* vida, de *vuestras* miserias y luchas. El "gurú", o yo, o algún otro, podrá haber alcanzado la liberación; ¿mas qué valor tiene eso para vosotros? En consecuencia, el culto del "gurú" es perjudicial para vuestro entendimiento de vosotros mismos. Y hay en esto un factor peculiar: cuanto más respeto reveláis hacia el uno, menos respeto reveláis hacia los demás. Mientras al "gurú" lo saludáis con profunda reveren-

cia, a vuestro criado lo tratáis a puntapiés. Vuestro respeto, por lo tanto, significa bien poca cosa. Me consta que se trata de hechos reales, y sé que probablemente a la mayoría de vosotros le desagrada lo que acabo de decir. Vuestra mente, en efecto, busca consuelo a causa de los muchos golpes que habéis recibido. Se halla abrumada por tantos disgustos y miserias, que exclama: "Por el amor de Dios, dadme alguna esperanza, algún refugio". Señores; sólo la mente desesperada puede hallar la realidad. Es la mente que está en absoluto descontenta la que puede dar el salto hacia la realidad, no la mente respetable, rodeada de una valla de creencias.

Sólo floreceréis en la convivencia; sólo floreceréis en el amor, no en la contienda. Nuestros corazones, empero, están marchitos; los hemos llenado con cosas de la mente, y por eso esperamos que otros llenen nuestra mente con *sus* creaciones. Como carecemos de amor, esperamos encontrarlo en el Maestro, en algún otro ser. El amor es algo imposible de encontrar. No podéis comprarlo, no podéis inmolaros a él. El amor surge tan sólo cuando el "yo" está ausente; y mientras busquéis satisfacción, escapatorias, y rehuséis entender vuestra confusión en la convivencia, lo único que haréis es acentuar el "yo", y por ello mismo negar el amor.

¿Responderé a más preguntas, o ya es suficiente? ¿No estáis cansados? ¿Os está hipnotizando mi voz y mis palabras? Estoy seguro, señores, que el tema que hemos debatido —lo que dije antes de responder a las preguntas, y esas dos preguntas— ha de haber sido

muy perturbador para vosotros. Ello *tiene* que ser muy perturbador; si no lo es, hay algo en vosotros que no anda bien. Porque, al ser atacados el proceso y toda la estructura de vuestro pensamiento, así como vuestros hábitos de comodidad, la perturbación consiguiente tiene que resultar muy fatigosa. Y si ello no ocurre, si no os sentís perturbados, ¿con qué objeto estáis aquí sentados? Establezcamos bien claramente lo que hemos intentado hacer, vosotros y yo. Muchos dirán, probablemente: "Todo esto lo sé; Shankara, Buda o algún otro ya lo dijo". Tal afirmación denotaría que, habiendo leído mucho pero de un modo superficial, relegáis lo que se ha estado diciendo a uno de los casilleros de vuestra mente, y por lo tanto lo descartáis. Es una manera cómoda de deshaceros de lo que habéis oído; y ello significa que escucháis en un plano meramente verbal, sin absorber el pleno contenido de lo que se dice, que os resultaría perturbador.

La paz, señores, no puede lograrse sin mucho indagar; y lo que vosotros y yo estamos haciendo es inquirir en nuestra mente y corazón para descubrir lo que es verdadero y lo que es falso. Y ello representa un gasto de energía, de vitalidad, tan agotador —y debe serlo— como el esfuerzo físico de excavar la tierra. Pero vosotros, desgraciadamente, estáis habituados a escuchar como si fueseis espectadores que observan y disfrutan un juego ajeno. Por tal motivo no os cansáis. Los espectadores no se cansan, ya que ellos no participan en el juego. Pero, como lo he dicho repetidas veces, vosotros no sois mis espectado-

res y yo no estoy aquí para hacer de jugador. Tampoco habéis venido a escuchar una canción. Lo que vosotros y yo intentamos hacer es encontrar en nuestros propios corazones un cantar, no escuchar canciones ajenas. Estáis acostumbrados a escuchar lo que otros cantan, y por ello vuestros corazones están vacíos; y siempre lo estarán porque los llenáis de ajenas canciones. Resultáis simples fonógrafos cuyos discos se cambian de acuerdo al cambiante estado de ánimo. No sois músicos. Pero, sobre todo en tiempos difíciles y caóticos, cada uno de nosotros tiene que ser músico. Debemos rehacernos con nuestro propio canto, lo que significa libertar el corazón, vaciarlo de todo aquello con que la mente lo ha llenado. Tenemos, pues, que entender las creaciones de la mente y percibir la falsedad de las mismas. Entonces no llenaremos con ellas nuestro corazón. Y cuando el corazón esté vacío —no, como en vuestro caso, lleno de cenizas— y cuando la mente esté serena, se oirá una canción: el cantar que no puede ser destruído ni pervertido porque no ha sido compuesto por la mente.

Enero 23 de 1949

III

Dado que hoy somos tan pocos, ¿no deberíamos empezar por un debate, para responder luego a las preguntas que se formulen? Quizá valga la pena considerar el problema de la revolución, del cambio y la reforma, lo que todo ello implica y significa a título duradero en la vida, y si la revolución, no la reforma y el cambio, es la única solución permanente.

La reforma de un orden social determinado no es más que regresión. ¿La reforma no consiste simplemente en mantener una condición social existente y en introducirle ciertas modificaciones, pero, en lo fundamental, conservando la misma estructura? Toda reforma —¿verdad?— es la continuidad modificada de un tipo de organización que confiere cierta estabilidad a la sociedad. El cambio es de la misma índole, es decir, una continuidad modificada, ya que él implica una fórmula que se intenta aplicar o una norma que se establece para aproximar a ella lo existente. Así, pues, la reforma y el cambio son más o menos la misma cosa en lo esencial. Ambos implican la con-

tinuación de lo presente en una forma modificada. Ambos significan que el reformador, o la persona que desea efectuar el cambio, tiene una mira o modelo hacia el cual tiende su acción. Su cambio o su reforma, en consecuencia, es la reacción frente al medio en que él se ha visto condicionado; y es la respuesta de ese medio o "condicionamiento", la cual no es más que aproximación a un modelo autoproyectado. Espero que me entendáis, pues estoy pensando en alta voz sobre algo en que antes no había pensado. Adelante, pues.

El hombre que desea reformar —efectuar determinado cambio y reforma— es en realidad una persona que obra en detrimento de la revolución. El reformador, el hombre que desea producir un cambio, es realmente retrógrado; y lo es porque, o hay revolución *constante* o mero cambio, es decir, modificación de tipo reformista. Como esa modificación es la respuesta del medio o "condicionamiento" en que él ha sido educado, con ella dicho medio continúa simplemente en otra forma. El reformador desea producir un cambio en una sociedad dada, pero su reforma es sólo una reacción ante determinado medio; la aproximación al tipo social que él desea establecer, sigue siendo la proyección del medio en que él vive. Es así que el reformador, el que anhela efectuar un cambio, obra en la sociedad como factor regresivo. Os ruego penséis en esto; no lo neguéis ni lo desechéis.

Ahora bien: ¿cuál es la relación entre el reformador y el revolucionario, y qué entendemos por "revolucionario"? ¿Un hombre que tiene una fórmula o

ideal definido y quiere aplicar dicha fórmula en la práctica, es acaso un revolucionario? Que su técnica sea pacífica o sangrienta, no hace al caso; no se trata de eso. ¿El hombre que tiene una fórmula, una norma, un ideal al que tiende su acción, es un revolucionario en el sentido fundamental de la palabra? Es muy importante saber a qué atenerse al respecto, pues a todos interesa —a mucha gente, por lo menos— este asunto de la revolución, de la izquierda, la derecha, el centro, y así sucesivamente.

Cuando se habla de "revolución", el término se refiere a un concepto de izquierda, de derecha o del centro; y cuando alguien se titula a sí mismo "revolucionario", ¿no es él acaso, en realidad, un factor social regresivo como lo es el reformador, el hombre que aspira a provocar un cambio? El hombre que tiene una fórmula y procura aproximar a ella la sociedad, es realmente una persona que obra como fuerza de regresión.

¿Quién, pues, es el verdadero revolucionario? Lo repito: el "revolucionario" que posee una fórmula, y el hombre que desea provocar un cambio —el reformador— son semejantes. No se diferencian porque, en el fondo, observan la misma actitud frente a la acción. La acción, para ellos, es aproximación a una idea; el idealista, el reformador y el revolucionario tienen cada cual su norma. Sus actos, fundamentalmente, son reacciones frente al propio medio, y por lo tanto un factor de regresión.

Y es por ello que tal "revolución" termina en el fracaso: es una mera aproximación a la izquierda o

a la derecha, una *reacción* frente a un opuesto. ¿Os dais cuenta? Y la reforma es análoga. El reformador quiere cambiar ciertos resortes mal ajustados de la sociedad, y su reforma tiene origen en una respuesta a su propio medio, a su "condicionamiento". Ellos tienen, pues, su semejanza: el sanguinario, el reformador y el que quiere simplemente una continuidad modificada. No son, evidentemente, revolucionarios.

Averigüemos ahora qué es lo que *nosotros* entendemos por revolución. ¿No es la revolución una serie de intervalos entre dos respuestas condicionadas? ¿La revolución es resultado de un estado estático, de una acción dinámica, o bien es ella una constante ruptura con el medio, que no deja, por tal causa, nada estático en ningún momento? Es decir, ¿es la revolución una súbita interrupción en la continuidad modificada, y por lo tanto, en la reacción frente al medio, o es ella un movimiento constante que jamás, en momento alguno, llega a ser estático?

¿La revolución, por consiguiente, puede alguna vez implicar cambio o reforma? La reforma y el cambio indican un estado en el que no ha habido acción verdadera y que debe ser transformado, cambiado, un estado estático que necesita alteración; y, como ya lo dijimos, el reformador o el que desea un cambio, y hasta el llamado "revolucionario", persiguen análogos fines. La reforma o la revolución, para ellos, es tan sólo un proceso gradual de llegar a lo estático. Creo que esto es claro. Nos permitimos —es decir, la sociedad, la comunidad, el grupo— tornarnos estáticos; estáticos en el sentido de continuar con la misma

norma de acción. Aunque parezcamos avanzar, vivir y obrar, y aunque produzcamos hijos y edifiquemos casas, todo ello es siempre dentro del mismo molde estático.

Veamos ahora si lo que yo sugiero es posible, y si esto no es la única verdadera revolución: no permitirnos nunca a nosotros mismos llegar a ser estáticos. La sociedad, que es la relación entre vosotros y yo, jamás debe tornarse estática; sólo así puede haber revolución constante en nuestra vida de relación. ¿Y qué es lo que nos torna estáticos, lo que nos hace obrar sin profundidad, sin sentido, sin fin alguno, sin belleza? ¿No es así la vida de la mayoría de nosotros? Vivimos, producimos, construimos, pero se trata de algo estático que no representa por cierto un estado creador. ¿Y qué es lo que nos torna estáticos, qué es lo que torna estática la sociedad, o sea, en realidad, nuestra interrelación, vuestra relación conmigo y mi relación con los demás? ¿Cuáles son los factores que producen actos sin sentido y determinan una vida desprovista de toda significación? ¿Qué es lo que produce en nuestras relaciones mutuas un sentido de muerte? Aunque yo viva con vosotros, aunque trabaje con vosotros, hay algo que es siempre destructivo, que siempre está muerto, que es oscuridad constante, que es estático. Si podemos entender y eliminar eso, entonces habrá en nuestra interrelación una revolución constante, un constante cambio y dinamismo. No; no quiero emplear la palabra "cambio": una constante transformación.

Ahora bien: ¿qué es lo que provoca transformación,

lo que determina la verdadera revolución y no una continuidad modificada, lo que permite destruir ese estado estático? ¿Qué es lo que lleva a la muerte en nuestra vida de relación? ¿Por qué decaemos y nos hastiamos, por qué nos agotamos sexualmente, físicamente, y degeneramos de diversas maneras? ¿Por qué? Si eso podemos entenderlo, nos hallaremos en un constante estado de transformación.

¿Qué es, pues, lo que convierte en muerte nuestra vida de relación? ¿Qué es lo que nos torna rancios, nos deteriora, nos corrompe, y nos hace buscar cambios y modificaciones? ¿No es acaso nuestro pensar, que es un resultado del pasado? No hay pensamiento sin memoria, y la memoria es siempre lo muerto: es lo que pasó, y sólo revive en la acción presente, que es entonces de decaimiento y de muerte. Aunque parezca tan activo, tan vivo, tan veloz y lleno de energía, el pensamiento es en realidad un resultado de la memoria encerrada en un molde fijo. La memoria es fija, y por consiguiente lo que de ella provenga tiene también que ser limitado. ¿No es por ello, entonces, que el proceso de pensar produce envejecimiento, cansancio, muerte, aquel estado estático? De ahí que una revolución basada en una idea, en el pensamiento, tiene tarde o temprano que conducir a la muerte. El pensamiento que es ideación, o la marcha a tientas hacia un ideal, representa el sacrificio del presente en aras del futuro, de una utopía.

La vida de relación basada en un pensamiento que es costumbre, hábito, tiene que producir una sociedad estática; y la acción del reformador que desea

cambiar esa sociedad es asimismo acción de muerte, de oscuridad, o la reacción de una mente estática. Si lo observáis, veréis que lo que nos torna rancios en nuestra convivencia es el hecho de pensar y más pensar, de calcular, de juzgar, de pesar el pro y el contra, de adaptarnos; y lo único que nos libra de eso es el amor, que no es un proceso de pensamiento. No es posible *pensar* en el amor. Se puede pensar en la persona amada pero no en el amor.

De modo, pues, que el hombre que ama es el verdadero revolucionario; y él es la persona genuinamente religiosa. Lo que es realmente religión no se basa en el pensamiento, en creencias y dogmas. Una persona que es un manojo de creencias y dogmas no es religiosa sino estúpida, mientras que el hombre que ama de veras es el verdadero revolucionario; en él está la verdadera transformación. No se puede, lo repito, pensar en el amor. El amor no es un proceso de pensamiento. Podéis imaginar lo que él debería ser, pero eso no es amor sino un simple proceso de pensar; y el hombre que ama es la persona realmente religiosa, ya sea que ame a uno o a todos los seres. El amor no es personal ni impersonal; es *amor*. No reconoce fronteras, ni clase, ni raza. El hombre que ama es revolucionario; sólo él es revolucionario. El amor no es producto del pensamiento, pues éste es un resultado de la memoria, del "condicionamiento", y sólo puede producir decadencia y muerte.

Sólo puede haber una verdadera revolución, una transformación fundamental, cuando hay amor; y en eso consiste la más elevada religión. Ese estado advie-

ne cuando cesa el proceso del pensamiento, cuando hay "abnegación" de ese proceso. Y sólo se puede "abnegar" algo —sacrificarlo, renunciar a algo— cuando se lo entiende, no cuando se lo niega. Una comunidad, una sociedad, un grupo, sólo puede ser realmente revolucionario cuando se halla en estado de continua transformación, no cuando se sujeta a una fórmula. Una fórmula, en efecto, es mero producto de un proceso de pensamiento, y por ello, intrínsecamente, es causa de un estado estático.

Podemos ver, asimismo, que el odio no puede producir una revolución radical, ya que, inevitablemente, lo que es producto del conflicto, del antagonismo, de la confusión, no puede ser real, no puede ser creativamente revolucionario. El odio es consecuencia de un proceso de pensamiento; el odio *es* pensamiento. Y la transformación traída por el amor sólo puede darse cuando cesa el proceso del pensamiento. El pensamiento jamás podrá producir una revolución viviente.

Interlocutor: ¿Cree Vd. en el alma?

KRISHNAMURTI: Examinemos esos dos vocablos: "creer" y "alma". ¿Tiene la palabra "creencia" un referente? ¿Sabéis qué significa la palabra "referenre"? Es algo a lo cual os referís. Cuando afirmáis creer que Dios existe, ¿cuál es el "referente" que hay detrás de esa creencia o de la palabra "Dios"? Por el

momento no voy a discutir el concepto de Dios, ¿pero cuál es el referente de esa creencia?

Ciertamente, creer es proyectar la propia intención. ¿No es así? Digamos que creéis en Dios, o que creéis en el nacionalismo. ¿Ello qué significa? Os investís de esa idea, empleáis la idea de autoprotección mediante el nacionalismo, y llegáis a creer en el nacionalismo. Una creencia es sin duda un resultado del deseo de seguridad, subjetiva o externa; o vuestra creencia os la dicta una experiencia basada en la memoria. Cuando decís que creéis en el alma, ¿qué es lo que os hace creer en ella, poner en ella vuestra fe, confiar en ella? ¿No es acaso vuestro "condicionamiento"? Pero el izquierdista, el descreído, dice que no existe tal cosa; y lo dice porque así ha sido condicionado. El creyente está condicionado, como lo está el descreído.

Ahora bien: lo que deseáis saber por mi intermedio es si existe eso que se llama "alma". ¿Os referís al carácter o a un ente espiritual? ¿Qué entendéis por "alma" cuando habláis de ella? ¿Entendéis la psiquis? Nos preguntamos —¿no es así?— si el alma, la entidad psíquica, existe. Es evidente que existe, pero también es evidente que queremos significar mucho más. El alma existe como carácter; pero por "alma", sin duda alguna, entendemos mucho más que el carácter. Éste puede ser modificado, cambiado por el medio ambiente. Nada, en el carácter, es permanente; puede ser modificado, alterado, por las influencias del ambiente. Cuando hablamos del alma, empero, queremos significar mucho más; nos referimos a esa cualidad "más". Y ese "más" es algo que afirmamos

ser espiritual. Ahí está la dificultad. Cuando formuláis una pregunta de esa clase, hay que ahondar con mucho cuidado en el concepto.

Si nos basamos en lo que podemos comprobar, sólo existe el carácter, modificado, controlado, determinado por el medio ambiente. Y para descubrir si hay algo más, es preciso que las influencias del ambiente —y las limitaciones que de ellas resultan— sean comprendidas y quebrantadas. La mente limitada, que es la mente condicionada por el medio, no puede descubrir si existe la cualidad "más", que es lo que vosotros deseáis saber. No es cuestión de creencia: ella existe o no existe. Y sólo la experiencia puede decírnoslo, no la creencia; y la experiencia es posible únicamente en ausencia de ese factor de "condicionamiento" que es el proceso de pensar.

Podemos ver perfectamente lo que ocurre en el mundo. La cualidad "más" no puede jamás ser controlada, regulada, aprisionada en la red del tiempo; pero el carácter puede ser cambiado. Habéis nacido en determinado país. En él obran ciertas influencias, ciertos moldes de carácter, ciertos factores que van dando forma a la mente; pero en otro país el mismo proceso se desarrolla de un modo diferente. Así, pues, lo que se llama "carácter" de una persona puede ser cambiado, modificado, controlado, ampliado o lo que se quiera. Dicho carácter, por cierto, no es la cualidad "más". En consecuencia, para entender la cualidad "más", el carácter o "condicionamiento" debe cesar. Ello no significa que uno deba volverse vago e indefinido. Tenemos, eso sí, que hacer del carácter

algo fluído, no estático, algo capaz de inmediatos ajustes. Después de todo, la virtud es la capacidad de pronta adaptación, no el cultivo de una idea. El cultivo de una idea no es virtud. La virtud no es la negación del vicio; es un estado en que se *es*, y el ser no es una idea. El hombre que cultiva la virtud no es virtuoso. Para experimentar aquello que no es una idea, debe cesar la ideación, que es proceso de pensamiento.

Hemos visto que el carácter puede ser modificado, cambiado, moldeado; y ello está constantemente ocurriendo, consciente o inconscientemente. Pero es la cualidad "más" lo que buscáis. No podéis "creer" en ella. Basta que uséis el vocablo "creer" para que no la encontréis nunca, porque el creer es un proceso de pensamiento. El pensamiento jamás podrá encontrar lo que está más allá, lo que constituye el "más". Con el instrumento de que disponéis para descubrir, o sea la mente, nunca lo habéis encontrado. Podéis inventarlo, describirlo, charlar al respecto, divertiros con él. Pero el pensamiento no podrá hallarlo nunca, porque esa cualidad, ese "más", evidentemente, no es temporal, y el único instrumento que poseemos pertenece al tiempo, como el carácter. Volvemos, pues, a la misma cuestión en forma diferente.

Mientras usemos la mente como medio de entendimiento, no podrá haber entendimiento alguno. El pensamiento no lo produce; por el contrario, sólo entenderéis cuando cese el pensamiento. Pero, por amor de Dios, no llaméis a eso intuición. Para vosotros intuición es percepción, no acción; pero tal di-

visión no es real. Esto implica muchas cosas, y lo trataremos en otra oportunidad.

Interlocutor: ¿Cuál es, a la luz del nuevo criterio, el contenido de la educación?

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendéis por "nuevo criterio"? ¿Qué entendéis por "educación"? ¿Por qué mandáis a la escuela a vuestros hijos? Diréis —¿no es así?— que los mandáis para que aprendan una técnica con la cual se ganarán la vida. ¿Es eso lo único que os interesa, verdad? Que el niño llegue a bachiller o conquiste un título universitario, con lo que lo proveeréis del instrumento, de la capacidad que necesita para ganarse el sustento. Estáis únicamente interesados, la mayoría de vosotros, en dar al niño una técnica, ¿no es así?

¿Pero el cultivar una técnica es acaso educación? Bien sé que es necesario saber leer y escribir, estudiar ingeniería o alguna otra cosa, porque en nuestra organización social todo ello es indispensable. ¿Pero la técnica confiere la facultad —la capacidad, más bien— de experimentar? Porque, después de todo, lo que entendemos por educación es la capacidad para tener experiencia de la vida y no tan sólo el aprendizaje de una técnica, la cual, por cierto, no es más que parte de la vida. Necesitamos ser capaces de experimentar la totalidad de la vida, ¿no es así? ¿Puedo aprender a experimentar totalmente con sólo dominar una técnica? Admitamos la necesidad de la técnica,

mas para hacer frente a la vida como un todo, como un conjunto integral, necesito la experiencia directa. Para sentir el dolor, el sufrimiento, la alegría, la belleza, la fealdad, el amor, *todo,* debo experimentar la vida, probarla en cualquiera de sus niveles. ¿Y la técnica me ayudará a enfrentar la vida? La técnica, lo repito, es necesaria; no la menospreciemos. Pero si ella es lo único por lo cual luchamos, ¿no es eso negar la experiencia total de la vida? Si podéis ayudar a alguien a experimentar la vida como un todo, esa experiencia creará su técnica, no al revés.

¿Es esto difícil, algo complicado? Voy a explicarlo de otro modo. Nosotros creamos el instrumento para experimentar, ¿no es así? A vuestro hijo, en realidad, lo educáis para experimentar la vida –el matrimonio, el sexo, el culto, el temor, el gobierno– todo lo cual es la vida. Creamos el instrumento para experimentar, ¿pero el instrumento, que es la técnica, puede experimentar? Le dais las herramientas y le decís: "Ve a experimentar". ¿Qué? ¿Puede el instrumento, o eso que sostiene el instrumento, experimentar?

Si encaramos la cuestión de un modo diferente, es decir, si ayudamos al estudiante a experimentar, esa experimentación es lo que creará el instrumento, y no obrará, como la mera técnica lo hace ahora, a modo de obstáculo para la experiencia. ¿Es esto un poco abstracto?

Voy a introducir una nueva variante a la explicación. Vosotros, por ejemplo, me enseñáis a ser ingeniero, me dais la técnica para ganarme la vida, y toda mi existencia es la de un ingeniero. Pienso,

sueño, hago la competencia a otros, y *soy ingeniero*; y trato a mi mujer e hijos, a mis vecinos, como ingeniero. La profesión, la técnica, la facultad, la función, es lo que se ha vuelto importante, pero la función no puede experimentar la vida; es decir, la totalidad de la vida, porque no basta construir un puente, o una carretera, o una casa desprovista de belleza.

¿Qué hacemos actualmente? Damos énfasis a la hechura del instrumento. Mediante el instrumento esperamos experimentar la vida, y es por ello que la educación moderna es un fracaso completo. Lo es porque tenéis tan sólo la técnica: maravillosos sabios, maravillosos físicos, matemáticos, constructores de puentes, conquistadores del espacio. ¿Y eso es todo? ¿Experimentáis la vida? Sólo como especialistas. ¿Y acaso un especialista puede experimentar la vida? Lo puede, pero sólo cuando deja de ser un especialista. Hacemos de él un especialista y luego esperamos que experimente. ¿Os dais cuenta de lo errado que es este modo de encarar las cosas? ¿No será posible, en cambio, crear en la escuela o en la comunidad un ambiente en que el niño, y luego el joven o la joven, puedan ir experimentando directamente mediante su capacidad para ello? ¿Percibís lo que esto significa?

Esto es, sin duda, la verdadera revolución: experimentar integralmente, como seres humanos completos que, al ir experimentando, irán creando. El que tenga, así, la experiencia del arte y de la belleza, inevitablemente creará la técnica de la pintura o de las letras; necesitará expresar la belleza. Ahora, en cambio, lo detenéis diciéndole cómo ha de escribir

ensayos, enseñándole diversos estilos y una serie de cosas más. Pero si él es capaz de experimentar un sentimiento, el sentimiento hallará su expresión y él encontrará su propio estilo; cuando escriba un poema de amor, será un poema de amor, no una rima meticulosamente calculada.

Lo que hacemos actualmente es crear el instrumento y anular al hombre; la función ha llegado a ser de suprema importancia, no el hombre. Cuando el hombre, empero, experimente de un modo constante e integral, creará su propio instrumento. Esto no es un sueño desaforado. Esto es lo que hacemos cuando somos hombres de veras, cuando no estamos atiborrados de esas estúpidas nociones que llamamos "educación". Cuando tenéis algo que decir, lo decís; y eso es estilo. Pero hoy por hoy no tenemos nada que decir porque nos hemos destruído a nosotros mismos mediante la técnica; y porque hemos hecho de ésta la meta final de la vida al reducir la existencia al problema de ganarnos el sustento, a un simple empleo. La vida, para nosotros, es un empleo.

Si esto lo percibimos, ¿los que experimentan no pueden expresarse a través de la enseñanza? Si la persona que enseña experimenta realmente, su expresión será una enseñanza conforme a su temperamento, facultades, capacidades, etc. Y entonces esa enseñanza será el instrumento que ayudará a otro ser humano a experimentar y a no dejarse atrapar por una técnica.

En otros términos: mientras no entendamos la vida, emplearemos el instrumento esperando entender la vida; pero el instrumento no puede alcanzar esa per-

cepción. La vida tiene que ser vivida, entendida por la vida, por la acción, por la experiencia. Otro factor consiste en que el cultivo de la técnica nos da un sentido de seguridad, no sólo económica sino psicológica, porque nos creemos capaces de hacer algo. Y la capacidad de hacer algo nos da una fuerza extraordinaria. Vosotros decís: "Puedo hacer esto o aquello, puedo tocar el piano, puedo salir en cualquier momento a construir una casa". Eso os da un sentido de independencia, de vitalidad. Pero negamos la vida y su experiencia al fortalecer la capacidad, ya que la vida es peligrosa, inesperada, extraordinariamente flúida; no conocemos su contenido, y ella debe ser experimentada constantemente, continuamente renovada. Sintiéndonos temerosos de esa cantidad desconocida, nos decimos: "cultivemos la técnica porque ella nos dará cierto sentido de seguridad, interior o exteriormente". Mientras la técnica sea para nosotros un medio de seguridad interior, la vida no podrá ser comprendida; y sin experimentar la vida, la técnica no tiene sentido alguno y sólo hace que nos destruyamos a nosotros mismos.

Tenemos técnicos maravillosamente capaces; ¿y qué está ocurriendo? Las técnicas son empleadas por los expertos para la mutua destrucción. Eso es lo que quieren los gobiernos. Quieren técnicos, no seres humanos, porque los seres humanos resultan peligrosos para los gobiernos. Los gobiernos, en consecuencia, dominan la educación porque quieren que haya más y más técnicos.

El nuevo criterio, entonces, no consiste en el mero

cultivo de una técnica, lo cual no significa negar la técnica; consiste en contribuir a crear un ser humano integrado que llegará a la técnica a través de la experiencia. Esto, señores, es muy sencillo; quiero decir que es sencillo en cuanto a las palabras. Pero podéis ver el efecto extraordinario que tendrá en la sociedad. No seremos liquidados a la edad de 50 ó 45 años por una técnica. Ahora, al llegar a los 45 ó a los 50, estoy terminado por haber dado mi vida a una sociedad putrefacta o a un gobierno que carece absolutamente de sentido, salvo para los pocos que lo usufructúan; he malgastado mi vida como esclavo, y estoy exhausto. La vida, sin embargo, debería tornarse cada vez más rica, lo cual podrá ocurrir tan sólo cuando la técnica no substituya a la experiencia.

Mientras continúe el culto de la técnica sin la experiencia de la vida en su acción integral, tendrá que haber destrucción, rivalidades, confusión, antagonismos despiadados. Os estáis convirtiendo en entes con capacidades perfectas; y cuanto más acentuéis la técnica, más destrucción habrá. Si hubiera gente que experimente *y a causa de ello* enseñe, habría verdaderos maestros que crearían su propia técnica.

En consecuencia, la experiencia es lo primero. La vida es lo primordial, no la técnica. Señores, cuando surge en vosotros el impulso creador de pintar, tomáis un pincel y pintáis, sin preocuparos por la técnica; podréis aprender la técnica, pero ese impulso crea su propia técnica, y ahí está el supremo arte.

Ocurre algo muy interesante en el mundo ,especialmente en América. Los ingenieros están frenética-

mente dedicados a inventar máquinas que no necesitan un solo ser humano para su funcionamiento. La vida va a estar enteramente a cargo de diversos tipos de máquinas. ¿Qué ocurrirá entonces con los seres humanos? Como todos están convirtiéndose rápidamente en técnicos, van a destruirse los unos a los otros por no tener otra cosa que hacer. No sabiendo cómo utilizar su holganza, buscarán distracción en la lectura de revistas o en verbosas ideaciones, en la radio, en el cine y en diversiones enervantes. ¿Qué otra cosa tendrán para hacer?

La solución está en la capacidad —la plena capacidad— para experimentar la vida como un todo. Ello significa educar al educador en esa experiencia, ayudándolo a convertirse en un ser humano, no en un técnico o especialista.

Tal cosa es muy difícil, ya que todos hemos aprendido una técnica u otra. Algunos de vosotros saben meditar —aprendieron la técnica— pero no son "meditadores". Otros han aprendido la técnica de tocar el piano, pero no son músicos. Sabéis leer, pero no podéis escribir porque nada hay en vosotros que exija expresarse; habéis llenado de técnica vuestra mente y corazón. Estáis llenos de citas y os creéis maravillosos porque podéis charlar de lo que otros han dicho o pensado. ¿Qué hay detrás de vuestra técnica? Palabras y más palabras. Vuestra técnica no es más que palabrería. Eso es lo que estamos haciendo de nosotros mismos; y no intentéis esquivar con risas esa verdad.

De modo, pues, que la experiencia y el vivir están

primero, no la técnica. El amor está primero, no el modo de expresarlo. Vosotros leéis libros de amor, pero vuestro corazón está reseco; y es por ello que leéis, para estimularos. Eso es lo que todos vosotros hacéis. Habéis cultivado el pensamiento, y el pensamiento es muerte; y como os estáis muriendo lentamente, necesitáis un estimulante y creéis que la técnica os lo dará. Pero un estimulante siempre trae consigo un decaimiento y os torna cada vez más inertes y hastiados.

Interlocutor: Ha estado Vd. dirigiendo una cruzada contra la creencia ciega, la superstición y la religión organizada. ¿Estaría yo equivocado si dijera que, no obstante su repudio verbal de las ideas teosóficas, Vd. está realizando el hecho central de la teosofía? No hay contradicción propiamente dicha entre su posición y la posición de la Sociedad Teosófica, cuya gran Presidenta lo presentó a Vd. al mundo por vez primera. (Risas.)

KRISHNAMURTI: Por favor, no discutamos sobre personalidades, sobre la Dra. Besant y sobre mí mismo, pues en tal caso estamos perdidos.

Veamos si es cierto que estoy dirigiendo una campaña contra la creencia ciega, la superstición y la religión organizada. Yo procuro, simplemente, afirmar un hecho. Un hecho podrá ser interpretado por cada cual según su propio "condicionamiento", pero el hecho seguirá siendo un hecho. Puedo traducirlo con-

forme a mis gustos y aversiones, pero el hecho no cambia por ello; está ahí presente.

Asimismo, no hay creencia, superstición, dogma o religión organizada que pueda ayudaros a percibir la verdad. A la verdad hay que mirarla sin esos velos, y sólo entonces hay entendimiento, no satisfacción de anhelos. Las creencias organizadas, las religiones que son dogmas organizados, no pueden ayudarnos a entender la vida. Pueden ayudarnos a interpretarla de acuerdo a nuestro "condicionamiento"; pero eso no es entender la vida sino traducirla, lo repito, al lenguaje de nuestro instrumento, capacidad o "condicionamiento". Así no se experimenta la vida. La religión no consiste en tener la experiencia de la vida a través de una creencia; la religión consiste en experimentar la vida directamente, sin "condicionamiento" alguno. Por consiguiente, debemos vernos libres de la religión organizada y de muchas cosas más.

¿Cuál es el punto de vista teosófico? Cuando el interlocutor dice que yo estoy realizando el hecho central de la teosofía, vosotros y yo debemos cerciorarnos de cuál es ese hecho central y de qué es la Sociedad Teosófica según el interlocutor. Bueno, ¿cuál es el hecho central de la teosofía? Yo, en verdad, no lo sé, pero podemos averiguarlo. ¿Cuáles son los hechos centrales de la teosofía, de la sabiduría divina? Eso es lo que el vocablo significa. (Interrupción.) "No hay religión más elevada que la verdad." ¿Es ése el hecho central?

La teosofía y la Sociedad Teosófica son dos cosas diferentes. ¿De cuál de ellas habláis? Permitidme,

antes que nada, aseguraros que en mí no hay ánimo de ataque ni de defensa. Queremos descubrir la verdad al respecto. Yo, por lo menos, lo deseo. Vosotros quizá no. Los adherentes, los que tienen compromisos contraídos e intereses creados, afirman que esto y aquello es teosofía. Pero esa gente no busca la verdad; depende, simplemente, de sus intereses creados y espera recibir la recompensa. Ellos no buscan la verdad.

Veamos, pues, si hay alguna diferencia entre la teosofía y la Sociedad Teosófica. Las enseñanzas de Cristo, sin duda alguna, son diferentes de la Iglesia. Las enseñanzas de Buda son diferentes del budismo, religión organizada. Ello es obvio. La enseñanza es una cosa, y la sociedad organizada, la religión organizada, la enseñanza organizada, es otra. ¿No es así?

La Teosofía y la Sociedad Teosófica son dos cosas diferentes. ¿No es así? ¿Cuál de las dos queréis encontrar; el hecho central de la teosofía o la Sociedad Teosófica? Si estáis interesados en el hecho central de la teosofía, que es la sabiduría divina, ¿cómo la descubriréis? El hecho central de la teosofía es la sabiduría, ¿verdad? Que a la sabiduría se le llame divina o humana, poco importa. ¿Pero la sabiduría puede buscarse en un libro, puede recibirse de alguien? ¿La sabiduría puede ser descrita, reducida a palabras, aprendida y repetida? ¿Es eso sabiduría? Cuando repito verbalmente la experiencia de Buda, ¿es eso sabiduría? ¿No resulta esa repetición una mentira? ¿Acaso la sabiduría no debe ser directamente experimentada? Y no se puede experimentar la sabiduría cuando sólo se posee una información sobre la sabiduría ajena.

Señores: aquellos de vosotros que quieran encontrar en la teosofía el hecho central, por favor escuchen con cuidado, sin taparse los oídos. ¿La sabiduría ha de ser organizada, difundida en torno nuestro como se difunde la propaganda política, las ideas políticas? ¿Es posible difundir la sabiduría para beneficio del prójimo? ¿La sabiduría puede alcanzarse por medio de la autoridad? ¿Acaso no se llega a ella por la experiencia directa y no mediante la técnica de saber lo que otros han dicho sobre la sabiduría? Ahora bien: cuando decís que no hay religión superior a la verdad, ello significa que el hecho central de la teosofía consiste en encontrar la verdad. ¿No es así? ¿No se trata de descubrir la verdad, de entenderla, de amarla? ¿Y la verdad es algo que deba ser repetido y aprendido? ¿Podéis aprender una verdad como podéis aprender una técnica? Una vez más, ¿no hay que vivirla, sentirla, conocerla directamente? No digo que la teosofía no implique todo eso; discutimos cuál es el hecho central. No he leído libros teosóficos más de lo que he leído otros libros religiosos... Ha de ser probablemente por eso que uno puede pensar con algo más de libertad sobre todas estas cosas.

Veamos ahora si el hecho central de la teosofía, que es la sabiduría y la verdad, puede expresarse por medio de una sociedad organizada, o si una sociedad organizada puede ayudar a alguien a alcanzarlas. Dejemos, pues, el hecho central de la teosofía.

Pasemos a la Sociedad Teosófica. ¡Cómo prestáis atención! No sé por qué os interesa todo esto.

¿Qué es una sociedad organizada? ¿Cuál es la fun-

ción de una sociedad organizada, no la que a vosotros os agradaría, sino en la realidad de los hechos? La función de una sociedad organizada, especialmente de este tipo, es difundir la sabiduría. ¿No es eso? ¿Y qué más? Traducir esa sabiduría, establecer una tribuna para que la gente se reúna en su búsqueda. Diréis que es eso, ¿verdad? Es decir, una sociedad organizada para reunir a aquellos que buscarán la verdad y la sabiduría. ¿No es así, sin duda? (Interrupción.) Señor: no pretendo atraparlo a usted, ya que, después de todo, un cuerpo organizado existe para algo. En seguida nos volvemos protagonistas, él de un lado y yo del otro. (Risas.) Él, al frente de una sociedad o una sección de la sociedad, y yo como opositor. Permítame decirle, señor, que yo no soy aquí su contrincante. Lo que siento, en cambio, es que estas sociedades *son* un obstáculo para el entendimiento.

¿Para qué existe vuestra sociedad? ¿Para propagar ideas? ¿Para ayudar a la gente a buscar el hecho central de la teosofía? ¿Para ser una tribuna de tolerancia desde la cual la gente de variadas ideas pueda traducir la verdad conforme al respectivo "condicionamiento"? O sois un grupo de personas que congenian y dicen: "estamos en esta sociedad porque tenemos puntos de vista comunes", o estáis reunidos con el fin de buscar la verdad y ayudaros mutuamente a encontrarla. Son cuatro posibilidades, y podríamos formular otras más. Todas ellas, empero, se reducen a dos: nos constituimos en sociedad para encontrar la verdad y para propagarla. Ahora bien: ¿es posible *pro-*

pagar la verdad y *buscar* la verdad? Examinemos la cuestión.

¿Puede propagarse la verdad? ¿Qué entendéis por propaganda? Pensáis, por ejemplo, que la reencarnación es un hecho. Tomo eso como ejemplo. Decís que el propagar ese hecho ayudará a la gente y aliviará sus sufrimientos, etc. Lo cual significa que *conocéis* la verdad de la reencarnación. ¿Vosotros *conocéis* la verdad de la reencarnación, o conocéis tan sólo la expresión verbal de la idea de que hay continuidad? La habéis leído en algún libro y propagáis eso: las palabras. ¿Os dais cuenta? ¿Es eso difundir la verdad? ¿Es posible propagar la verdad? Es claro que podréis dirigiros a mí y decirme: "¿Y Vd. qué está haciendo?". Yo os respondo que no estoy *propagando* la verdad. Nos estamos ayudando mutuamente a ser libres para que la verdad pueda venir a nosotros. No propago nada; no os estoy dando una "idea". Lo que hago es ayudaros a ver cuáles son los obstáculos que os impiden experimentar directamente la verdad. ¿La persona que propaga la verdad es alguien que dice la verdad? Notad que ésta es una cuestión muy seria. Podéis hacer propaganda, pero esa propaganda no es la verdad. ¿Acaso lo es? La palabra "verdad" no es la verdad. Lo que propagáis es la *palabra* "verdad", o "reencarnación", o bien explicáis dichos vocablos; pero la palabra "verdad" no es la verdad. Ésta tiene que ser vivida, experimentada, y por lo tanto vuestra propaganda es meramente verbal, es decir, mendaz.

El otro punto es éste: la gente se reúne para buscar

la verdad, es decir, parte de la misma. ¿Pero la verdad puede buscarse, o ella viene a nosotros? La diferencia es enorme. Si buscáis la verdad, es que procuráis utilizarla. Os servís de la verdad como salvaguardia o para lograr seguridad, comodidad, esto o aquello; la usáis como medio de satisfacción propia, o para lo que sea. Cuando busco algo, ése es mi objetivo; no nos engañemos a nosotros mismos con un montón de palabras. Cuando busco el poder, lo persigo y lo empleo. Y cuando perseguís la verdad, ello significa que ya debéis conocerla, pues no es posible perseguir una cosa desconocida. Cuando la conocéis, vais a usarla. Aquello que conocéis es autoprotector, y por consiguiente no es la verdad. ¿La verdad puede ser encontrada? ¿Puede recibirse la verdad a través de una creencia?

Al referirme a la Sociedad Teosófica, comprenderéis, por supuesto, que ella no me interesa y que soy totalmente ajeno a ella. Vosotros deseáis saber si lo que yo digo y enseño, y el hecho central de la teosofía y la Sociedad Teosófica, son la misma cosa. Os digo que no lo son, evidentemente. Os agradaría conciliarlo todo y afirmar: "Nosotros a Vd. lo hemos producido, y por consiguiente Vd. forma parte de nosotros como el niño forma parte de la madre". Ése es un argumento muy cómodo, pero este niño, al crecer, se ha vuelto en verdad enteramente diferente de su padre.

Lo cierto, señores, es que al ir ascendiendo más y más, al ir trepando espiritualmente, vosotros negáis la verdad. ¿No es así? La verdad no está al tope de

ninguna escalera; la verdad está donde estáis vosotros, en lo que hacéis, pensáis, sentís; la verdad está presente cuando besáis, cuando abrazáis, cuando explotáis. Es preciso que veáis la verdad en todo eso, no una verdad situada al final de innumerables ciclos de vida. Pensar que algún día podréis ser un Buda, es tan sólo un proyectado engrandecimiento de vuestro "yo". Eso es pensar sin madurez ni dignidad, sin reflexión profunda y sin afecto. Si creéis que vais a ser algo en el futuro, no lo sois *ahora*. Lo que importa es el *ahora,* no el mañana. Si ahora no os conducís fraternalmente, jamás lo haréis mañana, porque mañana es también ahora.

Os habéis constituído en sociedad, y me preguntáis si vosotros y yo coincidimos. Os digo que no. Podréis fraguar un "entendimiento" entre nosotros; podréis deformar cualquier cosa para amoldarla a vuestra conveniencia; podréis pretender que lo blanco es negro. Pero una mente que no es recta, que es incapaz de percibir directamente las cosas como son, piensa simplemente en términos de interés creado, ya se trate de bienes materiales, de creencias o de "jerarquía espiritual". Yo no os digo que abandonéis vuestra sociedad. Me es absolutamente indiferente que la abandonéis o no; pero si creéis que buscáis la verdad, que os habéis congregado para encontrar la realidad, temo que andéis descaminados. Podréis decirme: "ésa es la opinión de usted". Yo os respondería que tenéis perfecta razón. Si me decís: "procuramos ser fraternales", os repetiré que estáis descaminados, porque la fraternidad no está al final de ningún viaje.

Y si decís que cultiváis la tolerancia, la fraternidad, yo os diré que la fraternidad y la tolerancia no existen. Ellas no se cultivan; la tolerancia no se cultiva. Cuando amáis a alguien no cultiváis la tolerancia a su respecto. Tan sólo el hombre que no tiene amor en su corazón cultiva la tolerancia. Es una hazaña intelectual más. Si afirmáis que la S. T. no se basa para nada en creencias, interna o exteriormente, os diré que, a juzgar por vuestros actos en el mundo o en el seno de vuestra sociedad, sois un factor de separación, no de unidad. Tenéis rituales secretos, enseñanzas secretas, Maestros secretos, todo lo cual indica separación. Es la función misma de una sociedad establecer en tal sentido una separación.

Temo, pues, que si ahondáis más en este asunto, veréis que vosotros —la Sociedad Teosófica— y yo, no coincidimos. Tal vez os resultaría grato hacer que coincidiésemos, pero eso ya es otra cosa, bien diferente; lo cual no significa que debáis abandonar vuestra agrupación y pasaros a esta otra. "Ésta" no existe; la verdad no está de este lado o de aquél. La verdad es la Verdad; la Verdad es única. Ella no tiene lados ni senderos; los senderos no conducen a la Verdad. No hay sendero hacia la Verdad; ella tiene que venir a vosotros.

La Verdad podrá llegar a vosotros tan sólo cuando vuestra mente y corazón sean sencillos, claros, y cuando en vosotros haya amor; no cuando vuestro corazón esté lleno de las cosas de la mente. Cuando hay amor en el corazón no se habla de *organizar* la fraternidad; no se habla de creencias, ni de división,

ni de los poderes que fomentan la división, ni se necesita buscar reconciliación alguna. El hombre es entonces un simple ser humano, sin rótulo y sin patria. Esto significa que debéis despojaros de todas esas cosas para permitir a la Verdad llegar a vosotros; y ella puede llegar tan sólo cuando la mente está vacía, cuando la mente deja de crear. Entonces llegará sin que la invitéis; llegará veloz como el viento, sin hacerse notar. Ella llega obscuramente, no cuando atisbáis o estáis anhelantes; la tenéis ahí, súbita como la luz del sol, pura como la noche. Para recibirla, empero, el corazón tiene que estar lleno y la mente vacía. Ahora vosotros tenéis la mente llena y el corazón vacío.

Febrero 6 de 1949.

IV

Yo me pregunto qué significado tiene la acción para la mayoría de nosotros. ¿Es ella el resultado de una idea, o conformidad con una norma o ideación? ¿La acción es independiente de la vida de relación? ¿La acción no es interrelación? Y si la basamos en una idea, en un principio, en una conclusión, ¿es entonces acción? ¿Una acción basada en la creencia —que es una forma de la ideación— es acción creadora? ¿Una acción de esa índole tiene el poder de dar libre curso no sólo a la vitalidad sino a la energía creadora, al entendimiento creador?

No hay duda de que es importante averiguar hasta qué punto nuestra acción depende de una idea, y si es ésta o la acción lo que está primero; si la elaboración mental es lo que precede a la acción, o si ésta es independiente del proceso del pensamiento. Esto tenemos que discutirlo y averiguarlo, porque si la acción consiste simplemente en una adaptación a determinada norma, a una idea o ideación, la idea es lo que adquiere la máxima importancia, no la acción.

La acción, en tal caso no es más que la ejecución de aquella idea. Surge entonces el problema de cómo encarar la acción con la idea, cómo poner en práctica la idea para completar la idea, cómo cumplir la idea a través de la acción, etc. ¿La idea es el incentivo primario para la acción, o ésta se produce primero y sólo después la ideación? Ciertamente, si observamos muy de cerca, la acción está primero: primero hacemos algo, placentero o desagradable, y de esa acción nace luego la idea. Después la idea gobierna a la acción, por lo cual es la idea que adquiere la máxima importancia, no la acción. Ésta, entonces, es simplemente la continuación de una idea. Y así surge la dificultad en que nos hallamos la mayoría de nosotros: el hecho de que las ideas —que son el registro del pasado, de experiencias anteriores— dominan, guían y dan forma a la acción.

Como ya lo he dicho, la acción es interrelación, ¿y qué ocurre cuando la acción, la convivencia, se basa en una idea? La acción nacida de una idea tiene que continuar condicionando el pensamiento, porque la idea es consecuencia del propio "trasfondo", y éste determina la acción y por lo tanto controla la convivencia. De ahí que la acción nacida de una idea no pueda nunca ser libertadora y tenga siempre que ser condicionada, ya que la idea es una respuesta condicionada y que la acción surgida de una idea es forzosamente condicionada. No hay libertad alguna, ni liberación creadora, mediante la acción que se basa en una idea; y, sin embargo, todos nuestros sistemas de acción se basan en la ideación.

Esperar que una idea pueda ser un medio de revolución, un medio de liberación de energía creadora, es evidentemente erróneo. ¿Qué es, entonces, la acción sin ideación? Espero que esto os interese, pues constituye nuestro problema. Nuestra vida es acción, acción en la convivencia; y si esa acción es mero resultado de una idea —que es tan sólo un resultado de experiencias anteriores— jamás puede ser libertadora: es, simplemente, la continuación del pasado con modificaciones. No podemos, pues, buscar la libertad, la liberación, el entendimiento de la realidad, mediante la acción resultante de una idea. Una experiencia, una experiencia anterior, no puede ser el camino hacia la verdad. La experiencia que deja una cicatriz, un recuerdo, no puede ser el camino hacia la comprensión de la verdad. Es por ello que la experiencia en forma de idea, de un recuerdo del ayer al que se ajusta la acción, jamás puede ser el camino hacia la verdad. Nuevamente: si la acción se basa en una idea —resultado de una experiencia anterior— dicha acción proviene del pasado y jamás puede comprender el presente vivo.

¿Cuál es, pues, el camino de la acción verdadera, de la acción que no sea consecuencia de una idea? *Hay* una acción que no es la mera repetición de una idea. La experiencia no es el camino de la verdad; pero, para la mayoría de nosotros, la experiencia es de la máxima importancia. Experimentamos a través del tamiz de los recuerdos, el cual, a su vez, condiciona la experiencia. Es decir, la idea, el "trasfondo", ha respondido al estímulo; y de esa respuesta surge

la experiencia. Esa experiencia es condicionada, por lo cual lo es la acción. De ahí que la acción, así como la experiencia, no puedan conducir a la verdad ni al entendimiento. Os ruego percibáis la importancia de esto: la experiencia es un estorbo para el estado de vivencia. La experiencia, en efecto, es una acción condicionada, y, siendo limitada, jamás puede ser completa. La experiencia, por consiguiente, siempre es un obstáculo para el entendimiento de la realidad. Esto es contrario a lo que creíamos, o sea que debemos tener cada vez más experiencia, conocimiento técnico, para comprender.

Tiene, pues, que haber un criterio totalmente diferente. Debéis descubrir por vosotros mismos, en vuestro fuero íntimo, si obráis movidos por una idea y si puede haber acción sin ideación. Hemos visto que la acción basada en una idea no conduce a la verdad, que la acción basada en la experiencia es acción limitada. Aquello que es mensurable no puede entender lo inconmensurable; y la experiencia es siempre mensurable. La experiencia no es, pues, lo que hemos supuesto que era. Por ello la acción basada en la experiencia es un obstáculo para el entendimiento de la realidad o de cualquier cosa nueva. Hace falta, pues, un criterio diferente. Veamos en qué consiste la acción que no se basa en una idea.

¿Cuándo obráis sin ideación? ¿Cuándo se produce una acción que no sea resultado de la experiencia? Como ya lo hemos dicho, la acción basada en la experiencia es limitadora, y por consiguiente representa un estorbo. La acción que no es consecuencia de una

idea es espontánea porque en ese caso el proceso del pensamiento —que se basa en la experiencia— no gobierna la acción; es decir, la acción es independiente de la experiencia cuando no está dominada por la mente. Ése es el único estado en que hay entendimiento: cuando la mente, basada en la experiencia, no guía la acción; cuando no es el pensamiento, basado en la experiencia, el que da forma a la acción.

¿Qué es la acción cuando no hay proceso de pensamiento? ¿Puede haber acción sin proceso mental? Quiero, por ejemplo, construir un puente o una casa; conozco la técnica, y ésta me dice cómo he de construir. A eso le llamamos acción. Está asimismo la acción de escribir un poema, de asumir las responsabilidades del gobierno, la acción social, la que responde al medio ambiente. Todo ello se basa en una idea o experiencia previa que imprime rumbos a la acción. ¿Pero hay acción en ausencia de toda ideación? La hay, por cierto, cuando la idea cesa; y la idea cesa tan sólo cuando hay amor.

El amor no es memoria; el amor no es experiencia. El amor no es el pensar en la persona que uno ama, ya que entonces se trata simplemente de pensamiento. No podéis, evidentemente, *pensar* en el amor. Podéis pensar en la persona que amáis, o a la que sois adicto: vuestro "gurú", vuestra imagen, vuestra esposa, vuestro marido; pero el pensamiento, el símbolo, no es realmente lo que se ama. El amor, por consiguiente, no es una experiencia.

Ahora bien: cuando hay amor hay acción, ¿no es así? ¿Y esa acción no es libertadora? Ella no es resul-

tado de un proceso mental; y no hay brecha alguna entre el amor y la acción, como la hay entre la idea y la acción. La idea es siempre vieja; ella proyecta su sombra sobre el presente y procura construir un puente entre sí misma y la acción. Cuando hay amor —que no es ideación, ni elaboración mental, ni memoria, y que no es resultado de la experiencia o de la práctica de una disciplina— ese amor es en sí mismo acción, y sólo él puede libertarnos. Mientras haya un proceso mental, mientras la acción sea determinada por una idea que es experiencia, no puede haber liberación; y mientras ese proceso continúe, toda acción será limitada. Cuando se percibe esta verdad, surge a la existencia la cualidad del amor, que no es elaboración mental y a cuyo respecto no cabe pensamiento alguno.

Eso es en realidad lo que acontece cuando amáis a alguien con todo vuestro ser. Eso, exactamente. Podéis pensar en esa persona, pero eso no es lo real; y por desgracia, ocurre que el pensamiento ocupa el lugar del amor. El pensamiento puede entonces adaptarse al medio ambiente, pero el amor jamás se adapta. La adaptación es sencillamente mental, y la mente puede inventar "el amor". Cuando yo digo "te amo", me adapto al "tú"; pero no puede haber adaptación donde hay amor. El amor es único, y no puede adaptarse a nada porque no hay nada en segundo término. Cuando hay amor, la noción de adaptación, de acción conforme que se basa en una idea, cesa completamente. Cuando hay amor, hay acción que es interrelación; y no hay amor donde hay adaptación en la con-

vivencia. Cuando me adapto a alguien porque le "amo", ello es simplemente someterme a sus deseos; y la adaptación es siempre a lo inferior. ¿Cómo podéis adaptaros a lo superior, a lo que es noble, puro? No lo podéis. De modo que la adaptación sólo existe cuando no hay amor. El amor no está en segundo lugar con respecto a nada; está solo, pero no está aislado. Ese amor es acción, la cual es convivencia; no tiene posibilidad de corrupción, como la tiene el proceso mental, porque no hay adaptación alguna. Mientras la acción se base en una idea, es mera adaptación, o sea una continuidad reformada, modificada; y una sociedad que es resultado de la aproximación a una idea, es una sociedad de conflicto, miseria y lucha. Sólo hay libertad en la acción que no resulte de la elaboración mental; y el amor no es devoción por algo, pues esto es ideación. Un devoto no es un amante de la verdad. La devoción no es amor. En el amor no existe el "tú", el otro. Hay completa fusión de ambos, ya sea del hombre y la mujer, o del devoto y su ideal. Ese amor no es don de unos pocos; no está reservado a los poderosos.

Pero vosotros no habéis entendido lo que implica la acción basada en la experiencia. Cuando uno percibe eso de un modo realmente profundo, cuando es consciente de todo lo que implica dicha acción, la elaboración mental cesa. Adviene entonces ese estado del ser que es la consecuencia del descontento. El descontento no se apacigua mediante la propia realización. Mientras no haya realización propia, empero, el descontento es el trampolín desde el cual se salta a lo des-

conocido. Es esta cualidad de lo desconocido que constituye el amor. El hombre que se da cuenta de hallarse en un estado de amor, no ama. El amor no pertenece al tiempo. No se puede, por consiguiente, concebir a su respecto pensamiento alguno. Aquello en lo que se puede pensar es temporal, es tan sólo la proyección de sí mismo; es lo ya conocido. Cuando conocéis el amor, cuando lo practicáis, él deja por cierto de ser amor porque es tan sólo una adaptación de la experiencia al presente; y donde hay adaptación no puede haber amor.

Interlocutor: ¿Cuál es el mejor método para aquietar la mente? Se dice que la meditación y la repetición del nombre de Dios constituyen el único método. ¿Por qué Vd. las condena? ¿Puede jamás el intelecto lograr eso por sí mismo?

KRISHNAMURTI: Examinemos este asunto de la meditación, que en realidad es un problema muy complejo y requiere consideración detallada. Veamos todo lo que ella implica. Despleguemos el mapa de lo que llamamos "meditación".

¿Qué entendemos por meditación? Entendemos —¿no es así?— el aquietamiento de la mente, tal como en general se lo concibe. Veamos ahora cómo abordar el problema, ya que los medios —que determinan el fin— son importantes. Si empleáis medios errados, el fin será también errado. Si disciplináis vuestra mente para que esté serena, ella debería estarlo; pero no lo

está. Sólo está disciplinada; es una mente contenida en un recinto, que no está serena sino tan sólo maniatada, sujeta. Debemos, pues, analizar esto con suma atención.

¿Qué objeto tiene la meditación? ¿El aquietamiento de la mente es necesario para descubrir la verdad o experimentar la realidad? ¿El proceso de exclusión es meditación? Encaremos el asunto negativamente, ya que no sabemos qué es la recta meditación. Habéis oído decir esto y aquello, y no sabéis en qué consiste la verdadera meditación. ¿Es a través de una serie de pensamientos que negáis, o mediante la resistencia, que llegáis a la quietud de la mente? En otros términos: la mente es errabunda, se desvía sin cesar; y vosotros procedéis a escoger cierta línea, descartando todas las demás, lo cual es un proceso de exclusión, de rechazo. Levantáis un muro de resistencia al concentraros en un pensamiento que habéis elegido, y procuráis atajar todos los otros. Eso es lo que hacéis continuamente: lucháis por aprender la concentración. Ésta, lo repito, es una exclusión. Resolvéis hacer reposar vuestro pensamiento en una palabra o una imagen, en una frase o en un símbolo, y resistís todo pensamiento que venga a interponerse. Así, pues, lo que llamamos meditación es el cultivo de la resistencia, de la concentración exclusiva en una idea de nuestra elección.

¿Qué es lo que os hace elegir? ¿Qué os lleva a decir que esto es bueno, verdadero, noble, y que lo demás no lo es? La elección, evidentemente, se basa en el placer, en la recompensa o en el anhelo de lograr algo;

o es, simplemente, una reacción del propio "condicionamiento" o tradición. ¿Por qué habéis de elegir? ¿Por qué no examináis cada pensamiento? ¿Por qué, si estáis interesados en muchos, elegís uno? ¿Por qué no examinar todo lo que ofrece interés? En vez de crear resistencia, ¿por qué no penetrar en cada cosa interesante a medida que surge, en lugar de concentrarse tan sólo en una idea, en un interés? Después de todo, vosotros estáis hechos de muchos intereses; tenéis muchas máscaras, consciente o inconscientemente. ¿Por qué elegir un pensamiento y descartar los otros, siendo que para atajarlos gastáis vuestras energías, creando con ello resistencia, conflicto y rozamiento? En cambio, si examináis todo pensamiento a medida que surge *–todo* pensamiento, no unos cuantos apenas– no habrá exclusión; pero es cosa ardua examinar todo pensamiento. Mientras observáis uno de ellos, en efecto, otro se desliza y penetra. Pero si os limitáis a percibir sin dominar ni justificar, veréis que al observar aquel pensamiento ningún otro se entromete. Es sólo cuando condenáis, comparáis, aproximáis, que otros pensamientos intervienen. ¿Esto es claro?

De modo, pues, que la concentración no es meditación. Averigüemos ahora qué es la meditación, pero primero veamos lo que *no* es. La concentración implica disciplina, diversas formas de negación y resistencia. Una mente que se entrega a la concentración exclusiva, nunca puede encontrar la verdad. Pero una mente que entienda todo interés, todo movimiento del pensar, que sea consciente de todo sentimiento,

de toda reacción, y vea la verdad en cada respuesta, es extremadamente flexible, veloz, y capaz, por lo mismo, de entender lo que *es*, o sea la verdad. Una mente que está concentrada, empero, no es una mente ágil; una mente que ha sido disciplinada no es una mente flexible. ¿Cómo puede la mente ser sutil, veloz y flexible, si sólo ha aprendido a concentrarse?

La meditación tampoco puede ser súplica, pues ésta es plegaria. ¿Habéis orado alguna vez? ¿Qué ocurre en realidad cuando oráis? ¿Por qué oráis? Oráis —¿no es así?— cuando os halláis en dificultades, cuando os sentís perturbados. No rezáis cuando estáis alegres y veis claro, cuando sois dichosos; sólo rezáis cuando estáis confusos, cuando teméis algún acontecimiento, para que él no se produzca; o rezáis para conseguir lo que queréis. Si oráis, es porque en vosotros hay temor. No digo que la plegaria sea *tan sólo* temor; pero toda súplica se origina en el temor. Una impetración, una plegaria, podrá traeros júbilo; la oración suplicante, el ruego a eso que llamamos "lo desconocido", podrá traeros la respuesta que buscáis; pero esa respuesta a vuestra súplica podrá provenir de vuestro inconsciente, o de la reserva almacenada de todas vuestras demandas. Esa respuesta no es la silenciosa voz de Dios.

¿Qué ocurre cuando oráis? Mediante la repetición constante de ciertas frases y el control de vuestros pensamientos, la mente logra aquietarse. La mente consciente, por lo menos. Os arrodilláis como lo hacen los cristianos, u os sentáis a la manera hindú, y os ponéis a repetir siempre lo mismo; y, por obra de

esa repetición, la mente entra en calma. En esa quietud, algo se os insinúa. Esa insinuación de algo por lo que habéis rogado, puede provenir de vuestro inconsciente o ser la respuesta de vuestros recuerdos. Pero no es, ciertamente, la voz de la realidad. La voz de la realidad tiene que venir a vosotros; a ella no es posible apelar ni dirigir ruego alguno. No podéis tentarla a entrar en vuestra pequeña jaula mediante ninguna especie de ceremonias u oraciones, ni ofreciéndole flores, ni apaciguándola, ni reprimiéndoos o imitando a otros. Ésas son otras tantas formas de autohipnosis. Pero una vez aprendido el arte de aquietar la mente repitiendo palabras, y de recibir sugestiones a favor de esa quietud, existe el peligro —a menos que estéis plenamente alertas acerca del origen de esas sugestiones— de que seáis atrapados; y entonces la oración se convierte en substituto de la búsqueda de la verdad. La mente aquietada por la oración no es una mente serena; es como una cosa compuesta y que puede deshacerse. Ocurre, simplemente, que la capa consciente de vuestra mente, aquietada por el apaciguamiento, embotada por la repetición, recibe cierta respuesta a vuestro pedido; y lo que pedís lo conseguís, pero eso no es la verdad. Si necesitáis y solicitáis, recibiréis; pero al final tendréis que pagarlo.

Hemos visto, pues, que la plegaria en forma de impetración, de súplica, ayuda a aquietar la mente. Pero hay otra forma de plegaria que consiste en estar completamente receptivo, sin pedir nada, al menos conscientemente. Esta receptividad sensitiva, inducida

mediante la oración, es también una forma de quietud mental. Es tan sólo vuestro deseo que atrae la respuesta de lo inconsciente; pero esta abierta receptividad de la mente consciente que ha sido aquietada, no es capaz de entendimiento porque la mente *se ha vuelto* quieta, no está quieta de por sí. Una mente que *se ha vuelto* quieta, jamás puede *ser* serena; sólo puede recibir una respuesta desde los confines de su propia limitación. Una mente estúpida puede ser aquietada, pero su respuesta será estúpida. Una mente estúpida puede creer que la respuesta que ha recibido es directamente de Dios, pero no lo es. Una mente *que ha sido aquietada* puede recibir una respuesta tan sólo de acuerdo a su propio "condicionamiento". Vemos, pues, que la plegaria no es meditación.

Tampoco la devoción es meditación. La meditación no es la propia inmolación ante una idea. ¿En qué consiste vuestra devoción? Sois devotos de algo que os procurará satisfacción. Si no os la procura, no seréis tales devotos. Vuestra devoción persiste mientras dura la satisfacción que os da aquello a lo cual sois adictos; cuando ella cesa, os vais a otra parte. Cambiáis de "gurú" o cambiáis de idea. El maestro, el "gurú", la imagen, es la autoproyección del devoto; y esa autoproyección se basa en la propia satisfacción. En la realidad de los hechos, sois devotos de vosotros mismos, exteriorizados en forma de divinidad, de un Maestro, de una idea o de una imagen. Sois, lo repito, adictos a lo que os procura satisfacción; de modo que un devoto con toda su "puja", sus

guirnaldas, sus cánticos, no hace más que adorar su propia imagen, glorificada, ampliada. Eso, por cierto, no es meditación.

Meditación no es disciplina. Disciplinar la mente es limitarla, es erigir un muro en torno de ella para que no pueda escapar. De ahí que una mente dsciplinada, regulada, controlada, reprimida, una mente que ha hallado substitutos y sublimaciones, siga siendo una mente incapaz de libertad. ¿La libertad adviene por obra de la disciplina? ¿Podéis disciplinaros para ser libres? Si empleáis medios errados, el fin también lo será, ya que el fin no es diferente a los medios. De modo que, cuando la mente se ve disciplinada para lograr un resultado, éste es tan sólo la proyección de esa mente disciplinada. No hay, pues, libertad, sino un mero estado de disciplina. Meditación no es disciplina.

La meditación no es concentración, ni plegaria, ni devoción, ni un proceso de disciplina. ¿Entonces qué es? Vamos a averiguarlo.

Cuando descubrís que la concentración, la plegaria, la devoción y la disciplina no son meditación, ¿qué ocurre? Ocurre que os descubrís a vosotros mismos en la acción. La comprensión de estas cosas es el descubrimiento del propio proceso de pensar, lo cual es conocimiento propio. La revelación de este proceso es el descubrimiento de vosotros mismos en la acción; entender esto es entenderos a vosotros mismos. La meditación, por consiguiente, es el proceso de la propia comprensión. No hay meditación sin conocimiento propio, y eso es lo que acabáis de des-

cubrir. Os estáis observando en la acción a través de la concentración, de la oración, de la disciplina y de la devoción.

Lo que estamos haciendo es descubrirnos a nosotros mismos tales como somos, sin engaño, sin ilusión. ¿Y luego qué ocurre? El conocimiento propio no es un fin en sí mismo; el conocimiento propio es el movimiento del devenir. Al examinar esos cuatro aspectos de mí mismo en la acción, he encontrado que hay sólo un proceso, que es éste: tengo interés en devenir, en continuar. Cuanto mayor, entonces, sea el conocimiento del "yo" en cualquier nivel —que es ver la verdad de todos los momentos, la verdad que no es resultado de la experiencia sino inmediata percepción— mayor será la tranquilidad de la mente. El percibir, por ejemplo, la verdad acerca de la oración y de todo lo que ella implica, libra a la mente de la oración, del temor, de la súplica. Del mismo modo, al percibir la verdad acerca de la disciplina y de todo lo que ésta implica, se ve uno libre de la disciplina. Con ello se llega a un mayor conocimiento, inteligencia y percepción. La mente queda libre de su devenir, con lo que surge la percepción de la verdad.

Esto tenemos que vivirlo; no podemos seguir adelante sin esa vivencia. Si continuáis entregados a la oración, carecerá de sentido que vayáis más lejos; si estáis aún dedicados a la disciplina, vuestro próximo paso carecerá asimismo de sentido. Igual cosa hay que decir si os preocupáis por el control del pensamiento. Pero una mente que *es* serena, no *aquie-*

tada ni compuesta; una mente que está en calma porque tiene real interés, porque ha visto la verdad, porque la verdad ha llegado a ella, es una mente inteligente y libre de conflictos. El conflicto se ha disuelto mediante la percepción de todos los movimientos del pensar y del sentir, y de la verdad a su respecto. La verdad puede ser percibida, puede surgir, sólo cuando cesan la condenación, la justificación, la comparación. Sólo entonces está quieta la mente; sólo entonces cesa la memoria.

¿Qué ocurre cuando la mente está tranquila, cuando está serena, cuando ya no hay devenir ni busca ella fin alguno, cuando está extraordinariamente alerta, pasiva? En ese silencio se produce un movimiento, una vivencia, en la que el tiempo no existe. Es un estado del ser en que no existen ni el pasado, ni el presente, ni el futuro.

Meditación es el vivir de momento a momento todos los días. No es aislarse en una habitación o en una caverna, pues de ese modo jamás puede conocerse la realidad. La realidad ha de encontrarse en la convivencia; no en una interrelación distante, sino en la convivencia de nuestra existencia diaria. No habiendo entendimiento de la verdad en la vida de relación, no entenderéis lo que es tener una mente en calma. Es la verdad lo que aquieta la mente, no *vuestro deseo* de estar serenos; y la verdad ha de encontrarse en la convivencia, que es acción, que es un espejo en que os veis a vosotros mismos.

El conocimiento propio es el comienzo de la sabiduría, y sin sabiduría no puede haber tranquilidad.

Sabiduría no es erudición. Ésta es un obstáculo para la sabiduría, para la revelación del "yo" de momento a momento. Una mente que es serena conocerá el *ser,* sabrá lo que es amar. El amor no es personal ni impersonal. El amor es el amor, y no ha de ser definido o descrito por la mente como exclusivo o inclusivo. El amor es su propia eternidad; es lo real, lo supremo, lo inconmensurable.

Febrero 13 de 1949.

V

Como ésta es mi última conferencia, me agradaría poder haceros un breve resumen de lo que hemos estado tratando durante las últimas cinco semanas. Lo que crea problemas es la falta de capacidad para comprender. La incapacidad de entender un problema engendra conflictos; pero si somos capaces de entenderlo, el problema deja de existir. La incapacidad de comprender un desafío es lo que hace surgir un problema.

La vida es, y tiene que ser, una serie de retos y respuestas. El reto no se amolda a nuestros gustos y aversiones ni a nuestros deseos particulares; asume diferentes formas en diferentes momentos. Y si poseemos capacidad para hacer frente al reto de un modo adecuado, pleno, directo, entonces no hay problema. Es porque no hacemos frente plena y adecuadamente a dicho reto, que el problema surge. ¿Cómo se puede tener esa capacidad? El desafío de la vida no se produce en un determinado plano de la existencia. La vida, ya sea económica o espiritual, no se desarro-

lla en un solo nivel. La vida, como ya lo hemos visto, es interrelación en diferentes planos; está en un constante fluir, y continuamente se expresa de diferentes maneras. Y es feliz el hombre capaz de enfrentarse con la vida de un modo pleno y completo en diferentes niveles y en todo momento.

Así, pues, el que sólo considera la vida como algo condicionado por el medio ambiente —económico o intelectual— y que la encara únicamente desde ese punto de vista, es evidentemente una persona no integrada; y sus conflictos son innumerables, ya que, a no dudarlo, la vida no se desarrolla en un solo nivel de la existencia. La vida es interrelación de personas, cosas e ideas; y si no hacemos frente a esas relaciones de un modo pleno y acertado, los conflictos surgen por la fuerza del desafío.

Nuestro problema, por lo tanto, es cómo producir, cómo cultivar deliberadamente —si ello es posible— esa capacidad de hacer frente al reto en todo momento. Porque no hay momento alguno en que no haya desafío; y si la respuesta no se produce, es la decadencia y la muerte. Es sólo cuando sabemos hacer frente al desafío en todo momento, continuamente, libremente, plenamente, que hay vida, que hay hondura, y que alcanzan altura el pensar y el sentir.

¿Cómo se puede tener esa capacidad, cómo llega uno a ella? No hay información, por cierto, que pueda dárnosla. Aunque estudiéis todos los libros escritos acerca del modo de enfrentar la vida, esa comprensión de hechos es en realidad un impedimento; y lo es porque, conociendo los hechos, inten-

táis hacer frente al reto con esa base de información. Y, evidentemente, los hechos no crean ni producen esa capacidad. Sin la capacidad de enfrentar plenamente la vida, ésta se convierte en fuente de continuo dolor. No son, pues, los hechos, y no es el conocimiento —podéis leer el *Bhagavad Gita* y todos los libros sagrados, oír las pláticas de los santos varones, practicar innumerables disciplinas— que os ayudará a adquirir la capacidad necesaria para hacer frente a la vida.

Si no son hechos ni conocimiento lo que se requiere, ¿qué es? Para llegar a saberlo tenemos que descubrir lo que es la vida en sí, lo que es el vivir. Si eso podemos entenderlo, tendremos quizá la capacidad necesaria para hacer frente a ese desafío que es la vida. La vida es al mismo tiempo reto y respuesta, ¿no es así? No es sólo reto ni sólo respuesta. La vida es experiencia, experiencia en la interrelación. No se puede vivir en el aislamiento. La vida es, pues, convivencia, y ésta es acción. ¿Cómo puede tenerse esa capacidad para entender la interrelación que es la vida? ¿La interrelación no significa, además de convivencia humana, intimidad con cosas e ideas? La vida es interrelación, que se expresa mediante el contacto con cosas, personas e ideas. Entendiendo la interrelación, tendremos capacidad para hacer frente plena y adecuadamente a la vida. Nuestro problema no es, pues, la capacidad —ésta no es independiente de la interrelación— sino más bien el entendimiento de la convivencia, que naturalmente producirá capa-

cidad de pronta flexibilidad, pronta adaptación y pronta respuesta.

La convivencia es sin duda el espejo en el cual os descubrís a vosotros mismos. Sin convivencia, *no sois*. Ser es estar relacionado; estar relacionado es existir. Sólo existís en la interrelación; fuera de ella no existís, la existencia carece de sentido. No es porque *pensáis que sois*, que surgís a la existencia. Existís porque estáis relacionados; y es la falta de comprensión de la convivencia que causa conflictos.

Ahora bien: no hay entendimiento de la convivencia porque nos servimos de ésta como simple medio de promover la realización, la transformación, el devenir. La convivencia, empero, es un medio de autodescubrimiento, porque la interrelación es *ser*, es existencia. Sin interrelación, *no soy*. Para entenderme a mí mismo debo entender la interrelación. Ésta, entonces, es el espejo en que puedo mirarme. Dicho espejo puede estar deformado o puede estar *como es* y reflejar *lo que es*. Pero la mayoría de nosotros ve en esa interrelación, en ese espejo, las cosas que más *nos agradaría* ver; no vemos lo que *es*. Preferimos idealizar, evadirnos, vivir en el futuro en vez de entender la convivencia en el inmediato presente.

El presente es, pues, utilizado por el pasado como puerta hacia el futuro. Y de ese modo la interrelación, que es siempre del presente —no del futuro ni del pasado— carece de sentido y por ello se produce el conflicto. El conflicto se produce porque usamos el presente como pasaje hacia el futuro o hacia el pasado. La mente es resultado del pasado; sin el

pasado no hay pensamiento. Sin ese fondo mental, sin "condicionamiento", no hay pensamiento. Pero el pensamiento, que es resultado del pasado, no puede entender el presente porque sólo lo utiliza como pasaje hacia el futuro. El futuro es siempre un devenir. Por tal causa el presente —y sólo en él puede haber entendimiento— no es comprendido. Mientras hay devenir, hay conflicto; y el devenir es siempre el pasado que se sirve del presente para ser, para lograr. En el proceso de ese devenir, el pensamiento cae en la red del tiempo. Y el tiempo no es solución para nuestros problemas. Sólo entendéis en lo inmediato, no mañana o ayer; siempre en el "ahora", aunque ese "ahora" pueda ser mañana. El entendimiento es, pues, atemporal. No podéis entender en la *próxima* vida o el año *próximo*.

La capacidad de entender la vida surge únicamente cuando uno entiende la convivencia. Ésta es un espejo; debe reflejar, no lo que desearíamos ser, romántica o idealmente, sino lo que realmente *somos*. Y resulta muy difícil percibirse uno mismo tal como es realmente, ya que es costumbre eludir aquello que *es*; es arduo percibir, observar en silencio lo que *es*, porque uno está habituado a condenar, justificar, comparar, identificar. Y en ese proceso de justificación o condenación, lo que *es* deja de ser comprendido. Sólo en la comprensión de lo que *es* cabe el vernos libres de lo que *es*.

La vida tiene problemas, conflictos y miserias tan sólo cuando se emplea la convivencia como medio de devenir, es decir, cuando uno se satisface a sí mismo

mediante la convivencia. Cuando me sirvo de alguien, o de los bienes materiales o de una idea, como medio de autoexpansión —que es perpetuar la satisfacción del "yo"— la vida se convierte en una serie de incesantes conflictos y miserias. Es sólo cuando entiendo la interrelación —lo cual es el comienzo del conocimiento propio— que el conocimiento propio trae recto pensar acerca de lo que *es*. Y es el recto pensar lo que disuelve nuestros problemas; no los "gurús", ni los héroes, ni los "mahatmas", ni la literatura, sino la capacidad de ver lo que *es* y de no eludir lo que *es*.

Reconocer lo que *es* equivale a entender lo que *es*. Pero reconocer lo que *es* resulta sumamente difícil, ya que la mente rehusa ver, observar, aceptar, lo que *es*. Ver lo que *es*, observar lo que *es*, exige acción; y un ideal, el proceso del devenir, es una evasión de la acción, un modo de evitarla. Nos rodeamos de inacción, de escapatorias, de ideales, y huímos de lo que *es*, es decir, de la convivencia actual; pero es sólo en esa interrelación que nos vemos claramente a nosotros mismos como somos. Cuanto más penetráis en lo que *es*, tanto mejor véis las capas más profundas de la conciencia, es decir, la vida en diferentes niveles. En ello hay libertad; pero no la de la disciplina o la del pensamiento cultivado y circunscripto, sino la libertad que traen la verdad y la virtud, ya que sin virtud no hay libertad. Pero el hombre que se va tornando virtuoso no es libre. La virtud es sólo en el presente, no en el futuro. Vemos, pues, que el significado total de la existencia no consiste en eludir el presente sino en comprender el pre-

sente en la interrelación; y no hay interrelación sino en el presente. En ello está la belleza de la convivencia.

Después de todo, el amor es eso. El amor no es en el mañana. No podéis decir que amaréis mañana: o amáis ahora o nunca. Y esa cosa formidable, esa significación y belleza del amor, puede sólo ser entendida en la convivencia; pero el mero cultivo del amor mediante la disciplina es la negación del amor. El amor, en tal caso, no es más que intelección. Un hombre que ama con la mente es vacío de corazón. La mente puede amoldarse, el pensamiento puede adaptarse, pero el amor jamás se "ajusta" a nada. Es un estado de *ser*. Lo que es puro es siempre puro, aunque esté dividido. Y es ese amor, es esa verdad, lo que nos hace libres.

Interlocutor: Dice Vd. que la mente, la memoria y el proceso del pensamiento deben cesar antes de que pueda haber entendimiento; y sin embargo Vd. se comunica con nosotros. ¿Lo que Vd. nos dice es la experiencia de algo pasado, o experimenta Vd. a medida que comunica?

KRISHNAMURTI: ¿Cuándo comunicáis? ¿Cuándo contáis a alguien vuestra experiencia? Cuando ya habéis tenido la experiencia, no en el momento de vivirla. Esa comunicación es sólo un resultado posterior. Debéis tener memoria y emplear palabras, gestos, para comunicar una experiencia que habéis teni-

do. De modo, pues, que vuestra comunicación es la expresión de una experiencia ya terminada.

¿Cuándo comprendéis? ¿Cuándo hay entendimiento? No sé si habéis observado que hay entendimiento cuando la mente está muy serena, aunque sea un segundo; el destello del entendimiento se produce cuando la "verbalización" del pensamiento está ausente. Os bastará poner esto a prueba para verificar que el destello del entendimiento, esa extraordinaria rapidez de penetración, la tenéis cuando la mente está muy quieta, cuando el pensamiento está ausente, cuando la mente está libre de su propio bullicio. Es así: la comprensión de cualquier cosa —de un cuadro moderno, de vuestro hijo, de vuestra esposa, de vuestro vecino— o la comprensión de la verdad que está en todas las cosas, puede únicamente surgir cuando la mente está muy serena. Pero esa quietud no puede ser cultivada, porque si cultiváis una mente serena, vuestra mente no estará serena sino muerta.

Es indispensable tener una mente serena, quieta, para poder entender, lo cual es obvio para aquéllos que han puesto en práctica todo esto. Cuanto más os interesáis por algo y más decidida es vuestra intención de comprender, más simple, más clara y más libre es vuestra mente. Cesa entonces la "verbalización". Después de todo, el pensamiento es palabra; y es la palabra lo que se interpone. Es el tamiz de las palabras, o sea la memoria, que se interpone entre el estímulo y la respuesta. Es la palabra que responde al estímulo, al reto, y a eso le llamamos "intelec-

ción". De modo que la mente que parlotea, que verbaliza, no puede entender la verdad, es decir, la verdad en la convivencia, no una verdad abstracta. No hay verdad abstracta. Pero la verdad es muy sutil. Y esa sutileza es lo que resulta difícil seguir. No es abstracta. Llega tan velozmente, de un modo tan velado, que no puede ser retenida por la mente. Como un ladrón en la noche, llega en secreto, no cuando estáis preparados para recibirla. Vuestra recepción es tan sólo la invitación que formula la codicia. Así, pues, una mente aprisionada en la red de las palabras no puede percibir la verdad.

La otra pregunta es ésta: ¿no es posible comunicar a medida que uno experimenta? Para la comunicación tiene que haber memoria de los hechos. Cuando hablo con vosotros, empleo vocablos que vosotros y yo entendemos. La memoria es resultado del cultivo de la facultad de aprender, de almacenar palabras. El interlocutor quiere saber cómo tener una mente que no sólo exprese o comunique después del acontecimiento, después de la experiencia, sino que la viva y al mismo tiempo la comunique; es decir, una nueva mente, una mente fresca, una mente que experimente sin ingerencia de la memoria, del recuerdo del pasado. Veamos pues, en primer término, la dificultad que esto presenta.

Como ya lo he dicho, la mayoría de nosotros comunica *después* de la experiencia. La comunicación, por consiguiente, se convierte en obstáculo para que la experiencia prosiga, ya que la comunicación, la "verbalización" de la experiencia, no hace más que

fortalecer el recuerdo de dicha experiencia. Y el reforzar el recuerdo de una experiencia impide la libre vivencia de lo que sigue. Comunicamos ya sea para reforzar una experiencia o para asirnos a ella. La "verbalizamos" con el fin de fijarla como memoria o de comunicarla. El simple hecho de fijar una experiencia mediante la "verbalización", equivale a reforzar algo que ya pasó. Con ello fortalecéis la memoria. Es pues, la memoria que hace frente al desafío. En ese estado, cuando la respuesta al estímulo es meramente verbal, la experiencia del pasado se convierte en estorbo. Nuestra dificultad, por lo tanto, consiste en no hacer de la "verbalización", mientras experimentamos y lo comunicamos, un obstáculo para la experiencia ulterior.

Si en todas estas pláticas y debates yo me limitara a repetir la experiencia ya pasada, ello no sólo sería extremadamente aburrido para vosotros y para mí, sino que también reforzaría el pasado y por lo mismo impediría la experimentación en el presente. Lo que de hecho ocurre es que la experimentación prosigue, y al mismo tiempo hay comunicación. La comunicación no es "verbalización", no consiste en revestir de palabras la experiencia. Si la revestimos, si le ponemos un ropaje, si le damos forma, el perfume y la hondura de esa experiencia se pierden. La mente sólo puede ser fresca, nueva, cuando la experimentación no se reviste de palabras. Y, al expresarla verbalmente, existe el peligro de revestirla, de darle una forma, y por consiguiente de agobiar la mente con una imagen, con un símbolo. Es posible

tener una nueva mente, una mente lozana, tan sólo cuando no es la palabra lo importante sino la vivencia. Esa experimentación es de momento a momento. No puede haber experimentación si ella se torna acumulativa, pues entonces es la acumulación lo que experimenta, y no hay tal experimentación. Sólo hay experimentación de momento a momento cuando no hay acumulación. La "verbalización" es acumulación. Es extremadamente arduo y difícil expresar sin verse uno atrapado en la red de las palabras. La mente, después de todo, es resultado del pasado, del ayer. Y aquello que no pertenece al tiempo no puede ser seguido por el tiempo. La mente no puede seguir aquello que es extremadamente veloz, y que no pertenece al espacio ni al tiempo; pero en ese estado de la mente que es la vivencia, que no es el devenir, todo es nuevo. La palabra hace que envejezca lo que *es*. El recuerdo del ayer cubre de ropaje el presente. Y para entender el presente, tiene que haber vivencia; pero ésta se ve impedida cuando la palabra adquiere suprema importancia. Sólo cuando la palabra —el pasado— no se emplea como medio de devenir, surge una nueva mente: la que experimenta de un modo continuo sin dar forma a la experiencia ni verse informada por ella.

Interlocutor: ¿El matrimonio es compatible con la castidad?

KRISHNAMURTI: Exploremos juntos esta cuestión. Muchas cosas están en ella involucradas.

La castidad no es producto de la mente. La castidad no surge con la disciplina. La castidad no es un ideal que haya que realizar. Aquello que es un producto de la mente, que ha sido creado por la mente, no es casto. La mente, en efecto, cuando crea el ideal de la castidad, elude lo que *es;* y una mente que intenta volverse casta es incasta. Ese es un aspecto, que luego vamos a explorar.

En esta cuestión, además, va implícito el problema de nuestros apetitos sexuales, todo el problema del sexo. Veamos por qué, para la mayoría de nosotros, el sexo se ha convertido en problema; y también cómo es posible hacer frente a la experiencia sexual inteligentemente, para que no se convierta en un problema.

¿Qué entendemos por sexo? ¿El acto puramente físico, o el pensamiento que excita, estimula y fomenta ese acto? No hay duda de que el sexo es de la mente; y porque lo es, tiene que buscar satisfacerse, o de lo contrario hay frustración. No os ponga nerviosos este tema. Estoy viendo que todos estáis en estado de tensión. Hablemos de esto como si fuese de otro tema. ¡No pongáis esa cara tan seria! Tratemos del asunto en forma sencilla y directa. Cuanto más complejo sea un tema, tanto más requiere ser abordado simple y directamente, con pensamiento claro.

¿Por qué es que el sexo ha llegado a constituir un problema en nuestra vida? Ahondemos la cuestión sin cohibición, sin ansiedad, sin miedo, sin condenación. ¿Por qué se ha vuelto un problema? ¿Por qué? Esta

pregunta, probablemente, nunca os la habéis formulado. Procedamos a analizar.

El sexo es un problema porque, al parecer, en dicho acto hay completa ausencia del "yo". En ese momento sois dichosos porque cesa la autoconciencia; y deseando que ello se repita, que se renueve esa abnegación del "yo" en la que hay completa felicidad –sin que el pasado o el futuro reclamen esa completa dicha mediante la fusión, la integración– es natural que el sexo adquiera suprema importancia. ¿No es así? Como es algo que me brinda genuino gozo, completo olvido de mí mismo, lo deseo más y más. ¿Por qué quiero que se repita? Porque en todo lo demás estoy en conflicto; porque en todo lo demás y en todos los niveles de la existencia se fortalece el "yo". En lo económico, en lo social, en lo religioso, la autoconciencia adquiere creciente espesor; y el conflicto es eso. Después de todo, sois conscientes de vuestro "yo" cuando hay conflicto. Por su propia naturaleza, la autoconciencia es resultado del conflicto. En todo lo demás, pues, estamos en conflicto. En todas nuestras relaciones con los bienes materiales, con la gente, con las ideas, hay conflicto, dolor, lucha, miseria; y sólo en aquel acto hay completa cesación de todo eso. Es natural que deseéis repetirlo, ya que os brinda felicidad, mientras todo lo demás os conduce a la desdicha, a la agitación, al conflicto, al antagonismo, a la angustia, a la destrucción. De ahí que el acto sexual adquiera suprema significación e importancia.

El problema por consiguiente, no es el sexo, sino

cómo librarnos del "yo". Habéis saboreado unos segundos, un día o el tiempo que sea, ese estado del ser en que no hay "yo". Donde el "yo" se halla presente, en cambio, hay conflicto, miseria y lucha. Anhelamos, pues, constantemente, que se repita ese estado sin "yo". El problema central es el conflicto en diferentes niveles, y cómo disipar el "yo". Buscáis la felicidad, ese estado en que el "yo", con todos sus conflictos, no existe; y dicho estado lo encontráis momentáneamente en aquel acto. O bien os disciplináis, lucháis, os domináis, y hasta os destruís a fuerza de reprimiros; lo cual significa que procuráis veros libres del conflicto, pues cuando éste cesa hay gozo. Si uno puede verse libre del conflicto, hay felicidad en los diversos niveles de la existencia.

¿Qué es lo que conduce al conflicto? ¿Cómo se produce el conflicto en vuestro trabajo, en vuestras relaciones, en la enseñanza, en todo? Hasta escribiendo un poema, o cantando, o pintando, hay conflicto.

¿Cómo se produce el conflicto? ¿No lo provoca vuestro deseo de *llegar a ser*? Pintáis, deseáis expresaros mediante el color, queréis sobresalir como pintor. Estudiáis, os preocupáis, esperáis que el mundo aclame vuestros cuadros. Pero dondequiera que surja el deseo de ser *más,* tiene que haber conflicto. Ese *más* es exigido por un impulso psicológico. La necesidad de *más* es psicológica; ese impulso existe cuando la psiquis, la mente, está en pleno devenir, cuando busca y persigue un fin, un resultado. Cuando *queréis* ser un "mahatma", cuando *queréis* ser un santo, cuando *practicáis* la virtud, cuando imbuídos de con-

ciencia de clase, os sentís "superior", todo ello es signo, sin duda alguna, de una mente en estado de *devenir*. Lo *más*, por consiguiente, es conflicto. Una mente que busca lo *más*, nunca es consciente de lo que *es* porque siempre vive en ese *más*, en lo que le *agradaría ser*, nunca en lo que *es*. Hasta que resolváis ese conflicto en su totalidad, aquel modo único de libraros del "yo", es decir, el sexo, seguirá siendo un pavoroso problema.

Señores: el "yo" no es una entidad objetiva que pueda ser estudiada bajo el microscopio, o aprendida en los libros, o entendida citando autores, por importantes que éstos sean. El "yo" sólo puede ser entendido en la vida de relación. Después de todo, el conflicto existe en nuestras relaciones, ya sea con los bienes materiales, con una idea, con vuestra esposa o con vuestro vecino; y si no resolvéis ese conflicto fundamental, el buscar liberación únicamente en el sexo es por cierto un desequilibrio. Y eso es exactamente lo que somos: desequilibrados. Somos desequilibrados porque hemos hecho del sexo la única vía de escape; y la sociedad, lo que suele llamarse "civilización moderna", contribuye a ello. No tenéis más que ver los avisos, los cines, los gestos, las posturas y las apariencias sugestivas.

La mayoría de vosotros se casaron en su primera juventud, cuando el impulso biológico era muy fuerte. Os unísteis a una esposa o esposo, y con esa esposa o esposo tenéis por fuerza que vivir todo el resto de vuestra existencia. Vuestra vinculación es mera-

mente física, y todo lo demás debe adaptarse a ella. ¿Qué suele ocurrir? Sois intelectuales, tal vez, y ella es muy emotiva. ¿Dónde está vuestra comunión con ella? O puede darse que ella sea muy práctica y vosotros seáis soñadores, vagos, más bien indiferentes. ¿Dónde está el punto de contacto entre vosotros y ella? O bien sois hipersexuales y ella no; pero os servís de ella porque es vuestro derecho. ¿Cómo puede haber comunión entre vosotros y ella si la usáis como cosa? Los matrimonios actuales se basan en esa idea, en ese instinto; pero las contradicciones son cada vez mayores, como lo son los conflictos matrimoniales y por consiguiente los divorcios.

Este problema requiere, pues, un tratamiento inteligente, lo cual significa que debemos alterar las bases mismas de nuestra educación. Para ello hay que entender no sólo los hechos de la vida, sino también nuestra diaria existencia. No basta conocer y entender el instinto biológico, el impulso sexual; también tenemos que ver cómo obrar inteligentemente a su respecto. ¿Acaso hacemos ahora tal cosa? Es un tema que se rehuye, que se mantiene secreto y del que sólo se habla a escondidas. Cuando dicho impulso es muy poderoso, sólo él nos importa y quedamos apareados para el resto de nuestra vida. ¿Cómo puede una persona intelectual coincidir y vivir en armonía con una sentimental, con alguien sin inteligencia o sin educación? ¿Y qué comunión puede en tal caso existir entre ambas, a no ser la sexual? La dificultad en todo esto proviene de que la satisfacción del instinto sexual, del impulso biológico, requiere cierta

reglamentación social; de ahí las leyes sobre el matrimonio. Tenéis múltiples modos de poseer lo que os brinda placer, seguridad, comodidad; pero lo que procura constante placer embota la mente. Así como el constante dolor embota la mente, el placer continuo marchita la mente y el corazón.

¿Y cómo es posible que haya amor? El amor, sin duda, no es cosa de la mente; el amor tampoco es el mero acto sexual. El amor es algo que la mente no alcanza a concebir, algo que no es posible formular. Y sin amor os vinculáis; sin amor os casáis. Luego, en ese matrimonio, "os adaptáis" el uno al otro, lo cual —hay que repetirlo— es un proceso intelectual. Ella se ha casado con uno de vosotros, pero no sois más que un montón de carne y huesos, juguete de vuestras pasiones. Ella no tiene más remedio que vivir con vosotros. No le gusta la casa, el ambiente, lo horrible de todo lo que la rodea, vuestra brutalidad. Pero se dice a sí misma: "Bueno, estoy casada y tengo que aguantar". Y así, como medio de autodefensa, se rinde y en un momento dado empieza a decir: "te quiero". Bien sabéis que, cuando el deseo de seguridad nos hace tolerar algo feo, esa fea cosa parece volverse bella porque es un medio de autoprotección; si no "entramos por el aro" podemos sufrir daño y hasta vernos destruídos. Vemos, pues, que lo que era feo, repelente, se ha vuelto gradualmente hermoso.

Este ajuste, evidentemente, es un proceso mental. Todos los ajustes lo son. Pero el amor, a no dudarlo, es incapaz de ajustes. Vosotros sabéis, señores —¿no

es así?— que si amáis a alguien no hay "ajuste" alguno. Sólo hay completa fusión. Sólo cuando no hay amor empezamos a adaptarnos. Y a esa adaptación se la llama matrimonio. Por esa causa fracasa el matrimonio, porque es la fuente misma del conflicto, una batalla entre dos seres. Es un problema extraordinariamente complejo, como todos los problemas, pero aún más, porque los apetitos, los instintos, son tan fuertes.

Así, pues, una mente que sólo se adapta, jamás puede ser casta. Una mente que busca la felicidad en el sexo, jamás puede ser casta. Aunque en ese acto podáis momentáneamente hallar la abnegación y el olvido del "yo", el hecho mismo de perseguir esa felicidad —que es de la mente— torna a la mente incasta. La castidad sólo surge cuando hay amor. Sin amor no hay castidad. Y el amor no es cosa que haya de cultivarse. Sólo hay amor habiendo completo olvido de sí; y para que uno tenga la bendición de ese amor, debe haber alcanzado la libertad mediante la comprensión de la convivencia. Cuando hay amor, entonces el acto sexual adquiere un significado absolutamente distinto; ya no es una evasión, ya no es una costumbre. El amor no es un ideal. El amor es el estado de *ser*; el amor no puede estar presente en el devenir. Sólo donde hay amor hay castidad, pureza. Una mente que se esté haciendo o intente hacerse casta, carece de amor.

Interlocutor: Se nos ha dicho que el pensamiento debe ser controlado para producir ese estado de quietud que se requiere para percibir la realidad. ¿Podría Vd. decirnos, por favor, cómo se controla el pensamiento?

KRISHNAMURTI: En primer lugar, señores, no sigáis a ninguna autoridad. La autoridad es un mal. La autoridad destruye, pervierte y corrompe; y el hombre que sigue a una autoridad se anula a sí mismo y destruye al propio tiempo aquello que ha colocado en una posición de autoridad. El secuaz destruye al maestro, así como el maestro destruye al secuaz. El "gurú" destruye al discípulo, y éste al "gurú". A través de la autoridad no encontraréis nunca nada. Tenéis que veros libres de la autoridad para hallar la realidad.

Es una de las cosas más difíciles el verse libre de autoridad, tanto de la externa como de la interior. La autoridad interior es la noción de la propia experiencia, del propio saber. Y la autoridad externa es el Estado, el partido, el grupo, la comunidad. El hombre que quiera hallar la realidad debe rehuir toda autoridad, externa e interior. No dejéis, pues, que os dicten vuestro pensar. Eso es lo malo de la lectura: la palabra de los demás tórnase de suprema importancia.

El interlocutor empieza por decir: "Se nos ha dicho". ¿Quién puede deciros algo? ¿No veis, señores,

que los caudillos, y los santos, y los grandes instructores han fracasado, ya que vosotros sois lo que sois? Dejadlos, pues, en paz. No sigáis a nadie; tampoco me sigáis a mí. No hagáis de nadie vuestra autoridad. Vosotros mismos tenéis que ser el maestro y el discípulo. En el momento en que reconocéis a otra persona como maestro y a vosotros como alumno, negáis la verdad. En la búsqueda de la verdad no hay maestro ni discípulo. Es la búsqueda de *la Verdad* lo importante, no vosotros o el maestro que os vaya a ayudar a hallarla. Tanto la educación moderna como la de antes, os han enseñado qué pensar, no *cómo* pensar. Os han puesto dentro de un armazón, y ese armazón os ha aplastado. Buscáis, en efecto, un "gurú", un instructor, un dirigente —político o de otra clase— sólo cuando os sentís confusos. No siendo así, no seguís a nadie. Si en vosotros hay perfecta claridad, si en vuestro fuero íntimo sois vuestra propia luz, jamás seguiréis a nadie. Pero no sois tal luz, y por eso, por causa de vuestra confusión, sois seguidores; y lo que seguís tiene también que ser confuso. En vuestros dirigentes y en vosotros hay confusión, tanto política como religiosa. Empezad, pues, por aclarar vuestra propia confusión, convertíos en vuestra propia luz, y entonces ya no habrá problema. La división entre maestro y discípulo es lo contrario de espiritual.

Ahora el interlocutor desea saber cómo ha de controlar el pensamiento. Ante todo, para controlarlo, debéis saber qué es el pensamiento y quién es el que controla. ¿Son dos procesos separados o un solo

fenómeno? Debéis primero entender qué es el pensamiento, antes de decir "quiero controlar el pensamiento". ¿Hay quien controle no habiendo pensamiento? ¿Si no tenéis pensamiento alguno, hay acaso un pensador? El pensador *es* el pensamiento; éste no está separado del pensador, pues ambos constituyen un solo proceso.

No hay tal pensador; sólo hay pensamientos. Aunque uséis las palabras "yo pienso", ello es sólo una forma de comunicación; lo único que hay, en realidad, es un estado en que el pensamiento existe. Y el pensamiento crea al pensador, quien luego comunica su pensamiento. El pensador es simplemente la "verbalización" del pensamiento.

Averigüemos, pues, qué es el pensamiento. Sabremos entonces si es o no posible controlarlo, y por qué queréis controlarlo. Puede haber un modo totalmente diferente de llegar a poner fin al proceso del pensamiento, pero no es mediante su control. Porque, no bien ejercéis control haciendo un esfuerzo de voluntad, reveláis no entender el pensamiento: os limitáis a condenar un pensamiento y a justificar otro. El que habéis justificado, queréis mantenerlo; y el que condenáis queréis desecharlo. Veamos, entonces, qué entendemos por pensamiento.

¿Qué es el pensamiento? Sin memoria no hay pensamiento, ¿verdad? El pensamiento es resultado de la experiencia acumulada, la cual es el pasado. Sin el pasado, ¿puede acaso haber pensamiento en el presente? El pensamiento es, pues, una respuesta del pasado al desafío presente. En otros términos: el pen-

samiento, sin duda, es la reacción de la memoria. ¿Y qué es la memoria? La memoria —la continuación del recuerdo— es la "verbalización" de la experiencia. ¿No es eso? Hay un desafío, una respuesta. Eso es la vivencia, y esa vivencia resulta verbalizada. Esa verbalización crea la memoria, y la respuesta de la memoria al desafío es el pensamiento. De modo, pues, que el pensamiento es "verbalización". ¿No es así?

No sé si habéis intentado alguna vez pensar sin palabras. En cuanto os ponéis a pensar, tenéis que emplear palabras. No digo que no haya un estado exento de "verbalización". No estamos discutiendo eso. El pensamiento es la palabra. Sin "verbalización", sin la palabra, el pensamiento —el que conocemos— no existe. Si veis, entonces, que la palabra —la "verbalización"— *es* el acto de pensar, no es ya cuestión de controlar el pensamiento sino de dejar de pensar verbalizando. Allí donde haya "verbalización" de una experiencia, tiene que haber pensamiento. Pensar es verbalizar. Nuestro problema, pues, no es cómo controlar el pensamiento, sino saber si es posible dejar de verbalizar, de reducirlo todo a palabras. ¿Por qué convertimos en palabras nuestras respuestas, nuestras reacciones? ¿Por qué hacemos eso? Por un motivo obvio: para comunicar, para transmitir a alguien nuestro sentir. También verbalizamos para fortalecer ese sentir, para fijarlo, para poder mirarlo y captarlo nuevamente cuando se ha ido. La palabra ha tomado el lugar del sentimiento que se fué. Por ello *la palabra* se convierte en lo más im-

portante, no el sentimiento, ni la respuesta, ni la vivencia. La palabra ha tomado el lugar de la experiencia; y por ello la palabra se ha vuelto pensamiento, lo cual impide la vivencia.

Nuestro problema, por consiguiente, es éste: ¿es posible no verbalizar, no nombrar ni aplicar términos? Ello es posible, por cierto. Lo hacéis a menudo, aunque inconscientemente. Cuando os enfrentáis con una crisis, con un desafío repentino, no hay verbalización. Afrontáis la crisis en forma plena. Sí; es posible no verbalizar, mas sólo cuando la palabra no es lo importante, es decir, cuando el pensamiento, la idea, carecen de importancia. Cuando una idea asume importancia, el modelo o ejemplo se torna importante, y también la ideología y la revolución basada en una idea; pero una revolución basada en una idea no es una revolución sino, simplemente, la continuación modificada de una vieja idea, de una idea de ayer.

La palabra se torna importante tan sólo cuando la vivencia *no es* lo importante, cuando no hay estado de vivencia, el cual consiste en hacer frente al desafío sin "verbalización", sin el tamiz de las palabras. Dais vida a la palabra, que es memoria, cuando es esa memoria la que hace frente al desafío. La memoria, en efecto, no tiene vida por sí misma. La palabra nada significa por sí misma. Adquiere vitalidad, fuerza, ímpetu, plenitud, sólo cuando el pasado —la memoria— hace frente al desafío. Por tal causa, lo vivo da vida a lo muerto. Y al cobrar más vida con aquello que en sí mismo es cosa muerta, el pensa-

miento adquiere máxima importancia. El pensamiento solo carece de sentido, salvo en relación con el pasado, el cual es verbal.

No se trata de controlar el pensamiento. Por el contrario: una mente controlada es incapaz de recibir la verdad. Una mente así sujeta es una mente inquieta, una mente que resiste, que reprime y sustituye; y una mente en esas condiciones es temerosa. ¿Y cómo una mente que está impaciente puede estar serena? ¿Cómo una mente que está atemorizada puede estar tranquila? Sólo puede haber tranquilidad cuando la mente deja de estar presa en la red de las palabras. Cuando la mente ya no verbaliza toda experiencia, está naturalmente en estado de vivencia.

Donde hay vivencia no hay experimentador ni cosa experimentada. En ese estado de vivencia, que es siempre nuevo, que es siempre *ser* —aunque el estado de *ser* pueda ser comunicado mediante palabras— uno sabe que la palabra no es la experiencia, la palabra no es el hecho, la palabra carece de contenido. Sólo la experiencia está llena de contenido. La vivencia no es, pues, "verbalización". La vivencia es la más elevada forma del entendimiento, porque es la negación del pensar. La forma negativa del pensar es la más alta forma de comprensión; y no puede haber pensar negativo cuando hay "verbalización" del pensamiento.

No es, pues, en modo alguno, cuestión de controlar el pensamiento, sino de vernos libre del pensamiento. Sólo cuando la mente está libre del pensamiento sur-

ge la percepción de Aquello que *es*, de lo que es eterno, de lo que es la Verdad.

Interlocutor: ¿Qué entiende Vd. por transformación?

KRISHNAMURTI: Es evidente que tiene que haber una revolución radical. La crisis mundial la exige. Nuestras vidas la exigen. Nuestros incidentes, empeños y ansiedades de todos los días la exigen. Nuestros problemas la exigen. Tiene que haber una revolución radical, fundamental, porque todo en torno nuestro se ha derrumbado. Aunque en apariencia haya orden, en realidad hay lenta descomposición y destrucción: la ola de destrucción está constantemente alcanzando a la ola de vida. Tiene, pues, que haber una revolución; pero no una revolución basada en una idea. Semejante revolución es tan sólo la continuación de la idea, no una transformación radical. Y una revolución basada en una idea provoca matanzas, desquicio, caos. Partiendo del caos no se puede establecer el orden; no es posible que produzcáis deliberadamente el caos con la esperanza de que el orden surja de ese caos. No sois los elegidos de Dios para implantar un orden nacido de la confusión. Ése es el pensamiento erróneo de los que desean producir creciente confusión para luego establecer el orden. Por estar momentáneamente en posesión del poder, ellos se atribuyen el conocimiento de todos los medios de crear orden. Pero observando la repetición constante de las guerras, los incesantes conflictos en-

tre las clases sociales y entre los pueblos, la espantosa desigualdad económica y social, la desigualdad de las capacidades y dones naturales, el abismo entre los que disfrutan de extraordinaria dicha y tranquilidad, y los que viven prisioneros del odio, del conflicto y de la miseria; observando todo eso, la totalidad de esta catástrofe, se ve que es necesaria una transformación completa.

Ahora bien, ¿esta transformación, esta revolución radical, es una finalidad o tiene que ser de momento a momento? Bien sé que nos *agradaría* que fuese la finalidad a alcanzar, ya que es tanto más fácil pensar en términos de lejanía, de futuro. Al final nos habremos transformado, al final seremos felices, al final hallaremos la verdad; pero, mientras tanto, continuemos como hasta ahora. Una mente que así piensa en términos de futuro, es por cierto incapaz de obrar en el presente; y por lo tanto ella no busca la transformación sino que la rehuye.

¿Qué entendemos por transformación? La transformación no es en el futuro; jamás puede serlo. Sólo puede ser ahora, de momento a momento. ¿Qué entendemos, pues, por transformación? Es, sin duda, algo muy sencillo: ver lo falso como falso y lo verdadero como verdadero. Ver también la verdad en lo falso, y ver lo falso en aquello que ha sido aceptado como la verdad. Cuando veis muy claramente que algo es la verdad, esa verdad es libertadora. Cuando veis algo que es falso, esa cosa falsa se os desprende. Señores: cuando veis que las ceremonias son simples y vanas repeticiones; cuando veis la verdad acerca de

ellas y no las justificáis, prodúcese la transformación porque otra de vuestras ataduras se os ha desprendido. Cuando veis que la división de la sociedad en clases es falsa, que ella engendra conflictos, miseria y desunión entre las personas; cuando veis la verdad al respecto, esa verdad resulta libertadora. La percepción misma de esa verdad es transformación. Y como estamos rodeados de tantas cosas falsas, el percibir en todo momento esa falsedad es transformación.

La verdad no es cumulativa; ella es de momento a momento. Lo que es cumulativo, lo que se acumula, es la memoria; y mediante la memoria jamás podréis hallar la verdad. La memoria. en efecto, pertenece al tiempo; el tiempo es el pasado, el presente y el futuro. El tiempo, que es continuidad, jamás puede encontrar aquello que es eterno. La eternidad no es continuidad. Lo que perdura no es lo eterno. La eternidad es en el momento. La eternidad está en el "ahora". El "ahora" no es reflejo del pasado, ni continuación del pasado hacia el futuro a través del presente.

Una mente que está deseosa de transformación futura, o que encara la transformación como objetivo final, jamás podrá encontrar la verdad. La verdad, en efecto, es algo que tiene que surgir de momento a momento, que debe ser descubierto cada vez de nuevo; y, por cierto, no puede haber descubrimiento alguno a través de la acumulación. ¿Cómo podréis descubrir lo nuevo si estáis agobiados por lo viejo? Es tan sólo cuando desaparece ese gravamen que descubrís lo nuevo. De modo, pues, que para descubrir

lo nuevo, lo eterno, en el presente y de momento a momento, se requiere una mente extraordinariamente alerta, una mente que no busque resultados, una mente que no se halle en estado de devenir. Una mente en devenir no puede nunca conocer la plena beatitud del contento; no del contento que disfrutan los satisfechos, ni del contento que procura alcanzar un resultado, sino del contento que se produce cuando la mente ve la verdad en lo que *es* y lo falso en lo que *es*. La percepción de esa verdad es de momento a momento, y esa percepción se ve diferida por la "verbalización" del momento.

La transformación no es, pues, un resultado final. La transformación no es un resultado. El resultado implica residuo, una causa y un efecto. Donde hay causalidad, tiene forzosamente que haber efecto; el efecto es simplemente el resultado de vuestro deseo de transformación. Cuando deseáis veros transformados, seguís pensando en términos de devenir; y aquello que es devenir no puede nunca conocer Aquello que es *ser*. La verdad es *ser* de momento a momento; y la felicidad que continúa no es felicidad. La dicha es el estado atemporal del ser. Ese estado atemporal puede producirse tan sólo cuando hay tremendo descontento; no el descontento que ha hallado una vía de escape, sino el descontento que no tiene salida ni escapatoria y que ya no busca lograr nada. Sólo entonces, en ese estado de supremo descontento, puede surgir la realidad. Esa realidad no se compra, ni se vende, ni se repite; no puede ser aprisionada en libros. Tiene que ser hallada de momento a mo-

momento, en la sonrisa, en la lágrima, bajo la hoja muerta, en los pensamientos errabundos, en la plenitud del amor. Porque el amor no es diferente de la verdad. El amor es ese estado en el cual el proceso del pensamiento en función del tiempo ha cesado completamente. Y donde hay amor hay transformación. Sin amor, la revolución carece de sentido, pues en tal caso ella es mera destrucción, descomposición, una miseria creciente y cada vez mayor. Donde hay amor hay revolución, porque el amor es transformación en todos los instantes.

Febrero 20 de 1949.

ÍNDICE

1947

$ 8.— m/arg.